

# **El Choconazo**





Universidad Nacional del Comahue

# **El Choconazo**

**Juan Quintar**

**educu**

Editorial de la Universidad Nacional del Comahue

Neuquén - 2017

# EL CHOCONAZO

Juan Quintar

Quintar, Juan Claudio

El choconazo / Juan Claudio Quintar. - 2a ed. - Neuquén : EDUCO -  
Universidad Nacional del Comahue, 2017.

150 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-604-481-3

1. Huelga. 2. Historia Social. I. Título.

CDD 306.09

## Educo

Dpto. de diseño y producción: Enzo Dante Canale

Dpto. de comunicación y comercialización: Mauricio Carlos Bertuzzi

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

© 2017 – **educo** - Editorial de la Universidad Nacional del Comahue

Buenos Aires 1400 – (8300) Neuquén – Argentina

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio,  
sin el permiso expreso de **educo**.



**CiN REUN**

Red de Editoriales  
de Universidades Nacionales  
de la Argentina

*A la memoria de  
Estela Gentile  
(1953-1977)*



## ÍNDICE

Acerca de esta edición	11
Prólogo a la 2 <sup>da</sup> edición	15
Prólogo a la 1 <sup>ra</sup> edición	21
<b>I- INTRODUCCIÓN</b>	
¿Pueden los dinosaurios comerse a los hombres?	25
<b>II- CLAVES DE INTERPRETACIÓN</b>	
El Chocón: de la ilusión al desencanto	33
El obrador como institución total	36
El mercado de trabajo y el conflicto	50
El problema gremial	59
Tradiciones militantes y tensiones culturales	69
<b>III- CRÓNICA DE UN CONFLICTO ANUNCIADO</b>	
Primer acto	91
Segundo acto	109
Triste, solitario y final	128
Un conflicto “político”	139



## ACERCA DE ESTA EDICIÓN

En los tiempos en que fue escrito este texto, hace ya 18 años, el tema de la memoria de las luchas sociales apenas si estaba esbozándose en la disciplina histórica como en la agenda pública. Su marginalidad era tal que apenas si se presentaban trabajos sobre el tema en los congresos de historiadores. Pues bien, la primera década del siglo XX dio sus buenas sorpresas al respecto y mucho se ha trabajado, desde el Estado y desde la disciplina misma, por restituir una memoria de luchas sociales que intereses económicos y políticas públicas habían pretendido sepultar. No obstante, y a pesar de ello —o por ello mismo— en la Argentina de mediados de la segunda década del presente siglo parece haber un rebrote de lo que Arturo Jauretche llamaba “zonceras argentinas”, verdades de *slogans* que comienzan a perder vitalidad y credibilidad apenas se abre un libro de historia. Y ello, seguramente, por la potencia de los medios de comunicación, lo que sirve demasiadas veces para eludir la mirada sobre problemas de la militancia social que, como lo refleja este texto en un caso puntual, tienen una larga historia de repeticiones. Así, la reedición de este libro tiene un claro sentido antihegeliano, porque se emprende con la esperanza de que la historia sirva para aprender cómo hacer las cosas mejor. En segundo lugar, desde la primera edición de este texto —que se agotó rápidamente— solo fotocopias han circulado por las

escuelas durante más de una década. El éxito inicial es también lo que hoy anima a una nueva edición, corregida y ampliada en detalles, aunque no modificada en la percepción general de los hechos. En tercer lugar, quien quiera comprender el proceso de formación política de la sociedad neuquina tiene en El Choconazo una parada obligada, sobre todo por lo que allí hay de futuro. En ese páramo de la estepa patagónica se pueden explorar las claves regionales de las políticas y tendencias que confluirán en la crisis que dará lugar al golpe de 1976 y su larga noche. En efecto, todo estaba ya presente en la meseta patagónica unos años antes: el discurso de la guerra fría y de la subversión comunista como principal argumento de la imposición de un orden; los servicios de inteligencia; el secuestro y la tortura; la burocracia sindical y su connivencia con los poderes económicos; las tradiciones militantes más importantes de la lucha social; los primeros pasos de una iglesia católica local comprometida con los trabajadores; los canales de solidaridad que serían tan importantes durante la dictadura, etc. Desde este lugar entonces, El Choconazo se nos presenta como una muestra, en clave regional, de lo que en el país se estaba gestando.

Varias personas hicieron posible que esta segunda y definitiva edición viera la luz; a ellos quiero agradecer su generoso apoyo, aliento y trabajo. A Pedro Quintar, quien debió retipear el viejo texto; a Eva Ortiz Mainar, por su trabajo y su compañía; a Emilia Soria y Federico Kauffman por el trabajo con las fotografías; a Enzo Canale y Mauricio Bertuzzi, de la editorial de la Universidad Nacional del Comahue (EDUCO); y a Héctor Mauriño, que realizó una atenta lectura de esta

edición. A todos ellos, mi enorme reconocimiento. Finalmente, este trabajo ha sido dedicado a una persona asesinada que, con su vida y su martirio, resume el sacrificio de una generación entera. Pero quiere ser también un homenaje a quienes han dejado una imborrable huella en la lucha social de la Patagonia norte: Pascual Rodríguez, Ana Egea, Antonio Alac, Edgardo Adán Torres, Armando Olivares y, con ellos, a los anónimos trabajadores de la construcción, quienes con su sacrificio cambiaron la geografía e hicieron historia.

Juan Quintar  
Otoño de 2017



## PRÓLOGO A LA 2ª EDICIÓN

Estaban justificadas las prevenciones de Juan Quintar en la introducción a la primera edición de “El Choconazo”, pero afortunadamente la memoria colectiva es un curso subterráneo que en el momento menos pensado aparece en la superficie.

En 1998, cuando el libro apareció por primera vez, El Chocón estaba sobre el tapete por las fantasías del cineasta Steven Spielberg que contribuyeron a poner de moda a los dinosaurios, y poco o nada se hablaba del conflicto obrero y social de finales de los 60 que sacudió a la sociedad neuquina y al país entero.

Pero a pesar de las modas y del repiqueteo incesante de los medios de comunicación que se empeñan en fabricar un presente a la medida de su propia versión de la historia, los dinosaurios no se han “comido” a los hombres; el olvido no ha logrado totalmente su cometido como temió, justificadamente, el autor.

Prueba de ello es que aquella epopeya social que sacudió el obrador de lo que pomposamente se dio en llamar “el Asuán argentino” y terminó por dividir a la sociedad neuquina, ha quedado definitivamente incorporada a la memoria colectiva de la provincia y el país.

Pascual Rodríguez, Julio Alac, Armando Olivares, Edgardo Torres, los dirigentes más destacados de aquella puja, por no hablar del obispo Jaime Francisco de Nevares y su papel decisivo en el conflicto, han pasado definitivamente a la historia.

De la misma manera, el “Choconazo” ha quedado incorporado a la historia de las luchas sociales argentinas junto al Cordobazo, el Rosariazo y tantas otras puebladas o protestas que jalonaron la resistencia de aquella o de otras dictaduras que ha padecido el país.

Nada más cierto, entonces, que aquellas palabras de Quintar que sirvieron de introducción a la primera edición: “La salud y vitalidad de una sociedad también debería mensurarse, si alguna vez es posible, por la capacidad de manifestar su resistencia al olvido o de instalar ‘lugares de memoria’ de aquellos hechos –sucesos o procesos– que han entrañado experiencias traumáticas y que no queremos se repitan”.

Además de un lugar de memoria, la Huelga de El Chocón es un hito histórico. Como también señala el autor, de la misma manera que no es posible entender el “Choconazo” sin las condiciones miserables de vida de los trabajadores, el aislamiento físico y la traición de la burocracia “colaboracionista” de la UOCRA, tampoco es posible entender aquel momento sin tener en cuenta el cuadro de situación que produjo en el país la dictadura del 66 al 73.

En junio de 1966, cuando Juan Carlos Onganía asumió con el consentimiento tácito o explícito de políticos, empresarios, sindicalistas y medios de comunicación, la

impresión reinante fue que se abría un largo paréntesis en la política argentina.

El plan económico de Krieger Vasena partió de una devaluación que desató una fuerte recesión, todo con el objetivo no declarado de producir una alta concentración económica en favor de los más poderosos a través de una transferencia de ingresos de los sectores medios y bajos.

En esa larga travesía del desierto, en esos años de ostracismo político, represión social y cultural, el sindicalismo “colaboracionista”, el “vandonismo”, el “peronismo sin Perón”, jugó un rol decisivo para que la dictadura pudiera llevar adelante su plan.

El “Choconazo” se produce justamente cuando se empiezan a multiplicar las protestas estudiantiles y obreras contra la dictadura, en Rosario, Corrientes, Resistencia y Córdoba. El 29 de mayo de 1969 el sindicalismo clasista de Córdoba, con el apoyo de la CGT de los Argentinos de Raimundo Ongaro, organiza una marcha sobre Córdoba que desemboca en el “Cordobazo”.

Como bien señala el autor, son esas dos vertientes de la lucha gremial “no burocrática”, la de la CGTA y la del “clasismo”, las que llevan adelante, no sin contradicciones en cuanto a sus planteos y metodologías de lucha, la lucha en la Huelga de El Chocón.

Ese es el “clima de época” en el que se suceden los acontecimientos en el obrador de la represa. Los demás ingredientes son particularidades. Como el hacinamiento de los obreros y sus familias y los altos niveles de explotación por parte de las empresas, fundamentalmente la adjudicataria

Impregilo-Sollazzo. Todo, en un lugar aislado en medio de la meseta patagónica, algo que en buena medida contribuyó a crear una suerte de olla a presión.

Como destaca Quintar, se trataba de una “fábrica a cielo abierto” que funcionaba las 24 horas, y donde el dominio material y cultural de la empresa “imposibilitaba la existencia de ámbitos de la vida social con cierto grado de autonomía, de manera que lo que ocurría en cualquier esfera del obrador repercutía en el resto de la comunidad”.

Es en este contexto que “diferentes conflictos menores y no relacionados entre sí terminan combinándose y alcanzando una explosividad muy grande”.

Lo dicho explica también por qué entre finales de 1969 y comienzos de 1970, en medio de una férrea dictadura, el conflicto de El Chocón –en palabras del autor– “dividió a la comunidad neuquina y, en cierta forma, anticipó mucho de lo que vendría algunos años después”.

Como si viniera a subrayar estas reflexiones, la reedición del “El Choconazo” no podría ser más oportuna en este momento del devenir histórico nacional, porque si a algo se parecen aquellas luchas de finales de los 60, de las cuales la prolongada Huelga de El Chocón fue el jalón neuquino, es al momento actual que vive el país.

Aunque la historia no se repite y las diferencias con aquellos años son muchas y muy importantes –la democracia actual podrá estar condicionada por el poder económico y mediático pero está muy lejos de las dictaduras–, si a algo recuerda ese caldo de cultivo en el que se produjo el Choconazo, es al modelo que se instaló en el gobierno en

diciembre de 2015 y que en poco menos de un año puso el país patas para arriba.

En tiempo de crisis, más que en ningún otro, la lectura de la historia se convierte en fundamental. No podemos, entonces, sino saludar fervorosamente la reedición de este importante trabajo de Juan Quintar, que vendrá a refrescar una forma de resistencia legítima y necesaria practicada por el pueblo argentino.

Como bien dice Juan, “toda imagen de nuestro pasado que traigamos a nuestro presente tendrá siempre una carga cruzada por la situación del tiempo que vivimos, de manera que constantemente resignificamos nuestro pasado en función de nuestro presente”.

Héctor Mauriño  
Noviembre de 2016



## PRÓLOGO A LA 1ª EDICIÓN

El trabajo que Juan Quintar expone hoy a la consideración general cumple con una serie de propósitos; algunos enunciados taxativamente por el autor y otros que se desprenden de la lectura del mismo, que nos parece pertinente comentar.

Un primer propósito es el que tiene que ver con el rescate de la memoria histórica. Loable preocupación y que por sí sola justifica la publicación de esta obra. Si coincidimos en que la memoria de un pueblo nunca es algo natural y que la misma se va construyendo y moldeando desde el presente a partir de una selección determinada por los usos que de la misma se da, entonces aparece como adecuado que en esa selección, según sostiene el autor, se incluya al Choconazo, que naturalmente no tiene la grandiosidad y espectacularidad de la vida de los dinosaurios, el otro hito –prehistórico– por el cual se conoce a El Chocón, y que no ha dejado marcadas sus huellas en el terreno como estos, pero que efectivamente también es un punto de referencia obligado en las luchas de los obreros sindicalizados de los años sesenta en la Argentina. Sin embargo, hay que decir que a la luz de lo que sucede actualmente con el movimiento obrero en nuestro país, pareciera que este acontecimiento estuviera más cerca de los

dinosaurios que de la actualidad; por ello esta necesidad de recuperarlo en la memoria histórica.

Un segundo propósito no enunciado por el autor, pero implícito a lo largo del trabajo, es el de analizar los hechos sucedidos en el denominado Choconazo desde una mirada ecléctica, aunque no por eso “descomprometida”, y desde una perspectiva desde el llano, es decir, desde la visión y el sentir de los propios trabajadores. En tal sentido, creemos que esta intención es digna de ser valorada, ya que en este tipo de estudios resulta demasiado tentador tomar rápido partido por una u otra fracción en pugna, e incluso convertirse el historiador en una especie de juez y parte de los acontecimientos que describe y analiza. Esta actitud fue bastante común entre las publicaciones aparecidas en las décadas del 60 y del 70, donde en la mayoría de los trabajos realizados sobre esta temática los diferentes autores aparecían como “atribuidores” de conciencia, como habilitados para determinar el grado revolucionario o reformista de la conciencia de los trabajadores, según la actitud que estos adoptaban respecto a determinada coyuntura y si esta se compadecía o no con la ideología del autor.

Esto no es precisamente lo que ocurre con el trabajo que presentamos; por el contrario, el intento del autor de analizar el conflicto del Chocón en un marco más amplio y abarcativo que el del conflicto político, y que se encuadra dentro del mundo de los trabajadores, implica conocer las condiciones de vida y laborales de los obreros de la represa y de sus familias, así como la visión de la realidad que tenían. Ello permite al lector entender cuáles fueron sus motivaciones e intereses, cómo

fueron interpretados por sus dirigentes y cuál fue la actitud asumida por las empresas, el Estado, la propia organización gremial y otros sectores de la sociedad neuquina, incluida la iglesia católica.

De esta manera, la utilización de todo un bagaje de fuentes alternativas, que van desde panfletos y proclamas hasta las entrevistas personales (que no se encuentran en los archivos oficiales, pero que igualmente resultan valiosas para comprender esa particular realidad), pasando por los periódicos de la época, le permite al autor reconstruir el escenario material donde se inserta el conflicto y, a la vez, mostrar las diferentes ideologías en pugna que, presentes a nivel nacional por aquellos años, aparecen en toda su dimensión también en el Choconazo, representadas por los dirigentes políticos y sindicales y los activistas obreros. Pero, simultáneamente, le posibilita indagar acerca de la peculiar relación que se entabla entre trabajadores y dirigentes de base y los límites de esta relación, que no solo está marcada por lo político ideológico, sino –y principalmente– por las propias reivindicaciones materiales de los trabajadores.

El tercer propósito que impulsa este trabajo surge como más audaz, aunque no por ello menos valioso: intentar que esta obra pergeñada desde el campo académico, tanto en lo que hace a los aspectos teóricos como metodológicos, sea material de lectura para un público profano. Y realmente no dudamos en calificarlo de audaz, porque en los tiempos que corren es difícil para los historiadores profesionales escapar al círculo de hierro que significa el juicio de sus pares, o lo que podemos denominar la corporación de historiadores, que condiciona y

sanciona como válidos profesionalmente contenidos y formas. Hace bastante tiempo que los profesionales de la historia, salvo alguna puntual excepción, entienden que la legitimación académica es mucho más importante para su carrera y para su prestigio personal que la legitimación social; por lo tanto, sus investigaciones están dirigidas a un público restringido a sus pares, quienes en última instancia, refrendan su desarrollo y continuidad profesional. Tal vez sea Luis A. Romero uno de los pocos ejemplos alternativos, y precisamente su soledad indica que él mismo es una excepción.

Así, esta saludable intencionalidad del autor nos parece un planteo tan sólido como los anteriores y esperamos fervientemente esta obra tenga un número significativo de ávidos lectores que se interesen por su lectura.

En definitiva, estos tres propósitos que persigue el autor no son más que una serie de secuencias lógicas que se articulan entre sí y que dan sentido al rol del historiador. El rescate de los procesos del pasado analizando cómo y por qué se produjeron, dándolos a conocer para que la sociedad de hoy, y en particular los trabajadores, puedan a través del rescate de la memoria histórica ir construyendo una sociedad más libre y más justa, aparecen como objetivos pertinentes a alcanzar por todo historiador. En tal sentido, podemos decir que este libro y este autor cumplen con dicha finalidad. Y por lo tanto, al menos esta vez, los dinosaurios no se comerán a los hombres.

Enrique Masés  
Verano de 1998

## I- INTRODUCCIÓN

¿Pueden los dinosaurios comerse a los hombres?

*Porque hay olvidos que queman  
y memorias que engrandecen,  
cosas que no lo parecen  
como el témpano flotante,  
por debajo son gigantes  
sumergidos, que estremecen.*

“Diez décimas de saludo al pueblo argentino”

Alfredo Zitarrosa

Las personas mantenemos una relación con nuestro pasado que es siempre problemática. Historiadores, sociólogos y psicólogos, así como otros estudiosos de las disciplinas humanísticas, debaten permanentemente acerca de esta relación; y si hay profundas diferencias, se coincide en forma unánime en el hecho de que la memoria es siempre una construcción social, inclusive en su dimensión individual, lo que no es poco.

El recordar es una práctica siempre signada por nuestra relación con los demás. En un nivel individual –es casi

una perogrullada decirlo— múltiples factores y relaciones inciden en ese ejercicio en el cual lo que recordamos no surge siempre de la misma manera. Es decir que toda imagen de nuestro pasado que traigamos a nuestro presente tendrá siempre una carga cruzada por la situación del tiempo que vivimos, de manera que constantemente resignificamos nuestro pasado en función de nuestro presente.

Así como el pasado individual y el conocimiento del mismo contribuyen a la conformación de la personalidad, también la memoria social o colectiva es una pieza clave en la constitución de nuestra identidad como comunidad, porque señala puntos de referencia en el pasado en los cuales nos miramos. De manera que, para enorgullecerse u horrorizarse de lo que se es capaz de hacer o soportar, las comunidades, en el ejercicio colectivo y cotidiano del recuerdo, crean esos puntos de referencia en su pasado: mojones o —como se dice en la Academia— lugares de memoria.

Pero como ya lo hemos advertido, el recordar no es una práctica que pueda realizarse en un laboratorio sin que interfiera ningún “elemento extraño” en esa elaboración. El ejercicio del recuerdo no es nunca “inocente”, por así decir; en él incide una amplia gama de fuerzas: intereses sociales, económicos, políticos y religiosos —entre otros— interfieren directamente en la selección de lo que debe recordarse y en la forma que debe adoptar ese recuerdo. Así, lo que consideramos “nuestro pasado” es siempre una **selección** de lo que nos ha sucedido, lo que supone dejar en el olvido grandes segmentos de todo aquello.

Se trata de una pugna permanente y constante por el **significado** que el pasado adquiere en nuestro presente y, por supuesto, de las implicancias que tiene para el futuro; una tensión que se traduce en una profusa producción social de lugares de memoria con la que nos cruzamos cotidianamente. Tanto los monumentos como la literatura y el cine, pasando por los relatos orales y hasta la historia profesional, la historieta o la producción televisiva, conforman una especie de topografía del recuerdo común, ya que *materializan esa selección de todo lo que nuestra comunidad debe rememorar o no debe olvidar*.

La historia regional y los lugares de memoria que la expresan son, entonces, fruto de ese proceso selectivo. Por ello mismo, El Chocón puede entenderse como un importante lugar de memoria que se está construyendo y, como tal, no está exento del proceso de selección y disputa descripto.

Como muchos lo hemos observado, más aún si tenemos hijos, la producción cinematográfica de Steven Spielberg ha generado una particular situación de mercado en la que todo lo que involucre a los dinosaurios puede venderse bien, al menos por un tiempo. El Chocón, casi simultáneamente en consonancia con esta “onda jurásica”, parece haberse convertido en el *Jurassic Park* patagónico con una relevancia que excede, justificadamente, el marco regional e inclusive el nacional.

De alguna manera, y como efecto casi inmediato, este fenómeno provocó que la comunidad neuquina –y la nacional– comenzara a mirar hacia el embalse con un sentido histórico que antes no le atribuía. Y en esa línea resulta llamativo que – como todas las producciones televisivas oficiales y no oficiales

sobre El Chocón– se historicize sobre la zona aludiendo a sus orígenes y sobre todo a la importancia de los grandes saurios, sin comentario alguno de lo que significó para miles de personas ir a trabajar a ese lugar o del costo social que implicó “la obra del siglo”. Pareciera que efectivamente –como lo quieren las fantasías “spielberianas”– los dinosaurios han vuelto para comerse a los hombres o, al menos, para borrar los vestigios de su pasado.

El Chocón, a fines de 1969 y comienzos de 1970, en un contexto de dictadura militar, experimentó un conflicto con un alto grado de violencia que dividió a la comunidad neuquina y que, en cierta forma, anticipó mucho de lo que vendría algunos años después. Así, el análisis de lo que dio en llamarse *El Choconazo* necesariamente implica dar cuenta de polarizaciones y enfrentamientos para comprender cabalmente la sociedad y la política neuquina –así como la nacional– de los años 70. Tanto aquel conflicto como el proceso de nacionalización de la Universidad del Neuquén –que implicó una gran movilización juvenil acompañada de tomas de facultades– son en ese aspecto dos procesos fundamentales que, aunque con escasa vinculación, signaron la etapa a nivel regional, incorporando a la provincia del Neuquén al vertiginoso y conflictivo ritmo que para entonces tenía la política nacional en la crisis de la dictadura autodenominada Revolución Argentina. No es entonces un conflicto que merezca el lamentable esfuerzo que supone la indiferencia histórica.

En relación a lo anterior, creo que la salud y vitalidad de una sociedad también debería mensurarse, si alguna vez es

posible, por la capacidad de manifestar su resistencia al olvido o de instalar “lugares de memoria” de aquellos hechos – sucesos o procesos– que han entrañado experiencias traumáticas y que no queremos se repitan. Los historiadores tenemos en ello una gran responsabilidad; quizá, entonces, deberíamos tomar más en serio la posibilidad de que la historia sea como *un profeta con la mirada vuelta hacia atrás*<sup>1</sup>, que por lo que fue, y contra lo que fue, colabore con pensar en un futuro mejor. Ello exige necesariamente de un compromiso y una mirada más amplia y valiente respecto del pasado, ya que siempre hay una resistencia a escarbar en lo que nos pasó, porque se trata, en ocasiones, de –como dice Zitarrosa– “olvidos que queman” y de “memorias que engrandecen”. Es que muchas veces lo que está allí, en un rincón de nuestro “gigante y sumergido” pasado, nos molesta e inquieta; y nos incomoda aún más cuando no podemos, como en la computadora, pintar el texto y borrar.

De manera que este trabajo, a pesar de respetar gran parte de las pautas de la historia académica, está destinado, pretenciosamente, a un público más amplio y a muchos olvidadizos. Porque entiendo que debe profundizarse –y en muchos ámbitos incorporarse– el análisis y la evaluación masiva de la experiencia de los años 60 y 70 del pasado siglo y, sobre todo, enriquecer la mirada que los jóvenes y adolescentes tienen hoy de la historia nacional y regional. Revisar esa historia tiene seguramente sus costos. Hay allí mucho que rechazamos, mucho error y mucho dolor, pero también muchas cosas que debemos recuperar y “reciclar”. Solo el debate

acerca de lo sucedido puede ayudarnos a convertir la revisión de aquellos años en un balance con saldo positivo.

La investigación que aquí se expone consta de un primer capítulo de corte analítico, que trata de aportar las claves necesarias para la comprensión del conflicto. Con ese propósito, avanzaremos desde las particularidades del obrador como espacio social hasta las tensiones políticas y culturales en el mismo, pasando por las condiciones de trabajo y de vida de los obreros. Es una aproximación primaria y esencial, que describe la realidad que vivieron aquellos trabajadores y que hace comprensibles las líneas de conflicto que dieron forma al Choconazo. En la segunda parte, se hace un relato cronológico del conflicto sin abandonar la perspectiva analítica, que toma en esta instancia un carácter procesual y dinámico. De todos modos, si dicho relato resultara algo monótono no hay muchas maneras de evitarlo, ya que se revela imprescindible para quien requiera de una descripción casi al detalle de lo sucedido, teniendo en cuenta que, como toda historia, la presente es solo una interpretación de los acontecimientos.

Las fuentes a las que he recurrido han sido preferentemente periodísticas, especialmente el diario *Río Negro*, pero también el desaparecido *Sur Argentino* y periódicos de tirada nacional, como *La Prensa*, *Clarín* y *La Nación*. También ha constituido un aporte invaluable toda una serie de fuentes directas, como las notas de reclamos que los delegados obreros escribieron a las empresas o los comunicados y panfletos de la época, guardados con mucho celo durante los años oscuros de la dictadura por varios

partícipes directos, convertidos luego en “militantes de la memoria”.

Los testimonios orales conforman también una parte valiosísima de nuestro trabajo, obtenidos a través de entrevistas a los protagonistas del conflicto en las distintas esferas y niveles. No obstante, la recopilación no es exhaustiva y quedan muchos testimonios sin recoger y analizar. Trabajos posteriores seguramente completarán estas falencias.

Las fotografías son otro dato fundamental en el relato y la interpretación que aquí proponemos. Ha resultado muy difícil, y a la vez penoso, tener que seleccionar tanto material por cuestiones económicas, pero representan, sin duda, una contribución inapreciable en esta primera interpretación global de aquellos hechos.

Finalmente, deseo agradecer a quienes de una u otra forma hicieron posible este trabajo. Entre ellos, y esperando se perdone mi mala memoria, debo mencionar la amabilidad de Sara Mansilla, Ana Egea, Pascual Rodríguez, Alé Rada y don Marcelo Pessino, por dar sus testimonios; a los compañeros del GEHISO, a Dante Di Fiore y a la profesora Laura Sánchez por la paciencia que me han tenido; a Ana María Alonso y Lucila García, del archivo del diario *Río Negro*, por su buena disposición; a la intendencia de El Chocón y en especial a la Secretaría de Extensión de la Universidad Nacional del Comahue.



## **II- CLAVES DE INTERPRETACIÓN**

### **El Chocón: de la ilusión al desencanto**

Hacia 1970, los problemas que tenía el país con relación al suministro de energía no eran nuevos, más bien provenían de larga data y se habían hecho evidentes ya con la crisis económica de comienzos de los años 50. Ello exigió del segundo gobierno de Perón la adopción de una política energética más audaz con el fin de sentar las bases de una industria pesada. La precariedad y la dimensión del parque energético imponían una fuerte limitación a cualquier tipo de política que intentara superar la etapa “más sencilla” de la sustitución de importaciones, de manera que la ampliación de las posibilidades de generar energía figuraba en la agenda de problemas estructurales a resolver. Los acuerdos con la Standard Oil, durante el peronismo, así como la política petrolera de Frondizi hacia 1958, tenían ese horizonte.

En consonancia con dicha perspectiva, la idea de construir un gran embalse sobre el río Limay para regular las crecidas del río Negro no era nueva, había surgido ya en 1938. Durante quince años las dependencias oficiales estuvieron recogiendo datos de la cuenca del río Negro a fin de elaborar un proyecto de endicamiento y producción de energía. Así, en

1953, el Gobierno nacional trazó un proyecto hidráulico en el que se mencionaba específicamente el propósito de construir un embalse sobre el río Limay en El Chocón, una angostura en el curso de dicho río, como también el de desviar las aguas del río Neuquén hacia las cuencas naturales de Mari Menuco y Los Barreales. Desde entonces fueron innumerables las marchas y contramarchas del proyecto. El último pareció ser el encomendado por el Senado de la Nación a las consultoras Italconsult, Sofrelec y Harza Engineering Company, hacia 1961. En el período que va de mediados de la década del 50 a fines de la del 60, en que comenzó a construirse la obra, el proyecto fue ocupando progresivamente un lugar más importante en el imaginario regional y nacional, que crecía con los continuos y fallidos anuncios de inicio en las obras<sup>1</sup>. Y más aún en la cultura de frontera de la región, desde la cual Neuquén se consideraba a sí misma como una especie de “colonia interna” del centralismo porteño:

El verdadero progreso de Neuquén vendrá cuando sus habitantes pesen sobre las decisiones de la utilización y construcción de obras como El Chocón-Cerros Colorados, y éstas se conviertan en medios de desarrollo regional y no en meras factorías para extraer electricidad para Buenos Aires<sup>2</sup>.

La presencia de lo que comenzaría a llamarse “la obra del siglo” fue adquiriendo cada vez más cuerpo en las expectativas de los habitantes de Neuquén durante esos diez años, y mucho más aceleradamente que la obra misma. Neuquinos, extraprovinciales y la prensa nacional comenzaron a hablar

entonces de la *segunda conquista del desierto*<sup>3</sup>. No es este el lugar, pero sería interesante auscultar sobre el porqué de esta caracterización que lleva implícita una reivindicación, en el contexto de los años sesenta, de la campaña del general Roca. Lo cierto es que para agosto de 1968, la empresa Hidronor, creada al efecto en enero de ese año, logró la financiación para la concreción de las obras<sup>4</sup>. Se trataba de 62.000 millones de pesos m./n., un crédito del Banco Mundial de 82 millones de dólares y 11 créditos paralelos de distintos países, concedidos “en la medida en que se efectuasen adjudicaciones por compras de bienes y servicios a empresas radicadas en los países otorgantes de los créditos”<sup>5</sup>, y que oscilaban entre 75 y 100 millones de dólares. El préstamo del Banco Mundial se hizo efectivo el 17 de diciembre de 1968, en Washington, y fue rubricado por el Secretario de Energía de la Nación, el presidente de Hidronor y Robert McNamara por el Banco Mundial.

En septiembre del mismo año, Hidronor adjudicó a Impregilo, de origen italiano, en asociación con Sollazzo, de capital nacional, las obras de El Chocón por la suma de 32 millones de dólares<sup>6</sup>, y a comienzos de 1969 comenzó a construirse el campamento para los trabajadores<sup>7</sup>, aunque ya desde 1968 había movimientos en la zona. Para entonces, si algunos veían la posibilidad de conflictos sociales en el contexto de la obra, el ingeniero Raúl Ondarts, uno de los máximos directivos de Hidronor S.A., pretendía aventar tales presagios manifestando, hacia fines de 1968, que “no es un problema que pueda inquietar y están tomadas todas las medidas para evitar perturbaciones”<sup>8</sup>. No obstante, desde el

comienzo mismo de la obra, se sentaron las bases materiales, las relaciones laborales y los criterios de autoridad, que hicieron de ese pequeño espacio del desierto neuquino una fuente permanente de tensiones y conflictos.

## El obrador como institución total

A 75 km de Neuquén “entre el 8 de enero y el 12 de diciembre de 1969, se tuvo que transformar una zona inhóspita y desértica en un lugar habitable, no sólo para los trabajadores, sino también para sus familias, aunque no en la mayoría de los casos. En once meses a 1.400 km de Buenos Aires, en diciembre de 1969, se había levantado un obrador con 3.000 obreros, para construir la represa de El Chocón que, junto con la de Cerros Colorados, configuraba una suerte de Asuán para el país”<sup>9</sup>.

El relato citado es preciso. En once meses se erigió un campamento de trabajo –que ocuparon trabajadores solos o con sus familias–, se instaló un local comercial y un control de seguridad, se establecieron normas de relacionamiento, una autoridad, etc. En otras palabras, en ese corto lapso se construyó, a partir de la oferta laboral generada por la iniciativa del Estado de erigir la represa, un espacio social organizado por las empresas comprometidas a realizarla, la principal de ellas Impregilo-Sollazzo –en adelante IS–, pero también Cartellone, Analvi, Wainstein y otras subcontratistas.

Estas obras “exigían la presencia de conglomerados más o menos numerosos de obreros en sitios relativamente aislados”<sup>10</sup>, tal como a principios de siglo había sucedido con la explotación petrolera en la zona de Cutral-Co y Plaza Huincul, o en la construcción del dique Ballester sobre el río Neuquén. Ello hace destacable una cuestión que consideramos esencial para comprender el conflicto. Se trata de la estrecha dependencia que se estableció entre lugar de trabajo y de vivienda, lo que entrañó la casi inexistencia de límites entre el mundo estrictamente laboral y el no laboral. La morada, la vida familiar, el esparcimiento o el tiempo libre de los trabajadores estaban regulados e inmersos en las relaciones de trabajo o, más explícitamente, en el marco y estilo de relaciones que establecía la empresa, que, de esta forma, no solo era autoridad económica y empresaria, sino también civil y estatal. De manera que la continuidad entre el ámbito físico de la producción y el de la vivienda hacían de este último una extensión del primero, perdiendo así su natural carácter privado, como resultado de una expansión inusual de la autoridad empresaria. A esta forma de organización del trabajo se la ha calificado de “institución total”, llamada también por algunos investigadores “sistema de fábrica con villa obrera” (SFVO) o *company town*. Son caracterizados así aquellos espacios sociales que tienen como centro dinámico una única empresa, fábrica o actividad que regula la vida social de la comunidad durante todo el día. Se trataría de una “fábrica a cielo abierto” durante las 24 horas, donde el dominio material y cultural de la o las empresas imposibilita la existencia de ámbitos de la vida social con cierto grado de autonomía, de

manera que lo que ocurre en cualquier esfera del obrador repercute en el resto de la comunidad. De allí que, muchas veces, “diferentes conflictos menores y no relacionados entre sí terminan combinándose y alcanzando una explosividad muy grande”<sup>11</sup>. Para el caso que nos ocupa, en los reclamos a la empresa se combinaron siempre los de índole netamente laboral con aquellos relativos a otras esferas de la vida comunitaria.

En este dominio empresarial, sobre todo el espacio social que construyó, un lugar fundamental lo ocupó la propiedad y el poder de distribución de viviendas por parte de las empresas que, en virtud de ello, adquirieron una gran capacidad para ejercer fuerte coerción y discriminación sobre los trabajadores:

Los jefes de la empresa argentina tenían la costumbre que, si bien no era “lo brutal”, era el “arreglo pampa” de las situaciones controvertidas, estilo prepotente y paternalista. Estimulaban y practicaban el acomodo, gratificando a los obedientes, otorgándoles las casas que se iban terminando, para que traigan a la familia<sup>12</sup>.

Uno de los reclamos planteados por los delegados rezaba en su séptimo pedido: 7) Patricio Agüero n° 728, chofer de Terex, le prometieron casa y las que se desocuparon se las dan a gente nueva<sup>13</sup>.

Por otro lado, la comentada superposición de situaciones conflictivas se agravó con la ausencia de válvulas de escape cotidianas, habituales en otros espacios sociales más abiertos. Desde este aspecto, el aislamiento geográfico no fue apenas un dato sin importancia. La inicial falta de contacto con

el mundo urbano y una sociabilidad pobre –reducida al obrador y por tanto a la empresa– se conjugó, además, con una omnipresencia de las empresas bastante particular. Porque ellas no ofrecieron a los trabajadores –al menos antes de los conflictos– una batería de alternativas para las actividades extralaborales, como sí lo habría hecho YPF, que en similares circunstancias, a principios del siglo XX, instaló en sus campamentos desde bibliotecas hasta prostíbulos, pasando por un sinnúmero de actividades para las familias. Las empresas en este caso se presentaban como secamente arbitrarias en la medida que constituían la única autoridad que creaba y regulaba la rígida vida civil que estaba dispuesta a admitir. Asimismo, en este ese trozo del desierto patagónico, esta omnipresencia empresaria estuvo respaldada desde un comienzo por toda la capacidad coercitiva de un Estado que asumía formas dictatoriales. De allí que el tema del disfrute del tiempo libre no se tratara de un problema menor; fue una cuestión que estuvo a punto de resolverse –o al menos se discutió muchas veces con las empresas– en el período del conflicto que dio en llamarse de “luna de miel”. En tal sentido, respecto a ese reclamo de los trabajadores de El Chocón, el general Francisco Imaz, ministro del Interior de la dictadura de Onganía, fue más que explícito:

¿Y qué otra cosa se puede hacer en El Chocón después de las 22.30 h? ¿Hay cine? ¿Hay teatro? ¿Hay boíte? ¿Qué se puede hacer sino descansar para estar al día siguiente bien descansado y con ganas de trabajar?<sup>14</sup>

Al parecer, para el general Imaz, así como para los empresarios o algunos gobernantes de fines de siglo XIX, los trabajadores eran apenas mano de obra, no personas. Además, ese predominio u omnipresencia empresarial generó serios conflictos al imponer un marco normativo en el campamento u obrador, con un fuerte sesgo discriminatorio que se hace evidente en un doble sentido. En primer lugar, tendía a regular no pocos aspectos de la vida privada de los obreros, recortando la autonomía de estos en su esfera personal y familiar. El ya mencionado poder que la empresa ejercía sobre la vivienda no deja de ser esclarecedor, pero la cuestión del consumo de alcohol resulta también un aspecto ilustrativo y revelador. Allí la normativa, asentada en un fuerte prejuicio cultural, “suponía que quienes ocupaban cargos de mayor importancia y responsabilidad tenían autocontrol y racionalidad, mientras los que estaban en posiciones inferiores se caracterizarían por su emotividad y escaso autocontrol”<sup>15</sup>.

En la realidad social de la vida del obrador ello se combinó, por la interdependencia ya comentada entre las distintas esferas, con las imposibilidades de un disfrute del tiempo libre, recortándose los espacios y las autonomías de los trabajadores. Al respecto, simplemente no había lugar donde estar que no fuera bajo la supervisión empresarial. El caso más claro donde coincidieron estos recortes con la imposición de una normativa discriminatoria fue el problema derivado del comedor. Allí se podía ir solo en horarios de comida, lo que siempre producía inconvenientes, ya que los 2.500 comensales debían comer en tres turnos y el tiempo del que disponían era de media hora por tanda, de manera que la estrechez horaria

llegó inclusive a generar algunos episodios violentos por conseguir un lugar. Otras alternativas que buscaron los trabajadores fueron también problemáticas, porque ante la situación planteada, comenzaron a comprar comestibles en la proveeduría (muy caros, por cierto) para cocinarse en sus piezas; pero esa práctica, como las fondas informales en las casas de familia, fueron prohibidas como consecuencia de la imposición de una “ley seca” en el obrador, lo que –a ojos vista– no corría para los capataces italianos<sup>16</sup>. Se comprende entonces la sensación de ahogo social que imponía esta omnipresencia empresarial.

En segundo lugar, la empresa, como centro y dispensadora de bienes y poder, reforzó ofensivamente la estratificación social mediante la distribución fuertemente desigual de gratificaciones o posibilitando, solo a algunos, la reproducción del nivel de vida que podrían tener fuera del ámbito del obrador. El “personal técnico”, por ejemplo, disponía de servicios y de un estilo de vida al que los obreros no tenían acceso por su condición de tales. Ello se evidenció en las diferencias abismales entre los distintos espacios de alojamiento o recreación a los que cada “estrato” estaba asignado, lo que reforzaba ofensiva y artificialmente la desigualdad social. Los obreros no solo tenían enormes dificultades para reproducir su estilo de vida o acceder a servicios que otros visiblemente disfrutaban, sino que además la calidad de los que a ellos les “correspondía” se traducía en agudos problemas de hábitat. “Por ejemplo, se había previsto construir casas para los obreros de Impregilo Sollazzo, pero no habían considerado la instalación de agua caliente”<sup>17</sup>; las piezas

(en general para seis obreros) eran pequeñas, con lo cual el hacinamiento era la norma; la irregularidad en la provisión de gas y en la limpieza era permanente; los artículos de primera necesidad, extremadamente caros; la asistencia médica, casi nula –de manera que no era bajo el índice de tuberculosis– y el comedor de obreros de IS estaba en “pésimas condiciones”<sup>18</sup>.



**Barracas de obreros de Analvi, 8 de marzo de 1970**

Gentileza diario Río Negro

La Dirección Provincial de Trabajo, cuyo titular era en ese entonces Marcelo Pessino, realizó una inspección el 2 de enero de 1970, luego del primer conflicto y durante la tregua. El acta, con respecto a las instalaciones sanitarias y pabellones, es bastante explícita:

Existen en número de cinco [inodoros a la turca y lluvia] por cada pabellón que aloja aproximadamente a 60 personas, se encuentran en su mayoría obstruidos y no funciona la descarga de arrastre; además existen cámaras sépticas inundadas y el destino final del desagüe es el derrame en los terrenos próximos en algunos casos, observándose proliferación de moscas en forma alarmante<sup>19</sup>.



**Otra vista de la barraca de los obreros de Analvi**

Gentileza diario Río Negro

De la misma manera, la inspección que las fuerzas policiales realizan en momentos en que el conflicto –en su segunda etapa– atraviesa el momento de mayor intensidad y violencia, arroja un resultado parecido:

...algunos obreros, como los de Analvi, por ejemplo, viven directamente en condiciones infrahumanas [...] ni el ingeniero Simonelli ni el propio Obispo conocían a fondo esto<sup>20</sup>.

Los obreros de Impregilo Sollazzo viven un poquito mejor, por lo menos tienen camastros. Y debemos reconocer que si hoy ya consiguieron algo, eso es fruto de la presión ejercida por la huelga anterior<sup>21</sup>.

Esto es increíble, no sé cómo esta gente podía subsistir en este miserable lugar totalmente desprotegido [...] es inconcebible esta miseria. Además sé que la comida era mala<sup>22</sup>.

Periodistas de distintos medios, a partir de lo declarado por las fuerzas de seguridad, realizaron ellos mismos una inspección. El principal diario regional informó entonces que:

Numerosas aberturas por donde se filtra el viento, el frío o el calor, hacen insoportable la estadía dentro del pabellón con las temperaturas normales extremas en la región.

Ahora, por el calor, no podemos entrar a dormir hasta después de las doce de la noche [...] adentro es un horno [...] por la separación entre las chapas entran arañas, víboras, “matuastos” y cuanto bicho que camina nos visita<sup>23</sup>.

Cronistas de Mendoza atestiguaron de la misma manera: Estos pabellones son verdaderos galpones en cuyo interior se sienten todas las inclemencias del castigado

clima de la región. Faltan baños y hasta hace muy poco había solamente un grifo ante el cual se formaban interminables colas. Ese grifo servía tanto para dar bebida como para suministrar líquido para la higiene personal de los obreros<sup>24</sup>.

A partir de estos testimonios toma más cuerpo entonces aquello de que lejos de “conducir” la esfera de las relaciones extralaborales, la empresa imponía a los trabajadores una autoridad francamente injuriosa.

Además, debe tenerse en cuenta que este marco normativo y el tratamiento degradante estaban también signados o marcados por la lógica del mercado de trabajo. Las pautas culturales del personal jerárquico tendieron a ser respetadas, así como las condiciones de vida de las que procedían. Pero a medida que se bajaba por la escala de indispensabilidad o que los costos de sustituir a los trabajadores se hacían menores, también disminuían las gratificaciones y calidad de vida que la empresa otorgaba a los mismos<sup>25</sup>.

Por otro lado, adoptando una mirada amplia respecto al concepto de salud, caben pocas dudas de que lo comentado incidió fuertemente en la salubridad de la población de obreros, por cuanto allí el hacinamiento favoreció la propagación de enfermedades –fruto de un hábitat inadecuado o de la miseria– como la tuberculosis, pero también en la concentración de trabajadores temporales masculinos alejados de su contexto social y familiar, lo que dio lugar a una serie de problemas sociales como el alcoholismo, la violencia, la prostitución, etc.

De hecho, en El Chocón “durante una época que fue del año 1970 a 1971 se comenzó a tener una alarmante cantidad de casos de enfermedades sociales infectocontagiosas”<sup>26</sup>.

Hacia 1969, las **condiciones de trabajo** imperantes en la obra completan un cuadro que necesariamente estaba destinado a generar tensiones. Estas condiciones fueron reveladas por los comunicados y declaraciones de los delegados en la primera etapa del conflicto. Por ejemplo, los despidos arbitrarios, el no reconocimiento de pago por categoría trabajando 10 horas diarias en turnos diurnos y nocturnos de 15 días<sup>27</sup>, el no reconocimiento de pago del 15% de “colado” en el hormigón y el no reconocimiento de pago del 10% de altura en el montaje; un significativo número de afectados por la toxicidad de los productos químicos utilizados en los túneles y las enormes deficiencias en cuanto a la seguridad laboral<sup>28</sup>. Inclusive, luego de que la primera etapa del conflicto quedara superada, muchos de esos problemas persistían; por ejemplo, la carencia de ambulancia en horarios nocturnos, falta de claridad en el pago de haberes y pocas posibilidades de controlarlos, ausencia de seguridad en los túneles (tanto para las voladuras como en las chimeneas), no entrega de calzado de seguridad, categorizaciones, el pago del 15% por hormigonado y 10% por altura, el hecho de que a muchos trabajadores, en el caso de los albañiles y los carpinteros, se les vendía las herramientas de trabajo; la falta de luz en los pabellones, de tarjetas individuales del personal para que este pudiera controlar lo que se le pagaba; las malas condiciones de traslado del personal<sup>29</sup>, entre otros.

Si bien hacia fines de 1969 la Dirección de Trabajo de la provincia del Neuquén parecía no tener conocimiento de esta situación –al menos la UOCRA Seccional Neuquén no había presentado ninguna denuncia al respecto<sup>30</sup>–, el informe de la inspección citado inicialmente, respecto a la seguridad en los túneles, planteaba:

En los túneles se pueden observar pequeños deslizamientos de roca que representan un peligro para la seguridad del personal afectado a la tarea. Se carece de apuntalamiento u otro tipo de protección sobre las paredes [...] se observa en el ambiente polvo en suspensión, mezclado con gases de escape de los camiones y máquinas que trabajan en el interior, como también de los explosivos. Esto crea un ambiente que sería necesario corregir mediante una adecuada ventilación forzada<sup>31</sup>.

Durante ese mismo año, la situación se tradujo en el fallecimiento de ocho obreros por la ausencia de políticas de seguridad industrial. En el resto de la provincia, las condiciones laborales de los trabajadores de la construcción mostraban, en general, grandes deficiencias, tanto en espacios urbanos como en rurales; por lo menos, así lo evidencian las inspecciones de la Dirección Provincial de Trabajo de la provincia<sup>32</sup> y las denuncias ante ella realizadas. Pero esas deficiencias, por todo lo ya referido, parecían agravarse en el marco de la obra de El Chocón, donde además la situación se combinaba con experiencias patronales a contramano de las relaciones laborales en nuestro país; de allí el permanente

reclamo de los trabajadores y delegados frente al humillante trato que capataces y encargados daban al personal:

Hay que destacar que algunos capataces italianos tenían una modalidad algo más brusca que la de los argentinos. Ellos narraban que llevados por las circunstancias en África, tenían capataces negros que azotaban a los obreros con nervio de buey. No comprendían las nuevas situaciones, entonces algunos trataban a los gritos a nuestros obreros<sup>33</sup>.

Uno de los capataces que más quejas suscitó entre los obreros, por su saña en el maltrato, fue Giuseppe Grillo, algo que fue reconocido inclusive por militantes opositores a la línea gremial que sostenían los delegados.

Todos estos factores, amén de la celeridad con que se produjo la concentración obrera, revelan asimismo un elemento crucial como es la ideología o perspectiva desde la cual fue diseñada la obra y luego propuesto su construcción. Se trata de una gran obra, “decidida generalmente en función de objetivos energéticos macroeconómicos; localizada con criterios geográficos, políticos, etc.; programada en términos técnicos financieros”<sup>34</sup>, donde predominó una perspectiva tecnocrática, “ingenieril”, en la que el recurso humano fue considerado “fácilmente reemplazable, por lo cual no resultaba económicamente ventajoso efectuar inversiones importantes para su mejoramiento, sino invertir el mínimo de recursos para que su rendimiento en el trabajo sea suficiente”<sup>35</sup>. En otras palabras, lo social no contó sino al momento en que esta esfera amenazó con complicar la planificación y los ritmos de la obra.

Se apostó en realidad a que las enfermedades, las muertes por accidentes de trabajo o los problemas sociales que se produjeran no afectasen los tiempos establecidos para la construcción. Ello equivale a decir que atender esas “deficiencias” o “daños colaterales” era económicamente menos costoso –o más “racional”– que un gasto tendiente a contener socialmente a los trabajadores, establecer políticas de seguridad laboral, crear un buen sistema de transporte, etc.

Esta “calculada desidia” se hizo evidente en la explícita desatención que Hidronor mostró respecto a un tema que conocía de antemano, ya que “en octubre de 1969 el sociólogo de Hidronor en El Chocón, Dr. Rafael Funes, elevó al Ing. Ondarts (que junto con el Gral. Manuel Olascoaga, conducía Hidronor) un informe amplio sobre la situación social y laboral imperante en la obra, así como las soluciones para los problemas más urgentes”<sup>36</sup>. Pues bien, los directivos de la empresa, fieles a la concepción más arriba comentada, hicieron caso omiso de ese informe. De hecho, gran parte de los problemas se produjeron por la falta de control del contratante –específicamente de Hidronor– sobre los contratistas y subcontratistas, especialmente en cuanto al respeto a las normas de seguridad e higiene y las condiciones de vida.

Indudablemente, los conflictos que estas situaciones generaron encendieron una luz de peligro, de allí que el 5 de noviembre de 1970 se constituyó el Comité de Acción Social de El Chocón, integrado por representantes de “Hidronor, Impregilo Sollazzo, UOCRA, el Ministerio de Bienestar Social de la Nación y el de la Provincia del Neuquén”<sup>37</sup>, que fue una mera formalidad para cubrir políticamente el tema. No

obstante, tanto para el Club Obrero El Chocón como para el de Portezuelo Grande, se adquirieron diversos elementos necesarios para su funcionamiento, como mesas de billar y de ping-pong, juegos de bochas y otras recreaciones; en total, durante 1970, se habrían invertido en El Club Obrero El Chocón 55.293,17 pesos m./n. Hacia 1971 el gasto de este Comité de Acción Social se elevó a 335.286,31 pesos m./n., los que, según las memorias de Hidronor S.A., eran invertidos en subsidios de pasajes obreros, excursiones recreativas para las familias de los trabajadores, cursos de capacitación, ayuda a instituciones como los clubes obreros y escuelas, etc. Con todo, si bien lejos estaba de revertirse la pobre dimensión social que contenía la perspectiva con la que se construía la represa, lo anterior no debe ser tomado con liviandad, sobre todo por sus connotaciones políticas más que por la incidencia social del gasto. En tal sentido, estas inversiones de alguna manera debieron contribuir, aunque muy por detrás de otros factores, en la creación de una nueva situación político gremial y, por lo tanto, en una redefinición de la actividad sindical, que hacia la segunda mitad de 1970 adquiere un perfil mucho más pragmático y menos clasista.

## El mercado de trabajo y el conflicto

El “Asuán argentino” o “la obra del siglo”, como la prensa gustaba de llamar a El Chocón, implicaba obviamente grandes construcciones civiles que incluían el dique sobre el

Limay, con sus compuertas de toma y los conductos de presión hacia las turbinas, la central lista para instalar los seis generadores, el vertedero con sus compuertas y una villa con 193 viviendas, aunque no estaban contempladas, en estos primeros contratos, las posteriores tareas de montaje electromecánico.

Una obra de esta naturaleza tuvo que producir, evidentemente, un impacto significativo en la estructura socioeconómica regional. Y seguramente las necesidades de insumos –desde alimentos a otro tipo de aprovisionamiento– debieron tener fuerte incidencia en el funcionamiento de los circuitos regionales de comercialización. No cabe duda, además, de que también se creaba una situación nueva en cuanto al mercado de trabajo regional. Al respecto, debemos tener presente que la participación del sector construcción en el valor agregado provincial fue del 3,68% en 1960 al 8% en 1966<sup>38</sup>, y entre 1968 y 1969 esta actividad sufrió un aumento del 287,6% cuando en ese mismo lapso el PBI creció un 54,6% a precios corrientes<sup>39</sup>.

El índice de incremento del PBI es indicativo por sí mismo del impulso regional que implicaron emprendimientos energéticos como la Central Alto Valle y El Chocón-Cerros Colorados, así como de lo atractivo que podría resultar Neuquén para los pobladores de otras regiones. Esta situación, según un actor central en aquel conflicto, generó “una gran expectativa, hubo gran afluencia de gente, si vos leés los diarios de meses anteriores, la oferta laboral que publicaban era muy alta”<sup>40</sup>.

Esta demanda de fuerza de trabajo era para entonces superior a la oferta regional, de manera que Neuquén –y especialmente el departamento Confluencia– se convirtió en una zona receptora de importantes contingentes de migrantes, aunque, es justo recordar, no fue este un hecho aislado. El traslado de población en busca de mejores posibilidades de vida es también un fenómeno de alcance nacional en estos años; en 1970 casi una cuarta parte de la población, el 23% de los argentinos nativos, estaba residiendo en una provincia distinta a la de su nacimiento<sup>41</sup>. Claro que Neuquén no era la provincia que más atraía capital humano, pero considerando la población residente -receptora- se trató de un gran caudal de migrantes extraprovinciales<sup>42</sup>.

Por otro lado, Neuquén ya estaba atravesando por un proceso interno de migraciones, traducido en el desplazamiento de pobladores del interior de la provincia que fueron confluyendo en el departamento Confluencia. Ambos flujos, intra y extraprovincial, hicieron posible que hacia 1970 la población urbana en Neuquén fuera mayor que la población rural y que la primera se concentrara en ese departamento. Además, completando este breve cuadro, es importante señalar la participación de jóvenes en estos flujos migratorios. A nivel nacional, un alto porcentaje de los migrantes internos tenían entre 15 y 19 años. En el caso de Neuquén, hacia 1960 los jóvenes de entre 20 y 24 años eran el porcentaje más alto en la PEA del departamento Confluencia, con una fuerte preponderancia del sexo masculino.

De manera que los trabajadores vinieron sobre todo del interior del país, de Tucumán y del litoral argentino –en

especial de las obras del túnel bajo el Paraná-, pero también del interior de la provincia.

En consonancia con algunas crisis regionales, como la de los ingenios tucumanos, las altas remuneraciones ofrecidas, en relación con los haberes que se pagaban en la construcción, fueron uno de los principales factores de atracción. No obstante, deben moderarse necesariamente aquellos relatos en los cuales exobreros de El Chocón, y el imaginario regional en general, se refieren a esta obra como si hubiera sido “una mina de oro” para los trabajadores. Las condiciones de vida y de trabajo que allí se imponían generaban un gran contraste entre las expectativas y la realidad. El principal diario regional lo diría con todas las letras:

El choque entre la realidad y la fantasía quiebra muchas ilusiones. Se cuentan por cientos los que han llegado al El Chocón como a El Dorado, pero si bien los jornales permiten sueldos algo mayores que en otros sitios, no son lo suficiente como para satisfacer ideas ambiciosas y equivocadas<sup>43</sup>.

Por otro lado, la necesidad de una gran cantidad de trabajadores calificados y con experiencia en grandes obras, perfil al que no se ajustaba la mayor parte de los trabajadores regionales, debió también repercutir en estos procesos migratorios. Los datos de los años del conflicto muestran de alguna manera las características de esta demanda inicialmente equilibrada, pero ya hacia 1970 con un sustancial predominio de trabajadores calificados. Si bien los datos corresponden a los trabajadores de IS, los más numerosos en todo el obrador, la

composición de los trabajadores de la Villa, de la empresa Cartellone S.A., muestran las mismas características.

**Composición (%) de la mano  
de obra por calificación<sup>44</sup>**

	1969	1970	1971	1972
<b>Calificados</b>	44,7	54,6	71,5	74,8
<b>No calificad.</b>	44	38,9	20	14,6
<b>Técnicos</b>	4,3	3,6	4,2	4,3
<b>Administ.</b>	3,9	2,4	4,3	5,7

En otro orden, también algunos trabajadores extranjeros fueron atraídos por el trabajo en la “obra del siglo”. Allí no solo coincidían las calificaciones, especialmente de los trabajadores bolivianos, preferidos por su experiencia en el trabajo minero; o de los chilenos, por el trabajo en madera y en los oficios propios de la construcción. También la preferencia de los subcontratistas por los extranjeros, y sobre todo indocumentados, obedecía a la posibilidad y ventaja de disponer de mano de obra más barata, lo que se traducía también en peores condiciones de vida para aquellos trabajadores, una cuestión que en el segundo año de la obra, 1969, generó un pequeño conflicto con los trabajadores chilenos.

Específicamente, en mayo de dicho año fueron traídos 42 chilenos, atraídos por la propaganda que un subcontratista de Cartellone S.A. había desplegado en Temuco, en la vecina República de Chile, a través del diario *El Austral*: Trabajo por diez años con casa, comida televisión y cine; un salario de 80 o 100 escudos, pagaderos en esa moneda, y pasajes pagos, más otros beneficios. Era una oferta tentadora<sup>45</sup>.

La realidad fue muy distinta. Los trabajadores fueron ingresados al país por la cordillera, registrados con visa de turista, y trasladados en un camión volcador hasta El Chocón, para trabajar en una obra fuertemente vigilada, donde fueron alojados “en rudimentarias cuevas conformadas por el terreno y algunas chapas”<sup>46</sup>. El conflicto fue corto, y debido a una denuncia de la UOCRA Seccional Neuquén y a una inspección de la Dirección de Trabajo de la provincia, los trabajadores debieron volver a su país. Si bien el episodio concluyó rápidamente, de una forma inesperada y prematura, lo cierto es que sobrevino acicateado por los dos ejes que lo articularon: las condiciones laborales y de vida, por un lado, y la tensión intragremial, por otro, poniendo en evidencia lo que allí sucedía. Quizá por este conflicto, que sería el único de este tipo en la historia de la obra, el número de extranjeros que trabajó allí fue relativamente bajo.

Por otro lado, pese a que las empresas no tuvieron en general mayores dificultades para abastecerse de mano de obra, salvo en los críticos meses de “contratiempos” ya descriptos, el análisis de la evolución del empleo durante el período es más que interesante.

**Composición (%) de la mano de obra  
por nacionalidad<sup>47</sup>**

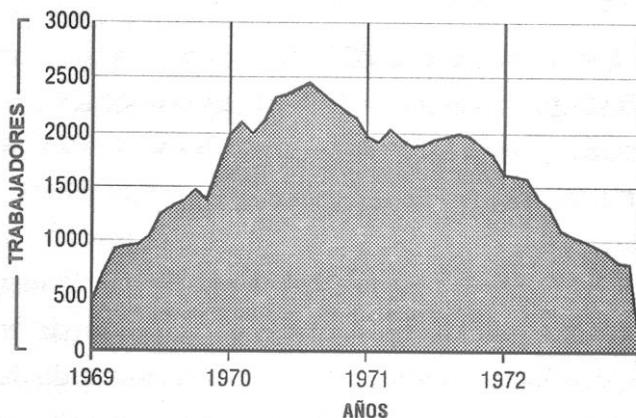
	1969	1970	1971	1972
Argentinos	75,2	71,6	67,9	73
Europeos	2,7	3,6	3,7	-
Chilenos	7,3	11	11,2	10
Bolivianos	9,7	11,2	13,4	10
Otros	7,1	2,6	3,8	7

En la curva evolutiva que reproducimos más adelante, puede observarse que 1969 fue el comienzo de una demanda de mano de obra que iba a revelarse como muy poderosa. De manera que tanto la primera como la segunda etapa del conflicto, diciembre de 1969 y febrero-marzo de 1970, se desarrollaron en momentos cruciales en cuanto a la creciente necesidad de trabajadores, sobre todo calificados, por parte de las empresas. Pensemos que hacia marzo de 1970 la construcción civil estaba, en términos generales, en un 20,2% de avance, pero que las partes neurálgicas de la misma, como las tuberías de presión, las compuertas de toma y la estructura de la central, estaban mucho más atrasadas; solo tenían un desarrollo del 17%; 9,8% y 10,5%, respectivamente.

En esa instancia, las empresas, especialmente Impregilo-Sollazzo, se encontraron en una situación difícil para la recuperación del nivel de empleo. Los changarines y trabajadores que habían traído de otras provincias no

alcanzaban en cantidad y calidad para recuperar el ritmo de la obra, lo que seguramente trajo aparejado un aumento en los gastos por parte de la empresa<sup>48</sup>. Como declaró un ingeniero italiano de Impregilo al periódico *Clarín*: Alcanzar el nivel necesario de mano de obra “llevará muchos días y exigirá dar mejores condiciones de vida al personal, pagarles más, costearles los pasajes, reorganizar los comedores y no cobrarles algunos elementos como los cascos de seguridad, colchones, almohadas, camas, etc.”<sup>49</sup>. Elementos que, obviamente, quienes debieron u optaron por irse no podían llevarse.

### **Evolución del empleo en las obras civiles de El Chocón<sup>50</sup>**



La creciente demanda, junto con los demás aspectos señalados, constituye otro factor que ciertamente debió incidir en la capacidad de reclamo de los trabajadores, como también

en las características del movimiento de fines de 1969 y comienzos de 1970. No obstante, según revela asimismo el gráfico, la demanda fue tan intensa como efímera. A partir de julio de 1970 la caída del empleo fue evidente y continua, ya no como triste resultado de los conflictos, sino más bien como consecuencia de la evolución misma de las obras civiles.

Ello constituye un dato trascendental, sumado a la renovación de gran parte de los trabajadores, la cercanía de una experiencia gremial frustrada, etc., al momento de pensar en el cambio de actitudes gremiales por parte de los trabajadores de El Chocón desde fines de 1970 en adelante, cuando se produce un abandono de las iniciales posturas clasistas y se avanza hacia un mayor pragmatismo político y gremial.

Es decir que, para entonces, en la segunda mitad de 1970, si algunos aspectos de la experiencia de los trabajadores de El Chocón se habían modificado, la depresión de la demanda no fue un factor que pasara desapercibido; por el contrario, el destino incierto de quienes debían dejar cotidianamente la obra pasó a ocupar un papel central en el discurso de los representantes gremiales, muchos de los cuales habían apoyado anteriormente la actividad sindical desde una perspectiva clasista.

## El problema gremial

Lo desarrollado hasta aquí es de especial importancia pero, como se ha señalado desde un comienzo, el movimiento

que inicialmente “involucra a 1.200 obreros obedece a dos causas igualmente graves para ellos, causas netamente laborales y causas gremiales”<sup>51</sup>; y a los efectos de poder comprender las segundas, es preciso contextualizar las mismas dentro de la dinámica del movimiento obrero nacional hacia fines de los sesenta.

Para entonces se había instalado un modelo de acción sindical cuya expresión más acabada fue lo que se dio en llamar “vandorismo”, que hacia 1966 había apoyado el golpe de Estado de Onganía. Al respecto, debe destacarse el alto grado de integración con el sistema político –y con los factores de poder que lo determinaban– al que había llegado ese sindicalismo, como fruto de su burocratización y de la aplicación de métodos autocráticos para regular la vida interna de los sindicatos<sup>52</sup>. Pero el gobierno de facto no parecía dispuesto a pagar favores fácilmente. De hecho, el respaldo a esa dictadura, al cabo de un año, provocó una severa crisis en la conducción gremial como consecuencia del perfil que el nuevo régimen había adoptado, que implicaba la suspensión de cualquier tipo de organización y actividad política con el fin de eliminar toda presión sectorial sobre el Estado y producir su “modernización”. Ello echaba por tierra la estrategia de la dirigencia sindical. Si su principal herramienta había sido hasta entonces la combinación de presión y negociación, la cúpula militar cerraba ahora todos los caminos hacia el uso de ella; solo admitía la genuflexión y la obsequiosidad en sus pretensiones de sustituir política por administración.

A la disciplina de cuartel que la dictadura impuso a la sociedad, se sumaron los efectos de la política económica

impuesta por el ministro Krieger Vasena, donde los más perjudicados fueron los trabajadores de todas las ramas, los medianos productores rurales y los empresarios nacionales, por la falta de protección y la desnacionalización que el plan económico suponía. La suspensión de los convenios colectivos de trabajo, el congelamiento de los salarios y la sanción de una ley de alquileres que facilitaba los desalojos fueron algunas de las medidas que inmediata y directamente afectaron a la clase trabajadora. El plan, cabe recordar, no proponía algo totalmente nuevo –aunque sí algunas innovaciones respecto a la ortodoxia liberal, como las retenciones a las exportaciones–; se trataba de una continuación posible de las políticas desarrollistas cuya base era la fabricación de bienes durables y de capital, pero el sentido del desarrollo adoptado implicaba, en este caso, una redistribución del ingreso en detrimento de los asalariados y del sector agrario de medianos productores.

De manera que, “al imponer estrictos límites a los aumentos salariales, diferir la realización normal de las negociaciones colectivas, y suspender a la vez el funcionamiento del sistema político, el régimen militar logró socavar las dos fuentes básicas del poder de negociación de los sindicatos en la Argentina”<sup>53</sup>. Lo nuevo en esto era la firme decisión de un poder central, orientado ya por la Doctrina de Seguridad Nacional, de apelar al uso del poder represivo, sin plazos en el tiempo, para eliminar todo tipo de mediaciones políticas, especialmente las que derivaban del accionar de la clase trabajadora y sus organizaciones, sin importar sus consecuencias.

Indudablemente, este perfil en la dictadura de Onganía provocó una división en el movimiento obrero. La primera manifestación de crisis en el seno de su dirigencia fue la aparición de una central obrera “antiburocrática”, duramente enfrentada con la dictadura y con un carácter crecientemente clasista, la llamada CGT de Paseo Colón o “de los Argentinos”, en marzo de 1969, conducida por Raimundo Ongaro. Frente a ella, la llamada CGT Azopardo quedó absolutamente subsumida en la práctica e ideología “vandonista”.

El Gobierno se negó a reconocer cualquier organismo gremial, a pesar de lo cual estimuló el surgimiento de una línea sindical que cooperara sin ambages, conocida entre la militancia como “corriente participacionista” y, formalmente, como Nueva Corriente de Opinión, donde si el principal pivote era la Federación de Luz y Fuerza –y en especial Juan José Taccone–, otros dos dirigentes eran claves, Adolfo Cavalli, del sindicato petrolero, y Rogelio Coria, máximo dirigente de la Unión Obrera de la Construcción (UOCRA)\*. Este último se destacó como uno de los más obsecuentes en la articulación de

---

\* El entendimiento entre Coria y la dictadura le permitió negociar en nombre de su gremio el fin de la indemnización que preveía la ley de despido para los trabajadores de la construcción, quienes comenzaron a aportar -con un porcentaje de sus salarios- para un fondo al que podían acudir sólo en el caso de que fueran despedidos de sus puestos de trabajo. La innovación, sugestivamente, coincidió con un sostenido crecimiento de las arcas del gremio -que manejaba los fondos de despido- la multiplicación de recursos de su conducción y -como es de suponerse- de la posterior fortuna de Coria que, a comienzos de los años '70, habría adquirido grandes extensiones de tierra en Paraguay. Finalmente Coria sería asesinado por Montoneros en marzo de 1974

este espacio sindical, junto con Rogelio Papagno, dato a tener muy en cuenta.

La división y la represión hicieron posible la agonía de la CGT de los Argentinos y los dos primeros años de “tranquilidad social” del gobierno de Onganía, a cuyo fin debió agilizar y concentrar los poderes represivos del Estado, de manera que las huelgas se transformaron en luchas contra el mismo y, por tanto, en enfrentamientos con las FF. AA. La presiones conjuntas de los trabajadores y de otros grupos afectados por la política económica de Krieger Vasena –como los pequeños y medianos comerciantes, los empresarios regionales, los propietarios y asalariados rurales, y los universitarios, entre otros– marcó, en 1969, el principio del fin del “onganiato”.

Los escenarios centrales de aquellas jornadas tuvieron lugar en el interior del país. Obviamente, el Cordobazo marcó el hito de la ofensiva popular, pero las protestas cundieron también en Corrientes, La Plata, y Rosario, que, al igual que la capital cordobesa, debió ser ocupada por el Ejército. La situación obligó a que las dos CGT declararan una huelga general para el día 10 de mayo. En más de dos años era la primera acción del sindicalismo, organizada a nivel nacional, en contra de la dictadura. Pero estos movimientos implicaban nuevos actores y corrientes, especialmente el llamado sindicalismo “clasista” o “de liberación”, que había recibido una importante –aunque efímera– bocanada de oxígeno con la CGT de los Argentinos, profundizando la crisis dirigencial del movimiento obrero y, claro está, será un aporte clave para la crisis de la dictadura de Onganía. Conviene detenernos

brevemente en ese proceso de emergencia de las dirigencias clasistas.

La sanción de una serie de reglamentaciones en los gobiernos de Arturo Frondizi y Arturo Umberto Illia, tendientes a dividir al movimiento obrero mediante la creación de sindicatos por empresas, tuvo como efecto no deseado la gestación de una práctica gremial combativa y antiburocrática, por cuanto entrañaba algunas dificultades para que la militancia clasista, o simplemente de izquierda, se viera segregada por los mecanismos internos que el “vandonismo” tenía aceitados. A su vez, en muchos casos, el relativo aislamiento laboral que acarrearba la fuerte vinculación entre lugares de residencia y de trabajo, así como el relativamente pequeño espacio de acción sindical que permitía una gran democracia, son algunos de los aspectos que dieron origen a ese sindicalismo clasista o también llamado “de liberación”, cuya expresión más notoria quizá hayan sido los sindicatos cordobeses de Trabajadores de ConCord (SITRAC) y de MaterFer (SITRAM).

Como puede observarse, los trabajadores de El Chocón compartían con estos nuevos actores tanto su juventud como algunas situaciones que posibilitaron, también aquí, el florecimiento de un corriente contestataria y similar. Ya hemos adelantado algunos elementos como la degradación de las condiciones de trabajo, consecuencia de políticas laborales tendientes a “racionalizar” y aumentar la productividad. Pero debe pensarse también que el ya señalado aislamiento – geográfico y político– fue otro factor que hizo posible el surgimiento de una conducción gremial de base, autónoma y clasista, en la medida que dicho aislamiento dificultaba la

aplicación de esos mecanismos “de control interno de los sindicatos peronistas tradicionales como la UOM, los textiles y la construcción”<sup>54</sup>, que en otros espacios lograban un eficiente verticalismo evitando la emergencia de disidencias internas. En este sentido, debe tenerse presente que la UOCRA en Neuquén, tempranamente alineada en el “vandonismo”, había sido recientemente resucitada:

Estuvo en alguna oportunidad el compañero Laino, pero la organización estaba desbandada; y bueno, se estaba construyendo la usina termoeléctrica del puente, la empresa Cartellone; y con Adolfo Schvindt, José de la Cruz Romero, Juan Benito Burgos, José del Carmen Rivas, Alberto Gallardo, Evaristo Sandaliche y Núñez organizamos la comisión del gremio el 9 de mayo de 1967. Y don Marcelo Hipólito Pessino, a cargo de la Dirección de Trabajo, mandó un telegrama a la empresa diciendo que esa era la comisión gremial de la UOCRA reconocida por el ministerio en Neuquén<sup>55</sup>.

No obstante, como se verá, la Seccional Neuquén de la UOCRA trató de evitar, desde el comienzo de la obra, la emergencia de una conducción autónoma de los trabajadores, lo que logró solo efímeramente, ya que su debilidad como organización –y, a la vez, su escasa capacidad para canalizar los problemas reales de los trabajadores– no le permitió la imposición exitosa y duradera de una conducción “oficialista”. Por otro lado, su debilidad no radicaba solo en su corta vida, sino en que esta seccional de la UOCRA se resistía, desde el

“vanderismo”, a encolumnarse detrás de los lineamientos impuestos por Coria y Papagno.

Si a comienzos de 1969 la seccional Neuquén de la UOCRA pudo evitar una representación sindical autónoma en El Chocón, a fines de ese año el surgimiento de una representación de base se hizo inevitable aunque no sin conflictos, ya que tanto las empresas como la UOCRA nacional y la Seccional Neuquén no estaban dispuestas a que se les cambiaran las reglas de juego. Pero cuando sucedió —o mejor dicho, a causa de ello—, se pusieron en funcionamiento los instrumentos y mecanismos para sofocar la militancia disidente en los sindicatos burocratizados.

Como lo comenta Daniel James en el texto ya citado, uno de esos instrumentos fueron los reglamentos o estatutos tan poco claros que posibilitaban fácilmente las intervenciones de las seccionales “díscolas” o la expulsión de los afiliados “de izquierda”. En el caso de la UOCRA:

Art. 16) Serán motivos suficientes para suspender a un afiliado de sus derechos sociales: [...] b) cometer cualquier acto de perturbación sindical que a juicio de la comisión directiva central o ejecutiva afecte la buena marcha y estabilidad de la organización.



**Rogelio Papagno**

Art.17) Serán motivos suficientes para expulsar a un afiliado: [...] c) la injuria o difamación de sus comisiones representativas [...] f) La distribución de diarios, panfletos volantes o comunicados donde se ponga de manifiesto cualquier política antiargentina. g) Ser confidente patronal en perjuicio de la organización o sus afiliados<sup>56</sup>.



**Asamblea de obreros en las afueras del comedor, 19 de diciembre de 1969**

Gentileza diario Río Negro

La utilización de estos recursos por parte de la Seccional Neuquén de la UOCRA tuvo como inmediata consecuencia que en la segunda etapa del conflicto se acentuara el perfil intragremial del mismo, para lo cual la UOCRA contó con el

apoyo de todo el andamiaje del Estado, en especial de las fuerzas de seguridad, el Ministerio de Interior y la Secretaría de Trabajo.

Finalmente, aquí –como en muchas partes del interior del país– la situación geográfica y la organización de la vida laboral no permitieron que los conflictos derivados de las relaciones laborales se diluyeran en un mayor conglomerado urbano, lo que acentuó el peso de los conflictos. Como ya lo hemos advertido, “la estrecha proximidad física entre el lugar de trabajo y el de vivienda también contribuía a fortalecer la solidaridad interna de las comunidades obreras”<sup>57</sup>, de manera que el conflicto laboral se transformaba en una protesta comunitaria generalizada. Esa es la razón por la cual el Choconazo involucró a las familias en forma casi inmediata, cuyas mujeres desempeñaron un papel muy destacado en la defensa de las reivindicaciones laborales, tanto en la organización de las comidas comunitarias durante las huelgas como con su efectiva presencia en los momentos de mayor tensión con la policía. Si bien no es objeto de este libro precisar la contribución femenina en esta protesta social, su participación como apoyo y sustento de los trabajadores –maridos, padres, hermanos y compañeros– adquiriría una dimensión aún mayor si se analizara el conflicto laboral a la luz de los estudios de género.

Por todo lo hasta aquí comentado, el conflicto de El Chocón es parte también de esos movimientos del interior del país por los cuales “las bases obreras desafiaron primero a sus propios empleadores y dirigentes gremiales, después al aparato sindical nacional y finalmente al régimen militar mismo”<sup>58</sup>.



**Ana Egea, con otras mujeres,  
colaborando en la olla popular de los huelguistas**  
Gentileza Diario Río Negro



**Sara Garodnik, militante del PC, desde la caja de un camión, en Senillosa,  
convocando a la solidaridad**

## Tradiciones militantes y tensiones culturales

Por otro lado, debemos considerar también que en este movimiento de los trabajadores de El Chocón, como en el conjunto de la militancia “de liberación” del país, confluyeron distintas tradiciones ideológicas. En principio, el marxismo se expresaba a través de militantes del Partido Comunista como Armando Olivares y Antonio Alac, quienes se asignaron una tarea de activismo sindical entre los trabajadores de la construcción de El Chocón,



**Antonio Alac (32)**  
Gentileza Ana Egea

desde comienzo de 1968, manteniendo una relación orgánica con el partido. Si bien Alac era el “menos evangelizado” por el PC, durante el conflicto pareció tener una relación más estrecha con el mismo. Presentaba como rasgo sobresaliente una importante habilidad comunicacional, y en su práctica de delegado destacaba por ser “sensible a la injusticia y [tener] una gran capacidad de comunicarse con la gente, con un lenguaje más directo y menos intelectualizado que Olivares”<sup>59</sup>. Ambos eran trabajadores calificados: el segundo se

desempeñaba como técnico electricista y tenía cursado un año de ingeniería en la universidad, en tanto que Antonio Alac era conductor de los famosos Terex, enormes camiones de 85 toneladas.

Por su parte, Edgardo Adán Torres, integrante también de la comisión de delegados, realizaba un trabajo más pesado, peligroso e insalubre como obrero en los túneles<sup>60</sup>, y no pertenecía ni se identificaba



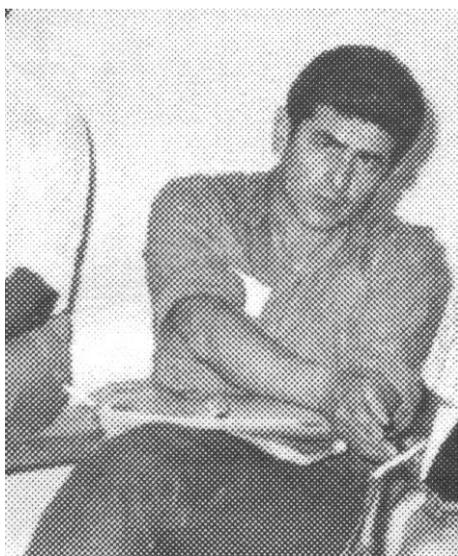
**Adán Torres (26)**  
Gentileza Ana Egea

con ninguna corriente militante específica. Pascual Rodríguez, otro de los protagonistas principales en el movimiento, a la distancia se ve como la expresión más acabada de aquellos sectores que, viniendo del nacionalismo católico y pasando por la Juventud Obrera Católica (JOC), convergen en los sesenta en aquellas expresiones del peronismo que entendían al mismo como un movimiento revolucionario:

Yo venía de una formación católica, nacionalista y antimarxista, y en los últimos años había tenido un importante acercamiento al peronismo; pero bueno, un peronismo idealizado desde una concepción dialéctica: el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, la CGT-A..., adoptando el análisis marxista para la

interpretación de la historia. Y en esa línea identificábamos al peronismo como un paso hacia el socialismo popular, criollo, y eso lo tenía internalizado<sup>61</sup>.

Si bien se incorpora a la obra para trabajos más bien pesados, cargando hierros en Senillosa, terminó realizando tareas que requerían ciertas cualificaciones, como despachante en el depósito de IS. Su objetivo allí, como el mismo Pascual



**Pascual Rodríguez**  
Cura obrero de El Chocón

relatara, era realizar una actividad tendiente a conformar Comunidades Eclesiales de Base (CEB), con una fuerte influencia de las pastorales brasileras y uruguayas, “instalando el Evangelio como acontecimiento liberador del hombre y la sociedad”, por lo que la problemática gremial no le podía ser ajena.

Ahora bien, no fue tan sencillo inicialmente para esta conducción, viniendo de tradiciones ideológicas distintas, aunar esfuerzos. Rodríguez recordaba, 29 años después, que “en realidad nunca había tenido un compromiso tan fuerte, y menos con gente del PC”<sup>62</sup>. Sin dudas, hubo contradicciones derivadas de esas distintas cosmovisiones:

Olivares y Alac temían por mi accionar; las discusiones entre ellos y en el PC fueron dirigidas en un comienzo a controlar mi accionar [...] era el temor por la capacidad de convocatoria de un cura...<sup>63</sup>.

Ciertamente que la imposición de delegados por parte de la UOCRA Seccional Neuquén, en el invierno de 1969, obligó a que los actores confluyeran en una misma acción, lo que aceleró el acercamiento. No obstante, las contradicciones se mantuvieron, aunque con otro perfil.

Rodríguez estaba alineado con la agonizante CGT de los Argentinos, en tanto que los delegados Alac y Olivares adherían al Movimiento Unitario Nacional de los Obreros de la Construcción, MUNOC, una organización del PC



Armando Olivares (24)  
Gentileza Ana Egea

enfrentada con la conducción nacional del gremio liderada por la dupla Coria-Papagno, y con una posición confusa respecto a la CGT de los Argentinos. De alguna manera esto derivaba en diferencias en el activismo gremial; por ejemplo, la reivindicación de un 40% de aumento, reclamo del MUNOC a

nivel nacional, parecía inicialmente algo que respondía más a necesidades de esa corriente que a la realidad emergente de los obreros. Por otro lado, tampoco había coincidencia acerca de la oportunidad de exhibir la adhesión al MUNOC, lo que en cierta forma podía ser contraproducente o problemático debido a la cultura política de la mayoría de los trabajadores de la obra. Especialmente quienes venían del norte del país, con un nacionalismo muy propio de ciertos sectores del peronismo, se mostraron por ello mismo muy recelosos, inicialmente, respecto al accionar de una militancia clasista o, peor aún, identificada con el comunismo. Para muchos trabajadores:

[...] incluso los que estaban en torno nuestro eran gente que venía del peronismo. Y mucha gente simple para la cual el comunismo actuaba como un revulsivo. Y hubo momentos de alejamientos, de una cierta soledad [...]. Digamos que había un piso cultural bastante peronista<sup>64</sup>.

No obstante, la validez de los reclamos consolidó la representación de los delegados mencionados –Alac, Olivares y Torres–, disminuyendo fuertemente estas distancias que inclusive hicieron que, para la segunda etapa del conflicto, se “dejaran ver” trabajadores calificados con importante experiencia y peronistas, sobre todo de Tucumán, que fueron esenciales para mantener el paro.

Pascual Rodríguez, desde otro ángulo, también experimentó tensiones y desencuentros con el contexto cultural de los trabajadores de la obra, aunque también con los directivos de la empresa y el obispo De Nevares. Su objetivo, como ya ha quedado claro, no era reproducir una práctica

religiosa cultural, reducida a la celebración de la misa y al ritual católico tradicional. Pero un hecho fortuito provocó que rápidamente se rompiera su anonimato y las cosas se complicaran: en determinado momento de aquel año crucial, en la iglesia del barrio Bouquet Roldán de la ciudad de Neuquén, el sacerdote Héctor Galbiati, inocentemente presentó “un colega” a un grupo de italianos de la empresa Impregilo, el cura Pascual Rodríguez. Entusiasmados, los italianos realizaron una encuesta para saber si los obreros deseaban ir a misa, que, por supuesto, resultó en un alto porcentaje de respuestas afirmativas. Incluso le propusieron a Rodríguez construir una capilla, coincidiendo en ese aspecto con la idea que el obispo Jaime de Nevares tenía respecto a la metodología de trabajo que debía adoptar el cura obrero, el cual, hasta entonces, no se había mostrado nada dispuesto a seguir esa línea tradicional de acción:

¡¿Y yo cómo les hacía entender...!? ¡La historia me empujaba a cosas que yo no quería...! Ya había empezado a hacer reuniones en las casas, con la dinámica de las Comunidades Eclesiales de Base. Me costó bastante dar ese paso<sup>65</sup>.

Los trabajadores y sus familias estaban ligados a una imagen más tradicional de la religión y, por tanto, respecto a la función que debía cumplir el sacerdote. Por ejemplo, hubo un importante movimiento de los trabajadores para colocar una imagen de la virgen en la obra, y el *cura obrero* comenzó a sentir entonces el reclamo de prácticas tradicionales, tales como la preparación preliminar para el bautismo o la

catequesis. Ana Egea –esposa de un conductor de camiones Terex y pilar organizativo de la olla popular, máxima expresión de la participación femenina en las huelgas– recordaba 28 años después:

Yo nunca había visto a un cura que fuera obrero, para mí fue una novedad. Un cura que no tuviera sotana, que no ande con el cuellito duro, era muy raro. Tuve desconfianza, no podía ser un cura que trabajara para vivir, yo quería un cura de una iglesia y que se ocupara de atenderla, no un cura de un pabellón y luego dando misa con vaqueros... A mí me resultaba muy raro eso de que el cura esté en el pabellón. Yo a mi marido le dije una vez “a mí no me da confianza, así que yo no me voy a confesar”<sup>66</sup>.

El testimonio permite inferir que era más referencial el sacerdote tradicional que el cura obrero, algo que seguramente había advertido el obispo don Jaime de Nevares. No obstante, y progresivamente, su práctica como trabajador y su prédica como religioso fue acortando esta brecha entre lo que la gente esperaba tradicionalmente y lo que él creía que era su tarea. A casi tres décadas del conflicto la misma Ana Egea recordaba: “Después, la calidad de persona que demostraba ser Pascual terminó con esa desconfianza que yo tenía”<sup>67</sup>. Más aún, debe destacarse que la formalidad de la práctica cultural no le impidió a Rodríguez acercar un discurso de “liberación” a un sector de los niveles técnicos de la obra, aunque no muy numerosos, lo que en algunos casos se tradujo en apoyo a los trabajadores durante conflicto.

En este marco de ajustes y tensiones en el contexto político cultural de los trabajadores de la obra, aquella militancia debió ir resolviendo entonces una política común:

Lo que se dio allí fue un acuerdo en tres o cuatro objetivos comunes: darnos nuestra propia representación, mejorar las condiciones de vida de la gente en cuanto a vivienda, condiciones de vida e higiene laboral, un control sobre las formas de liquidar los haberes. Después estaban las reivindicaciones propias del MUNOC como el 40%. De todas, la más política era la obtención de una representación gremial genuina de los trabajadores<sup>68</sup>.

Pero también había acercamientos respecto al escenario político general, y cierta actitud política que colocaba a los cuatro protagonistas en la línea del sindicalismo clasista, que ya para principios de 1970 estaba agonizando.

Estaban presente en nosotros ciertas motivaciones referidas a radicalizar situaciones, para relacionarlas de alguna manera con lo que estaba pasando en el país, como el rechazo a Onganía y a Rogelio Coria como dirigente<sup>69</sup>.

Ese marco de acuerdos les permitió también enfrentar otro tipo de problemas. Entre ellos, el encuadramiento gremial de los obreros que trabajaban en los túneles o en el montaje de máquinas: la empresa impulsaba sin éxito la agremiación de los primeros a la Asociación Obrera Minera Argentina (AOMA), y al Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA) a los segundos; asistir a los trabajadores que venían

de Bolivia, corridos por grandes huelgas en las minas, muy violentas, que habían tenido acceso al polvorín, para lo cual estos protagonistas debieron superar sus diferencias; lo mismo para contener a los trabajadores que tenían miedo y escapaban orillando el río Limay y, obviamente, para enfrentar los problemas derivados del aislamiento geográfico y político. En este último sentido, los delegados y los trabajadores lograron movilizar a toda la región en solidaridad con sus reclamos. Hubo toda una red de organizaciones gremiales y voluntades individuales que acercaron víveres y que colaboraron ejerciendo presión sobre las autoridades. El Partido Comunista de Neuquén y las organizaciones articuladas por la Iglesia neuquina tuvieron en esta asistencia una participación destacada.

Más allá de estas últimas cuestiones, las contradicciones y tensiones señaladas anteriormente, así como el cuadro político general, permiten inferir algunas limitaciones que también compartían los dirigentes obreros de El Chocón con otras expresiones clasistas del resto del país. En esto, nuevamente, el texto de Daniel James orienta el análisis.

En primer lugar, la férrea disposición del Gobierno a utilizar el aparato represivo con el objeto de “resolver” los conflictos, sin proponerse ningún tipo de mediación, fue ciertamente un condicionamiento difícil de enfrentar, ya que en el uso de ese poder el régimen de la dictadura evidenciaba no tener límites. Por otro lado, había ya una sólida experiencia – por parte de los funcionarios que regulaban el mundo laboral en las dependencias estatales– para eliminar disidencias sindicales o expresiones conflictivas. Muy poco tiempo antes,

en 1967 y 68, esos mismos funcionarios habían posibilitado la consolidación del “vandomismo” en la Unión Obrera Metalúrgica mediante la eliminación –vía despidos en las empresas o elecciones fraudulentas en las comisiones internas– de una gran corriente opositora a Augusto “el Lobo” Vandor<sup>70</sup>.

En segundo lugar, habría que destacar la insularidad del movimiento. Efectivamente, el esfuerzo de los militantes, y de otros activistas de los espacios urbanos más cercanos, fue muy grande para superar el aislamiento geográfico y político. De todas maneras, la articulación a nivel nacional fue casi inexistente y demasiado sesgada por el perfil “clasista y antiburocrático”, lo que ciertamente si les abrió algunas puertas, de escasa proyección por cierto, les cerró otras y los dejó mal posicionados. No solo porque el clasismo era una tendencia agonizante a comienzos de los 70, sino porque además el sindicalismo peronista tenía variantes que no se mostraban indiferentes frente al problema de El Chocón<sup>71</sup>.

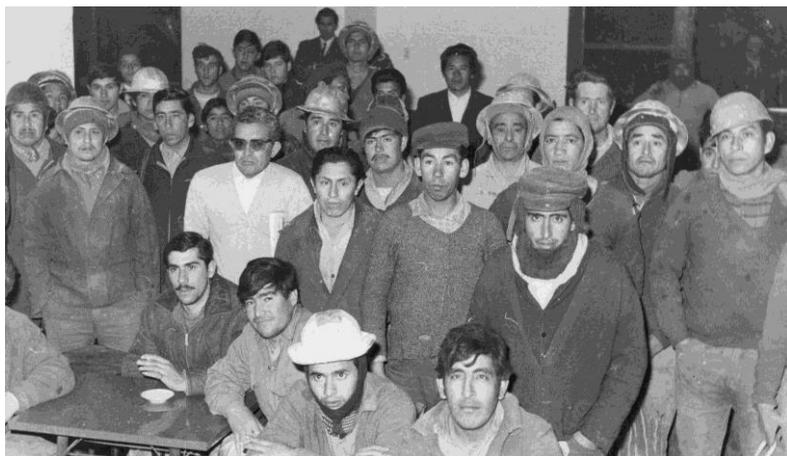
En definitiva, si hubo una debilidad fundamental en esta militancia, surgió del proyecto político asociado al clasismo. En principio porque sus bases no lo compartieron en toda su extensión: “para la mayor parte de las bases, el rasgo principal del nuevo movimiento no residía en la teoría del ‘sindicalismo de liberación’ ni en la meta de la sociedad socialista, sino más bien en una combatividad del sindicato y en una ‘dirección honesta’ que se tradujera en cambios reales en su vida y en el ámbito de trabajo”<sup>72</sup>. El compromiso, la honestidad y la valentía eran condiciones necesarias para los dirigentes, quienes ganaban amplio apoyo por esos atributos, independientemente de la adhesión a los “detalles” de una

ideología de izquierda o al socialismo nacional. Las tensiones en el plano político y cultural de los trabajadores de El Chocón de alguna manera reflejan esta cuestión. Estos trabajadores, como en casi todo el país, se mantenían dentro de los parámetros culturales del peronismo en el sentido más formal y clásico, y eso quedó en evidencia al visualizarse el crecimiento de Alac y Olivares, luego de la ruptura formal con la UOCRA Seccional Neuquén, y se produjeran las panfleteadas “desenmascarando comunistas”. Dichas acciones si bien no produjeron del todo el efecto buscado, ciertamente generaron recelos y desconfianzas.

Lo anterior no significa que estos militantes, de los que los mencionados eran solo las cabezas, fueran simplemente agitadores que engañaban a los trabajadores para arrastrarlos hacia la revolución, como pretendía el régimen o la burocracia sindical. La representación, así como la movilización por los reclamos, fue genuina, pero de alguna manera ese liderazgo tenía un carácter precario, tal vez más del que sus dirigentes creían.



**Rodríguez, Mamblona, Alac y Olivares**  
**Al comenzar una de las tantas reuniones en pleno conflicto**  
Gentileza Río Negro



**Escena de una de las tantas asambleas. Diciembre de 1969**

En definitiva, las pésimas condiciones de trabajo y de vida que se impuso a los trabajadores de El Chocón fueron en todo momento, aun luego de estos fuertes conflictos, una fuente de tensiones que posibilitó la emergencia de una conducción representativa, honesta, pero con un proyecto político endeble, al menos para ese contexto. Ello y una serie de factores ya explicados, como la debilidad organizativa y política de la UOCRA Seccional Neuquén, el aislamiento geográfico y político, las características de la comunidad laboral, el contexto político autoritario, el desarrollo nacional de una militancia contestataria, etc., posibilitaron la obstinada emergencia de una conducción gremial que no respetaba las reglas de juego acordadas por el “integracionismo” sindical y la Secretaría de Trabajo de la dictadura y, desde esa lucha, creía poder dar forma a un proyecto político.

De manera que las hostilidades, en virtud de las condiciones de vida y de trabajo, así como las que surgían –una y otra vez– de las tendencias autonómicas de los trabajadores de El Chocón, conformaron dos líneas de conflicto que se retroalimentaron, y donde la elevada temperatura de una impidió la resolución de la otra. Dos ejes fundamentales para comprender el proceso y que muchas veces no son evidentes en la descripción de los acontecimientos.

Finalmente, como puede ya advertirse, debe tenerse en cuenta que el Estado y no pocas expresiones de la prensa, sobre todo en la segunda etapa del conflicto, leyeron estas rispideces desde los parámetros de la Doctrina de Seguridad Nacional, que ya había hecho pie en nuestras tierras desde comienzo de los 60. Se consideraba entonces a El Chocón inmerso en esa

“imagería” de guerra contra el comunismo, donde las fronteras no eran establecidas por los Estados, sino por las ideologías. Como lo diría un texto de la época, la frontera era entendida como “una línea ideológica que tiene que ser perfectamente bien descubierta si queremos determinar pronto quiénes son en realidad nuestros adversarios y a quiénes tenemos que derrotar”<sup>73</sup>. Desde tal perspectiva, el Ministro del Interior de la dictadura hizo evidente esa lectura en forma casi constante y la prensa no escatimó tinta en repartirla e instalarla socialmente. El diario *La Nación*, por ejemplo, decía respecto a los delegados de El Chocón que:

Así como en Francia un escritor marxista causó sensación al revelar que los planes prefabricados en Moscú y en Pekín fueron los causantes de la convulsión obrero estudiantil que asoló las calles de París a mediados del 68, aquí ya resulta difícil ocultar las influencias y directivas que desde distintas latitudes geográficas e ideológicas [...] son cumplidas con el mayor servilismo por quienes han perdido hasta el pudor de no mostrar públicamente tan pasiva sumisión<sup>74</sup>.

Otro periódico peroraba:

...Cuando no existen problemas con la patronal, lo mismo puede crearse el conflicto con el resultado que interesa lograr a los elementos subversivos que están detrás de todo esto [...]. Es evidente que el Estado en defensa del patrimonio común debe intervenir con energía para reestablecer el orden y la justicia gravemente amenazados por planes que denuncian su origen disolvente<sup>75</sup>.

Inclusive aquellos periódicos que denunciaron las condiciones de vida y de trabajo de los obreros no estuvieron ajenos a esta forma de ver las cosas. Por ejemplo, hacia el final del conflicto se argumentaba que el Gobierno nacional había obtenido en El Chocón “una victoria pírrica” que “allanaba el camino del comunismo”, y que su principal error era “no advertir que el peligro se incubaba dentro de las fronteras, alimentado por errores inconcebibles”, lectura que se entroncaba con la persecución y la proscripción al peronismo iniciada en 1955. A título ilustrativo, para *La Prensa*,

existía plena conciencia de que agentes comunistas tenían directa intervención en el movimiento de fuerza [...], pero llama la atención que nada se dijera acerca de la afiliación política de los grupos promotores de la huelga, oponentes entre sí pero igualmente unidos en su devoción por los métodos y procedimientos empleados durante la **segunda tiranía**<sup>76</sup>.



Mobilización de trabajadores durante la segunda etapa del conflicto

Diario Río Negro

Desde esta perspectiva, el conflicto de El Chocón era un jalón más en esa espiral de violencia iniciada como consecuencia del peronismo, donde el país estructurado en aquella revolución que se desarrollara entre 1945 y 1955 se resistía a morir, a la vez que indefectiblemente se transformaba a un ritmo signado por el creciente nivel de violencia política.

Desde donde se lo quiera leer o interpretar, por aquellos años El Chocón dividió las aguas en la política regional. Desde quienes lo apoyaron sin más hasta quienes no se cansaban de señalar la obra como exponente del “unitarismo porteño”; o, en el campo gremial, desde aquellos que colaboraban con la dictadura hasta quienes la combatían, o desde quienes querían ver en El Chocón la actividad de una supuesta fermentación de *soviets* patagónicos, no hubo lugar para la indiferencia. La comunidad neuquina estuvo en su conjunto involucrada, sobre todo luego de los 21 días que duró la segunda huelga. En este sentido, si pensáramos en un hecho que simbolizara ese alto grado de incidencia y polarización, deberíamos señalar el momento de liberación de los delegados y de Pascual Rodríguez. Luego de que llegaran a Neuquén desde Buenos Aires, el 21 de marzo de 1970 el obispo Jaime de Nevares los agasajó con una comida a la criolla<sup>77</sup>, el mismo día que el gobernador Felipe Sapag realizaba un acto para felicitar y homenajear a las fuerzas policiales que habían participado en El Chocón<sup>78</sup>. Los máximos referentes de la sociedad neuquina de entonces reflejaban fielmente cierto grado de fragmentación y enfrentamiento que, por otro lado, ya se había instalado en el país desde tiempo atrás.

### **III- CRÓNICA DE UN CONFLICTO ANUNCIADO**

#### **Primer acto**

Durante 1968 se iniciaron los trabajos en la zona de El Chocón, sobre el río Limay, a escasos 80 km de la ciudad de Neuquén. Inicialmente se trataba de la creación de una mínima infraestructura como caminos, un puente sobre el río, el suministro de energía eléctrica para el futuro obrador, las comunicaciones con Buenos Aires, Neuquén y la villa El Chocón, cuya construcción había ya comenzado la empresa Cartellone S.A. La asociación Impregilo-Sollazzo (IS) también había comenzado sus trabajos y contaba con unos 200 trabajadores.

Hacia marzo de 1969, cuando había solo 400 obreros trabajando en las obras civiles sin ningún tipo de organización gremial que los aglutinara, Alfredo Rafanelli, trabajador santafesino, comenzó a organizar a sus compañeros en virtud de los problemas que ya padecían: el hacinamiento en los pabellones de solteros, la falta de agua, dificultades para higienizarse, incomodidades para trasladarse a los lugares de trabajo y el irrespetuoso trato de los capataces italianos<sup>1</sup>. Pero horas después que el secretario general de la UOCRA Seccional Neuquén, Adolfo Schvindt, visitara las obras, el

“atrevido” obrero fue despedido, por lo que se inició un paro espontáneo al que se adherieron 350 de los 400 trabajadores<sup>2</sup> sin el apoyo sindical. Ya lo hemos dicho en el capítulo anterior: problemas laborales e intragremiales se combinaron desde un principio y de distinta manera, potenciando la conflictividad a la vez que la presencia de uno imposibilitaba la resolución del otro.

La empresa, inaugurando en el páramo choconense el sarcasmo propio de la época y de las atribuciones patronales sin límites, manifestó que “dio la casualidad de que a este obrero se lo estaba por designar delegado del Sindicato de la Construcción”<sup>3</sup>. Adolfo Schvindt, menos ácido pero más transparente, rechazó el intento organizativo de los trabajadores manifestando que “el paro fue gestado por una minoría que no actúa con la equidad que corresponde y cuya ideología y procedimientos no concuerdan con la de los dirigentes de la institución y el gremio en general”<sup>4</sup>.

Este primer conflicto fue en definitiva un pequeño ejemplo de lo que sucedería más tarde con un grado mayor de violencia e impunidad. No obstante, como consecuencia de este, en una asamblea de 150 obreros controlada por la Seccional Neuquén de la UOCRA, se eligió una representación sindical que, por supuesto, fue reconocida por la empresa y apoyada por el sindicato de la construcción<sup>5</sup>.

Desde dicha elección hasta diciembre de ese año, hubo conflictos masivos que involucraron a los trabajadores de El Chocón o paros parciales de las actividades. Las tensiones en realidad fueron de distinto orden, como por ejemplo la ya comentada reacción de la seccional Neuquén de la UOCRA por los contingentes de trabajadores chilenos o por reclamos de

aumentos salariales. Sin embargo, los problemas relativos a las condiciones de trabajo continuaron sin modificarse en absoluto creando la atmósfera necesaria para el florecimiento del conflicto intrasindical, porque ya en noviembre de ese año, ante la falta de presencia de la UOCRA Seccional Neuquén como de respuesta por parte de IS a los reclamos realizados meses antes, los trabajadores comenzaron a autoconvocarse en asambleas que se realizaban en la calle o a veces en el comedor<sup>6</sup>. En esa gimnasia gremial fueron apareciendo trabajadores como Antonio Alac y Armando Olivares, que estaban en la obra desde principios de año y que lentamente fueron construyendo cierto grado de representatividad, gestándose, por lo tanto, un potencial conflicto con la UOCRA Seccional Neuquén<sup>7</sup>. Para entonces Pascual Rodríguez ya se había sumado al trabajo común con los futuros delegados y otros obreros.

Los trabajadores y la representación real que iban adquiriendo convivieron un tiempo con esa representación legal, sin saber que ya la UOCRA Neuquén –con vistas a eliminar una militancia díscola– se había acercado a IS señalando la presencia de “agitadores”, como lo reseña un informe de la Dirección Provincial de Trabajo de la provincia del Neuquén, de 1970<sup>8</sup>.

La convivencia terminó de fracturarse cuando se produjo un grave accidente que sobrepasó a la conducción formal impuesta por el gremio y contribuyó al creciente descontento de los obreros. Los trabajadores, que tenían su “centro de operaciones” en el comedor y en la pieza 3 del pabellón 14, impulsaron la realización de una asamblea invitando al gremio a participar. Es decir, de la disidencia avanzaron hacia un

directo cuestionamiento de la legitimidad de sus representantes, que, sin ser los convocantes, eran invitados a una asamblea.

El gremio no legitimó con su presencia este encuentro, cuya realización, por otro lado, venía postergando pese a los reclamos de los trabajadores<sup>9</sup>. De manera que, anunciada con anticipación por un diario regional<sup>10</sup>, el 12 de diciembre de 1969, cerca del comedor en la Villa Temporal, una asamblea eligió a su comisión representativa, integrada por Antonio Alac, Armando Olivares como subdelegado y Edgardo Adán Torres como tesorero, pero que, obviamente, sin la presencia de la Seccional Neuquén de la UOCRA su legalidad se planteaba dudosa. En efecto, esa elección fue impugnada por la Dirección Provincial de Trabajo de la Provincia<sup>11</sup>.

Casi inmediatamente, esa conducción que surgiera de la asamblea solicitó una reunión con la empresa que se fijó para el día siguiente, sábado 13, momento en que los tres delegados se acercaron a las oficinas con una nota para informar de la elección<sup>12</sup> y donde IS no solamente les informó que estaban despedidos, sino que además fueron detenidos por un patrullero de la Policía Federal que los estaba esperando. Los delegados entonces solicitaron a la policía que les permitiera ir a buscar sus pertenencias, lo que les dio la posibilidad de anteciper a sus compañeros de la situación:

Cuando llegan al comedor nos dicen que la policía los lleva y los trabajadores rodeamos el auto, así que sin poder hacer nada se tuvieron que ir. Hubo que frenar a algunos compañeros que querían apedrearlos, piedra sobraba... Eso, la celada de la empresa, precipita el conflicto<sup>13</sup>.

Los aproximadamente –ya para ese entonces– 700 trabajadores, junto con los delegados “rescatados” de la policía, se dirigieron inmediatamente a las oficinas de IS -furiosos aunque en orden, según los testimonios-, pero nadie dialogó con ellos y la policía ya no estaba.

Este hecho, de forma inesperada, puso en evidencia la integración y asociación que existía entre la empresa y los aparatos de seguridad del Estado en medio de la estepa patagónica. Para ser más precisos al respecto, un testimonio puede ilustrar lo que estaba sucediendo. Al comienzo de esta historia, antes incluso de que la UOCRA Seccional Neuquén nombrara a sus representantes, la empresa había designado un trabajador tucumano, de apellido Varela, exsuboficial del Ejército, como representante de los trabajadores ante IS. Pero antes de esa primera imposición:

[e]ste hombre vino a verme una noche, muy alterado, con todos los antecedentes míos, y me comenta que el capitán Durán y el mayor no sé cuánto le pedían alguna información, y me muestra un papel que le habían dejado y que decía: “no te hagás el boludo, eso no es lo que queremos saber, lo que queremos es datos sobre el cura”, y me dice que por informe le daban no sé cuántos pesos, que le habían prometido que su hijo iba a entrar en el Ejército –que había venido con él de Tucumán– y estaba muy asustado... al poco tiempo desapareció de allí<sup>14</sup>.

Cumpliendo funciones del mismo tipo, había ya un agente encubierto del Batallón 601 del Ejército Argentino, que luego tendría un papel muy activo en la represión clandestina

durante la dictadura de mediados de los 70: Raúl Antonio Guglielminetti. Formalmente este trabajaba en la obra como empleado de la proveeduría y luego en Seguridad Industrial junto con un exoficial de Gendarmería, pero a la vez era quien - enviado por la empresa- llevaba mensajes y las novedades a distintos organismos del Estado\*. Inclusive después de muchos años Pascual Rodríguez encontró personas que le confesaron haber entrado en la obra “para informar” sobre sus actividades<sup>15</sup>.

Siguiendo con la sucesión de acontecimientos, la “celada” de la empresa fue lo que provocó una adhesión mayor de la que los delegados habían obtenido en la asamblea y en los meses previos. Esa misma tarde, con el objeto de evitar el despido y lograr el reconocimiento de los delegados, comenzaron a trabajar los llamados “piquetes de huelga”, grupos de trabajadores asignados a distintas tareas, algunos de los cuales dedicaron gran parte de la jornada a moderar y calmar los ánimos de los que se habían enfurecido. Hubo incluso quienes querían poner una voladura en un puente Bailey que cruzaba el río. Otro grupo de trabajo estuvo conformado por las mujeres y las familias.

---

\* Ello fue corroborado en una entrevista realizada por el autor a quien fuera director de la Dirección Provincial de Trabajo de la Provincia, Marcelo Pessino. Como es sabido, Guglielminetti -que luego de cumplir sus servicios en El Chocón, los continuó en la Universidad Nacional del Comahue durante la intervención de Remus Tetu- estaba en los comienzos de su tenebrosa carrera. Luego, ya durante la dictadura, formaría parte del Grupo de Tareas que tenía su base en el centro clandestino de detención conocido como “Automotores Orletti”. Sus actividades “profesionales” continuaron en tiempos de democracia, cuando en 1985 formó parte de la banda que, bajo el mando de Aníbal Gordon, secuestró al empresario Osvaldo Sivak.

El conflicto inicialmente no era total, estaba circunscripto a las casas de las familias y a los pabellones de IS. Pero ya para el martes 16 la obra quedó totalmente paralizada. Se habían sumado los trabajadores de Analvi, Cartellone y Wainstein<sup>16</sup>. En esa situación los trabajadores realizaron una marcha por las calles de la villa temporaria y del obrador.

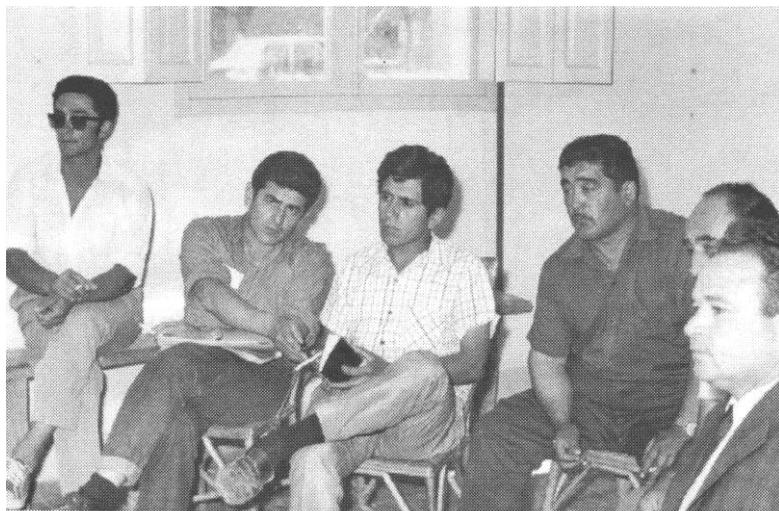


**Movilización de los obreros en conflicto, dentro del obrador de El Chocón**  
Gentileza de Sara Garodnik

Una de las tareas que se impusieron fue romper el aislamiento geográfico y político enviando gente a hablar con el intendente de Neuquén, Marcelo Otharán, o con el obispo Jaime de Nevares, para hacer conocer la situación que vivían los trabajadores<sup>17</sup>, a cuyo fin se prefirió designar obreros desconocidos de manera que luego los dejaran entrar en la guardia de la obra, ya que la custodia se había redoblado. Otra tarea en el mismo sentido fue la de establecer lazos con otras organizaciones del Alto Valle, donde la solidaridad –ya fuera de Neuquén, Plottier o Senillosa– se movilizaba utilizando, para salir de la obra o llegar a ella, por lo que entonces llamaban “el

camino de los kileros”, por las bardas, porque el cerco policial dificultaba las comunicaciones.

Simultáneamente se realizaron reuniones en el Sindicato de la Fruta<sup>18</sup> y en La Fraternidad para sumar adhesiones, lo que no tuvo en realidad mucho eco<sup>19</sup>.



**Reunión con distintos gremios en Cipolletti, 17 de diciembre de 1969**  
**En el centro Olivares y Rodríguez**  
Diario Río Negro

El miércoles 17 de diciembre fue el día más violento para los trabajadores. Por la noche “una patrulla de la Policía Federal allanó la pieza 3 del pabellón 14 [...] y los cuatro obreros que la ocupaban fueron apaleados”<sup>20</sup>. A las 6 de la mañana, cuando los obreros que habían participado de las reuniones con los gremios en Neuquén y Cipolletti intentaban regresar, fueron también detenidos por la Policía Federal<sup>21</sup>.

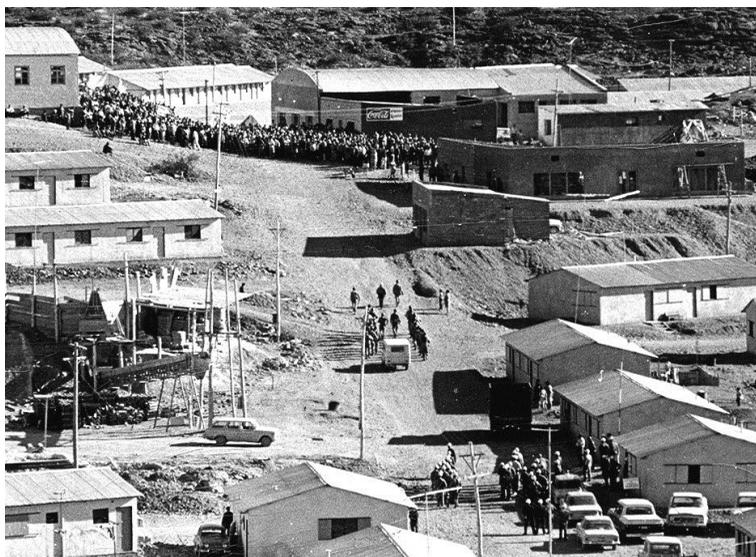
Para entonces ya había “arribado a Neuquén un avión de la Fuerza Aérea, transportando a 32 efectivos de la Guardia de Infantería de la Policía Federal”<sup>22</sup>. Esta detención precipitó mucho más las cosas. Comenzaron a movilizarse las organizaciones de Neuquén, con un importante protagonismo de la Iglesia católica, pero también el amplio abanico de la militancia que se enfrentaba al régimen de Onganía.

Ese mismo día, a las 8.45 de la mañana, dieciocho hombres de la Infantería de la Policía Federal, armados con lanzagases, se preparaban para encaminarse hacia la barda, donde había aproximadamente mil trabajadores y unas cincuenta mujeres.

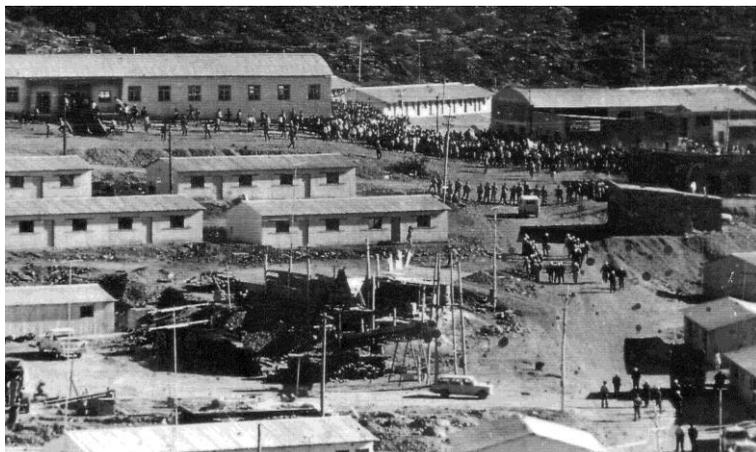
“Los trabajadores se encontraban –como desde que se iniciara la huelga, de pie o sentados en forma pacífica– detrás de tres banderas argentinas y carteles alusivos al paro” . Allí un oficial se dirigió a los obreros exigiéndoles que pacíficamente entregaran a Antonio Alac. Ante la negativa, y “a la orden de ‘¡romper filas!’, los policías se abrieron en abanico y comenzaron a arrojar sobre el grupo sus cartuchos con gas lacrimógeno”. Los trabajadores respondieron con piedras: “Centenares de ellas, de todos los tamaños, llovieron sobre los policías que optaron por retirarse” a la carrera. Ciertamente, el canto rodado patagónico parecía más efectivo que los gases. “El saldo de la refriega fue de cuatro heridos”



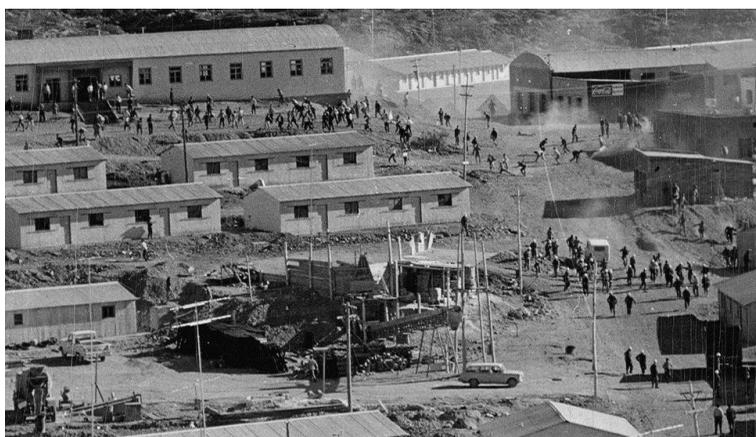
**17 de diciembre de 1969, 8.45 h: Integrantes del cuerpo de Infantería de la  
Policía preparándose en el obrador**  
Gentileza de Sara Garodnik



**La Infantería se dirige a la asamblea de los trabajadores**  
Gentileza de Sara Garodnik



**La infantería, ante la negativa de los trabajadores de entregar a Alac, se parapeta frente a la asamblea**



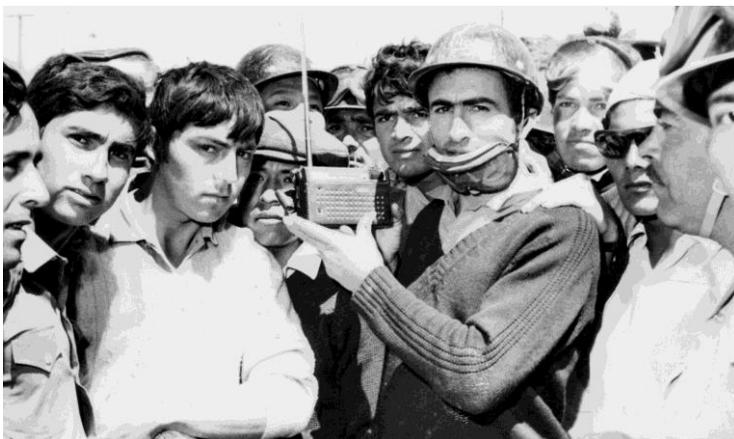
**Los trabajadores responden con piedras a la agresión de la infantería  
La policía se retira corriendo**

Hacia las doce del mediodía llegó al obrador don Jaime de Nevares, quien dialogó con los obreros y con Antonio Alac, prometiendo trabajar como mediador. Una primera reunión

destacable de esta mediación –en la tarde de ese mismo día y en el obrador– fue la que promovió el obispo con el jefe de la Policía provincial, capitán de navío Jorge Funes; el ministro de Gobierno de la Provincia, Dr. Antonio Gagliano; el Ing. Giacinto Orsatti, de Impregilo, y los trabajadores.

A todos estos actores debe agregarse Rogelio Papagno, dirigente nacional de la UOCRA, y la Seccional Neuquén del mismo sindicato, que se encontraban en una situación sumamente difícil, como bien quedó expuesto en un diálogo privado entre Coria –en ese entonces en Buenos Aires– y Papagno –ya en El Chocón<sup>23</sup>–, realizado mediante las radios de IS y captado por onda corta por los obreros y la prensa. En esa conversación, Papagno reclamaba a Coria que “si esta gente se reincorpora se va a poner en potencia ciento por ciento”, en tanto que era muy difícil oponerse al reclamo porque “el respaldo lo tienen, evidentemente lo tienen”<sup>24</sup>. La UOCRA de Neuquén, con menos mediaciones, acusaba directamente a los delegados de utilizar “métodos que nada tienen que ver con el compañerismo (secuestros, agresiones, etc.)”, de estar “fundamentalmente en contra del país”, y de que “no trepidan en ocultarse tras niños y mujeres para lograr sus fines”<sup>25</sup>.

Los trabajadores se mantenían intransigentes, exigían la libertad de los detenidos, así como la reincorporación y el reconocimiento de sus delegados<sup>26</sup>. La empresa planteaba que se trataba de un conflicto intragremial, una disputa entre distintas facciones sindicales, y que “el grupo independiente realizó una asamblea viciada de nulidad [...] nosotros no podemos ir contra la ley, los obreros ya tienen sus delegados designados ante la UOCRA”<sup>27</sup>.



**Los trabajadores muestran a la prensa cómo escucharon las conversaciones radiales entre Coria y Papagno**

La irresolución del conflicto y las tensiones exacerbadas comenzaron a ejercer presión sobre Rogelio Coria, que veía perjudicadas sus relaciones –desde la Nueva Corriente de Opinión– con el régimen de Onganía. De manera que a las 0.30 horas del viernes 19 llegó a las obras de El Chocón, acompañado de Papagno y de Schvindt:

Rodeados por un anfiteatro natural tapizados de figuras humanas, los dirigentes sindicales conversaron a la luz de la luna con el obrero Antonio Alac y otros dirigentes del comité de huelga. Coria prometió ocuparse de la liberación de los obreros detenidos [...].<sup>28</sup>

Al cabo de doce horas, anunciados por la sirena, llegaron los obreros liberados y “la emoción más espontánea ganó al sacerdote Pascual Rodríguez, a Armando Olivares, Edgardo Torres y Alac”<sup>29</sup>.

A las 12.20 hs. de ese día se inició una reunión en la habitación 3 del pabellón 14 entre los delegados y Coria, a la que luego se sumó el obispo De Nevares, con el fin de acordar lo que se iba a peticionar a la empresa. A las 13.20, convocados por la sirena, los trabajadores realizaron una asamblea signada por la tensión, donde Coria logró que la UOCRA nacional, en representación de los trabajadores, dialogara con la empresa<sup>30</sup>.



**De izquierda a derecha: Olivares, Torres (con anteojos), Alac y Rodríguez**  
**El reencuentro fue una jornada de alegría**

Gentileza Sara Garodnik



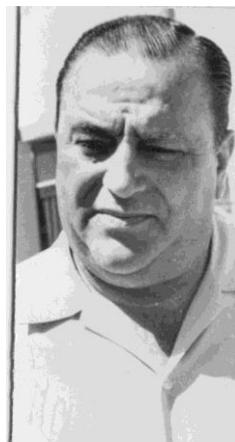
**Recepción de Edgardo A. Torres**  
Gentileza Sara Garodnik



**La recepción de los trabajadores a Pascual Rodríguez**  
Gentileza Sara Garodnik

Hacia las 18.40 h. se realizó otro encuentro en el que Rogelio Coria informó que no habría despidos, que la empresa no tomaría represalias, y que el sábado 20 se convocaría a nueva asamblea para elegir los delegados. Esta sería fiscalizada por un representante de la UOCRA de la Capital Federal, lo que implicaba una derrota para la estrategia de Coria que reclamaba postergar esa elección 15 días como mínimo<sup>31</sup>. No obstante los anuncios a los trabajadores por parte de este dirigente sindical, en el encuentro se respiraba un clima de tirantez que solo la mesurada palabra de don Jaime de Nevares, en cierta medida, pudo disipar. Seguidamente, un comunicado de la UOCRA que convocaba a armar las listas para la elección de la comisión interna<sup>32</sup> significó un toque de campana y el momento de tomar oxígeno en medio de una disputa que no había terminado.

Efectivamente, ese sábado 20 de diciembre fueron elegidos los tres delegados<sup>33</sup>: Alac, Olivares y Torres, que ahora enfrentaban a una lista opositora encabezada por Rogelio Papagno, integrada por trabajadores que ya estaban en la obra y otros que provenían –organizados por la UOCRA nacional<sup>34</sup>– de la recientemente terminada obra del túnel subfluvial. Entre estos nuevos “militantes” venía Juan Alberto del Turco, un exsuboficial de la aeronáutica que en las obras del litoral era jefe de seguridad y del cual tendremos noticias en poco tiempo más.



**Alberto Del Turco**

Así, el 18 de diciembre, con la firma de un acta<sup>35</sup> entre la empresa y la UOCRA, todo parecía indicar que se llegaba al final del conflicto. En realidad se trató más bien de una tregua que se dieron los actores para poder rearmarse y comenzar una ofensiva más firme respecto a la conducción gremial en la obra. En ese sentido, el comité de huelga prácticamente se institucionalizó como Comisión Interna. Por su parte, Rogelio Papagno decidió instalarse por un tiempo en El Chocón, en una casa cedida por IS desde el inicio del conflicto mismo. En esa línea, y tratando de ponerse al día con los trabajadores, la UOCRA Nacional impulsó una inspección de la Secretaría de Trabajo de la Nación para “determinar las condiciones sanitarias y de salubridad de la población de esas obras”<sup>36</sup>, envió boletines informativos a los trabajadores dando cuenta de las nuevas negociaciones con el Gobierno<sup>37</sup> y aceleró, por supuesto, la participación de aquellos obreros que venían del litoral. Al respecto, uno de los trabajadores reclutados en la obra sobre el Paraná revelaría luego datos importantes respecto a la trama que para entonces ya se tejía en la UOCRA Nacional:

Papagno y Palma nos dijeron que las condiciones aquí eran inciertas porque cuatro irresponsables y antipatriotas creaban divisionismo. Si nosotros, por el progreso del país, ayudábamos a destruir este movimiento, alertando a los obreros en el sentido de que los fines que se perseguían eran políticos y no gremiales, nos garantizaban trabajo y nos incorporarían a una comisión para que cobrásemos el sueldo sin trabajar y otros beneficios. Yo soy sinceramente nacionalista y cuando me tocaron el corazón hablándome de atraso de país y

antinacionalismo, acepté. Nos dieron 10.000 pesos para empezar y viajamos<sup>38</sup>.

Los testimonios hablan, a pesar de la legitimación de la conducción clasista y del rearme de la UOCRA Nacional sobre la obra, de una “luna de miel” de los trabajadores con la empresa. En ese período, si bien gran parte de los reclamos no se solucionaron, aquellos lograron instalar el tema de las distintas categorías, limitaron de alguna manera el maltrato de los capataces, los consultorios médicos de la UOCRA comenzaron a funcionar en la obra, se efectuó un cumplimiento más estricto de los horarios –sobre todo para quienes operaban los camiones Terex– y comenzaron a utilizarse tarjetas individuales, entre otros. Este breve romance les permitió prácticamente institucionalizar ante la empresa los días y los horarios de las asambleas<sup>39</sup>, a la vez que posibilitó la ampliación, en forma legal, de su organización de base con elección de delegados por sección<sup>40</sup>. Situación de mejoría general que parcialmente reconoció la comisión de delegados, aunque afirmaban la necesidad de aumentos salariales<sup>41</sup>. Como evidencia de esta nueva situación, y prueba de la vigencia del conflicto intragremial, los delegados de la obra solicitaron a la empresa se les informara del monto que significaba el “total de los descuentos sindicales hechos desde que se inició la obra”<sup>42</sup> con la idea de reclamar, seguramente, el uso de los mismos en beneficio de los trabajadores de El Chocón. Esa “luna de miel” posibilitó también la publicación del acta de la inspección llevada a cabo el 2 de enero de 1970 por la Dirección Provincial de Trabajo y la Dirección General de Salud Pública de la provincia de Neuquén, citada anteriormente. Acta de

inspección que la empresa desconoció pese a haberla suscripto, ya que argumentaba estar bajo la órbita de la Secretaría de Trabajo de la Nación.

## Segundo acto

El conflicto se desató nuevamente apenas dos meses más tarde, a comienzos de 1970, pero en esa instancia la disputa intragremial –como motor del mismo– fue mucho más evidente. La chispa que encendió nuevamente el polvorín fue la decisión de la asamblea de los trabajadores de El Chocón del 27 de enero, de asistir a un encuentro clasista en Córdoba el 31 del mismo mes<sup>43</sup>, lo que dio la excusa para el despliegue de una serie de acciones coordinadas entre la UOCRA nacional y la Secretaría de Trabajo de la Nación, orientadas a descabezar la representación gremial de El Chocón.

Lo primero que se puso en marcha fue la maquinaria interna del sindicalismo burocratizado. La participación en dicha reunión en Córdoba dejó a los delegados a merced de los mecanismos discrecionales instalados para eliminar las disidencias internas, a lo que ya nos hemos referido, de tal suerte que fueron entonces expulsados de la UOCRA por “inconducta gremial”<sup>44</sup>. Dos días más tarde, el 2 de febrero, el secretario general de la organización, Rogelio Coria, envió un telegrama a la empresa IS, informando que los delegados habían sido separados del sindicato, con lo que la tensión comenzó nuevamente a recrudecer en la obra.

Los obreros organizaron una asamblea el 3 de febrero para rechazar la expulsión y pedir explicaciones, aunque

algunos también pensaron en la posibilidad de crear un sindicato propio. En este último sentido, la gente vinculada al PC impulsó mantenerse dentro de la UOCRA, lo que –aunque tenía sus sólidos fundamentos– terminó favoreciendo la construcción de un eje entre la UOCRA Neuquén, Papagno y los trabajadores que habían sido traídos de la obra sobre el río Paraná<sup>45</sup>.

Simultáneamente, como parte de la ofensiva de la UOCRA nacional, Rogelio Papagno viajó a la ciudad de Neuquén con el objeto aparente de inaugurar en la obra los servicios médicos de la UOCRA, que ya estaban funcionando, acto que se llevó a cabo el 6 de febrero en medio de mucha hostilidad y fuertes discusiones con los trabajadores y delegados<sup>46</sup>. Realmente, la intención del dirigente nacional de la UOCRA era preparar el escenario para el definitivo descabezamiento de la conducción gremial en El Chocón; de allí que la segunda reunión, el mismo día de llegar a Neuquén, se llevara a cabo con las autoridades policiales y con la Dirección Provincial de Trabajo<sup>47</sup>.

Ese mismo día también, la Secretaría de Trabajo de la Nación declaró a las obras de El Chocón bajo su jurisdicción mediante la resolución N° 114, y “el 11 de febrero entró a funcionar en Neuquén una delegación regional de esa secretaría”<sup>48</sup>, al frente de la cual el secretario de Trabajo, Rubens San Sebastián, designó a Roberto Rubba<sup>49</sup>. Para consolidar esa operación, más adelante diría el ministro del Interior de la Nación que “el problema fundamental es gremial, hay una autoridad en este caso para ello, que es la Secretaría de Trabajo de la Nación”<sup>50</sup>. Hay que recordar que, para entonces, la Seccional Neuquén de la UOCRA había sido intervenida por

la conducción nacional el 16 de enero de 1970<sup>51</sup> –para impedir el llamado a elecciones, como también por la resistencia de esta seccional a encolumnarse detrás de la Nueva Corriente de Opinión y mantenerse más cercano al vandomismo–, colocando al frente de aquella a Juan Alberto del Turco, el ex suboficial de la aeronáutica que hemos mencionado anteriormente, y que en las obras del litoral era jefe de seguridad. En este punto, vale aclarar que –estatutariamente– una intervención a la UOCRA Seccional Neuquén permitía designar, por noventa días, una comisión normalizadora en la obra<sup>52</sup>.

De esta forma, la Secretaría de Trabajo de la provincia de Neuquén, que había elaborado un acta ventilando las condiciones de vida y de trabajo de los obreros, a principios de aquel año, es sacada de escena<sup>53</sup>, y todos los resortes –excepto la precaria organización de los obreros de El Chocón– quedaban centralizados en Buenos Aires, tanto los que dependían del Estado como los de la organización sindical, en una aceptada articulación. Bien claro lo diría días más tarde una editorial del diario *Río Negro*:

Tanto la UOCRA como la Secretaría de Trabajo actúan con el propósito de eliminar una representación notoriamente divergente de la línea oficial de esta agrupación, enrolada en el “participacionismo” que se considera proclive a la orientación política del gobierno<sup>54</sup>.

De todas maneras, los delegados continuaron siendo reconocidos por Impregilo Sollazzo y desarrollaban “sus actividades sindicales normalmente”<sup>55</sup>.

Hacia el 22 de febrero “se realizó una reunión con [algunos] obreros de la empresa IS, representantes del secretariado general y de la seccional Neuquén de la UOCRA. En la reunión se resolvió formar una nueva comisión normalizadora”<sup>56</sup> para los trabajadores de El Chocón. Ese cónclave había sido convocado por Roberto Rubba –a cargo de la nueva dependencia provincial de la Secretaría de Trabajo de la Nación– y avalado por el secretario de Organización de la UOCRA nacional, Rogelio Papagno<sup>57</sup>. De más está decir que, en forma rápida, la nueva comisión fue reconocida por la Secretaría de Estado de Trabajo de la Nación, Hidronor e IS, de manera que se formalizaba aceleradamente el desplazamiento de Alac, Torres y Olivares.



**Una de las barricadas en las cercanías del comedor**  
Gentileza diario Río Negro

El lunes 23 los trabajadores en asamblea –los de IS más los de Analvi, Wainstein y Cartellone– resolvieron el paro a partir de las 20.45 hs. en reclamo del 40% de aumento salarial y “el reconocimiento de los delegados elegidos en asamblea legal”<sup>58</sup>. Para la mañana del martes 24 “ya se encontraban levantadas tres barricadas en lugares estratégicos de la villa de emergencia”<sup>59</sup>.

En esos momentos, la conducción de los trabajadores de El Chocón –es decir, los tres delegados– parecía tener muy recortada la visión de la realidad; inclusive se sentían bastantes seguros de alcanzar viejas reivindicaciones nunca escuchadas:

Si antes se reclamaban las reivindicaciones, hoy, en una etapa de mayor madurez, exigimos el cumplimiento de nuestro programa, por un cuarenta por ciento de aumento de los salarios...<sup>60</sup>

El clima social en la villa se enrarecía a pasos agigantados. Inmediatamente después de iniciarse el paro, hubo trabajadores agredidos por piquetes de huelga y pintadas con “leyendas groseras y palabras obscenas” en las casas 89, 88, 54 y 139<sup>61</sup>. Ante la posibilidad de un grupo de trabajadores “carneros”, se produjo la corrida de algunos “piquetes”, a los cuales se sumaron 200 huelguistas más, frente a los cuales un pelotón de la policía buscó mejorar su posición. “Los ánimos estaban realmente caldeados y la situación estaba para cualquier cosa”<sup>62</sup>, sobre todo con Rubba y Papagno viviendo en la villa, en casas cedidas por la empresa.

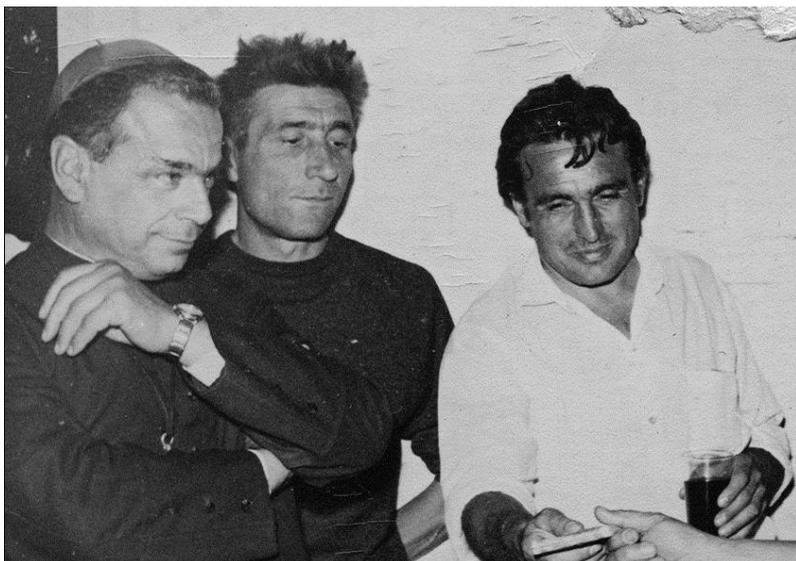
Ante el temor de que los huelguistas tuvieran armas o dinamita, según lo anunciado oficialmente, el ministro del Interior de la Nación ordenó enviar refuerzos policiales que

llegaron al día siguiente<sup>63</sup>. Al mismo tiempo, la Secretaría de Trabajo de la Nación declaró ilegal el paro, alegando –una vez más– que se trataba de un problema intragremial, y la empresa obviamente se mostraba más que reticente a seguir reconociendo a los delegados<sup>64</sup>.

El paro era total y los trabajadores realizaban movilizaciones por las calles de la villa para mantener el “ánimo y la fuerza”, lo que se conjugó con situaciones de tensión con quienes pretendían trabajar<sup>65</sup>. Hubo, podría decirse, casi todo tipo de conversaciones. Pero ya para el 26 de febrero se hace evidente para muchos trabajadores que “los directivos de la UOCRA han decidido llevar a cabo un 'operativo desgaste' y que se supone que los obreros habrán de flaquear en sus intenciones por un bloqueo de provisiones”<sup>66</sup>. Simultáneamente, el secretariado general de la UOCRA insistía –con un discurso que no se diferenciaba del de la dictadura– en que los “exdelegados” de El Chocón “pretendían instrumentar a los obreros en una aventura político-subversiva”<sup>67</sup>. En esa sintonía, en la ciudad de Neuquén se distribuyeron panfletos donde se acusaba a los delegados de pertenecer a organizaciones comunistas internacionales, acciones que muchas veces tomaron la forma de intimidación. En un escrito enviado a Antonio Alac se amenazaba también a su familia residente en Buenos Aires, cuyo domicilio los autores de esas notas –un anónimo “Movimiento Anticomunista Patagónico” – se jactaban de conocer.

Para entonces se había producido un gran movimiento deliberativo, pero con posiciones muy firmes. Las reuniones entre las partes involucradas y los organismos eran permanentes: de la empresa con encargados de la seguridad en

las oficinas de Hidronor, encuentros plenarios con gremios de Neuquén, del obispo con la empresa, del director nacional de Delegaciones Regionales de la Secretaría de Trabajo, el Dr. Héctor Mamblona, con todas las partes en conflicto; representantes de Hidronor con los delegados, entre otros actores implicados.



**El Padre Héctor "Tano" Galbiati, de la Parroquia Bouquet Roldán,  
entre Alac y don Jaime De Nevares**

Por otro lado, la animosidad aumentaba en la medida que el interventor Del Turco, Papagno y la policía recorrían parte del obrador tratando de que los trabajadores retornaran a sus tareas. Mientras tanto, las organizaciones de la ciudad de Neuquén comenzaban a movilizarse solidariamente con más

ímpetu, y en este creciente apoyo público la CGT regional<sup>68</sup> y la comunidad en general, desde un impulso inicial dado especialmente por la parroquia del barrio Bouquet Roldán<sup>69</sup>, mostraron un sólido compromiso. La situación llegó a un punto muy álgido cuando la caravana convocada por la Comisión de Solidaridad fue detenida 5 km antes de llegar a El Chocón, desde donde solo pudo continuar la camioneta conducida por Rubén Burgos, quien llevaba los víveres<sup>70</sup>: “Minutos después, y en forma inexplicable, uno de los carros blindados de la policía de la provincia de Buenos Aires cargó sobre los trescientos manifestantes que se encontraban ocupando la ruta, fuera de sus automóviles. Hubo corridas y sofocones...”<sup>71</sup>. Como puede verse, para comienzos de marzo ya era fuerte el cerco policial sobre la zona de El Chocón, y había enormes dificultades para llegar con los alimentos como también para repartirlos<sup>72</sup>.



**Un camión de asalto, sobre la ruta 237, impide el paso de la caravana de solidaridad con los trabajadores**

Gentileza diario Río Negro

En esta tarea de hacer llegar alimentos y otras provisiones a los obreros, también ocupó un lugar de singular importancia monseñor De Nevares y la Iglesia en general. Inclusive el obispo hizo un llamado televisivo, apelando públicamente a la solidaridad de toda la población, para convocar a la donación y envío de alimentos para los trabajadores<sup>73</sup>. Don Jaime Francisco de Nevares fue la única autoridad socialmente reconocida que estuvo junto a los trabajadores en conflicto, acompañando sus reclamos y su vigilia. El 2 de marzo compartió con ellos el almuerzo en la olla popular, y en reunión con las mujeres del obrador las alentó “a continuar acompañando con su apoyo a los hombres, en esta lucha que pronto finalizará”<sup>74</sup>.



Entre los trabajadores, “Don Jaime” conversa con Ana Egea  
Gentileza diario Río Negro



**Un momento de la olla popular, al borde de los pabellones  
7 de marzo de 1970. Gentileza diario Río Negro**

Pero el cerco policial y político comenzaría a surtir efecto, a la vez que la solidaridad de las organizaciones gremiales, eclesiales y estudiantiles se revelaba insuficiente. De la misma manera, si bien la política de la UOCRA y la Comisión Normalizadora no lograba disuadir a los trabajadores respecto de la situación, el despliegue de medios a su disposición debió haber influido negativamente en cuanto a la posibilidad de un “final feliz” para los huelguistas<sup>75</sup>.

A pesar de la firmeza de muchos de sus pares, ya los obreros de Cartellone habían reanudado sus tareas, en lo que debió influir que les quedaba solo un mes y medio de trabajo para terminar las obras correspondientes a dicha empresa, y poder salir de allí con algo de dinero. Pero ello contribuyó a crear un particular clima de progresivo final del conflicto. Un argumento que gravitó en los trabajadores fue la necesidad de “algunos pesos para ir en busca de nuevas fuentes de trabajo” y

–al igual que los obreros de Cartellone– aparentemente les quedaba poco tiempo de trabajo<sup>76</sup>. De la misma manera, los trabajadores de Wainstein –si bien aplazaron su decisión por 24 horas más debido a un pedido especial de Pascual Rodríguez– habían resuelto volver al trabajo<sup>77</sup>. Ya para el 4 de marzo comenzaron a hacerse nuevamente voladuras y había diez Terex trabajando más otras máquinas de la empresa Wainstein. Para el delegado de esa empresa se había vuelto “insostenible la situación de varios obreros y decidieron empezar a trabajar cuando la patronal les prometió pagarles los premios por asistencia y otros beneficios si empezaban a trabajar hoy [...] mañana creo que trabajarán todos”<sup>78</sup>. Habría que dar cuenta también de quienes anónimamente se iban de la obra, por temor, por no rendirse ante el cerco político y policial o simplemente porque necesitaban trabajar pero desistían de hacerlo en El Chocón. Para ese 4 de marzo se calculaba que entre 500 y 600 obreros habrían abandonado la obra hacia sus domicilios y los trabajadores en conflicto se reducían ya a 1.100 o 1.300<sup>79</sup>.

Por otro lado, el cerco policial se hacía cada vez más estrecho –conforme pasaba el tiempo– y estaba ya a unos escasos cincuenta metros hacia el sector de barricadas, volviéndose más estricto el control de las personas que entraban o salían de la zona de los campamentos de obreros solteros, cuartel general de los huelguistas.



**El cipolleño Dr. Salto en un gesto de solidaridad con los trabajadores**  
Gentileza Ana Egea

El asedio entonces comenzó a ser más severo. Hubo sonados episodios de “detención y hostigamiento” a las caravanas que trataban de llevar comida a los obreros en huelga. Dentro del obrador, las fuerzas de seguridad impusieron un toque de queda que iniciaba a las 22.30, hora en que ya no se podía circular ni salir de las habitaciones. Empero, las actividades del comité de huelga, como la presión y la expresa hostilidad policial hacia los trabajadores, hicieron que la adhesión de sus pares en la obra –aunque con altibajos– se mantuviera por casi diez días más, enfocada sobre los trabajadores de IS. Si la situación ponía en tela de juicio la capacidad de soportar el aislamiento y la falta de trabajo por

parte de los obreros, por otro lado la misma se presentaba políticamente cada vez más clara. Ya la nueva comisión normalizadora habría expresado días antes:

Llamamos a la reflexión de los compañeros a mantenernos unidos para así afianzar las conquistas a las que somos merecedores, destacando la decidida colaboración que nos presta el delegado regional de la Secretaría de Estado de Trabajo de la Nación<sup>80</sup>.

De la misma forma, el ministro del Interior de la dictadura, Gral. Francisco Antonio Imaz, en el momento de poner en funciones al gobernador de Neuquén designado por la Revolución Argentina –Felipe Sapag– manifestó en rueda de prensa, para precisar la política del Estado respecto al conflicto, que:

El problema gremial está conectado con un problema de carácter subversivo y con un problema de carácter político [...] hay gente que está tildada de comunista y se ha comprobado que son comunistas [...]. Si los comunistas quieren trabajar que se vayan atrás de la cortina de hierro<sup>81</sup>.

Ya entonces las fuerzas de represión en el obrador eran numerosas: 100 efectivos de la Policía del Neuquén, 45 de la Policía Federal, 56 de la provincia de Buenos Aires y 32 de la Policía de Río Negro; en total 233 efectivos<sup>82</sup>. El gran número de agentes del orden rodeando las barricadas, con un asedio y un control más riguroso conforme pasaban los días, muy pronto favoreció la aplicación de apremios ilegales y la tortura, lo que

comenzó a ser una de las cuestiones más temidas por los obreros. Fue públicamente conocido el caso de Hugo Patiño -trabajador boliviano de 25 años- porque se animó a declarar en rueda de prensa, convocada al efecto por los delegados:

La policía se cansó de torturarme. Cuando me dirigía a dormir a mi pabellón, que se encuentra fuera de la zona de barricadas, cinco policías de la provincia de Buenos Aires me detuvieron. Me pusieron la punta de un cuchillo en la garganta, diciéndome que tenía que explicarles dónde guardaban los obreros la dinamita y cuántos puestos de guardia y armas tenían. Como yo les decía que no sabía nada, me cargaron en una camioneta y me llevaron al río. Allí demostraron evidentes intenciones de arrojarme al agua, en un sector profundo y yo les gritaba que por Dios no me tiraran, ya que no sé nadar. Entonces les prometí hablar y me llevaron al local donde funciona el cine. Yo les dije que los obreros tenían algunas armas y algunas bombas, pero pocas. No conformes con eso me comenzaron a golpear a puntapiés y a quemar con colillas de cigarrillos, aquí, en el vientre, yo les gritaba no sabía nada más [...]. Cuando salía vi a otro joven obrero, que no reconocí, tirado en el suelo, sangrando y medio muerto<sup>83</sup>.

Episodios del mismo tipo vivieron tres obreros de origen chileno –Francisco San Martín, Mario Alvear y Filiberto Calderón–, quienes luego de ser duramente golpeados por la Policía Federal permanecieron varios días secuestrados en una comisaría provincial. Otro aspecto de la actuación delictiva de

las fuerzas de choque fue la presión que ejercieron sobre las mujeres, que por las noches se reunían con los trabajadores por temor a quedarse solas en sus casas, ya que se habrían producido algunos intentos de abuso sexual por parte de la policía de Buenos Aires<sup>84</sup>. Como ya hemos visto, las mujeres también cumplieron un papel destacado en el conflicto, junto a los huelguistas, organizando la colecta de alimentos, en la olla popular, como es el caso de Ana Egea; o en la articulación con otras organizaciones, como Sara Garodnik y muchas otras anónimas militantes desde adentro o fuera del obrador.



**Siempre, en todo momento, las mujeres colaborando con los huelguistas**  
Gentileza diario Río Negro

Siguiendo con nuestro relato, las reuniones de los trabajadores y de los distintos actores continuaron sucediéndose, inclusive con el gobernador Sapag y el Ministro

de Educación y Justicia de la Provincia, ante quienes los delegados plantearon una fórmula de solución<sup>85</sup>. No obstante, no renunciaban a su calidad de tales y, a pesar del retorno al trabajo de algunos trabajadores –hacia el 7 de marzo solo se mantenían en paro la mayoría de los obreros de IS–, proponían una huelga nacional de solidaridad, “una jornada nacional de todo el movimiento obrero del país”<sup>86</sup>. Uno de los líderes obreros, Wilson Olivares –hermano del delegado Armando Olivares– acompañado de Máximo Rabej –trabajador de la obra y alineado con el MUNOC– recorrieron distintas localidades del interior del país en busca de apoyo a la iniciativa: Rosario, Buenos Aires; se reunieron con Agustín Tosco en Córdoba, con Raimundo Ongaro, con los obreros de la Fiat, también en paro; con las 62 organizaciones, etc., siempre con esa intención de articular una acción a nivel nacional enlazando cada conflicto regional con otros, pero el contexto era muy complejo y no obtuvieron una adhesión significativa.

En términos regionales un respaldo muy sólido fue el de FOECYT, que había convocado a un paro en el distrito 22 de Correos<sup>87</sup>. Para esos momentos, en reiteradas oportunidades el obispo exhortaba a los trabajadores a que no perdieran energías: “no vaya a ocurrir que luego de venir navegando tanto tiempo, lleguen a puerto y se ahoguen en agua mansa”<sup>88</sup>.

A la vez que continuaban incansablemente las infructuosas conversaciones entre los distintos actores, básicamente con la Secretaría de Trabajo, y la organización de operativos de solidaridad<sup>89</sup>, el denso clima de hostilidad e incertidumbre en el lugar del conflicto iba en aumento. La novedad para el día 9 de marzo habría sido el aumento de la presión por parte de la fuerza policial establecida en el lugar, lo

que provocó que los obreros de Analvi y Cartellone pararan una vez más en forma total, y parcialmente lo hicieran los de Wainstein. Al cerco de aislamiento impuesto desde un comienzo se sumó ahora la coacción –a punta de arma– para que los trabajadores fuesen a trabajar. Un obrero chileno describió por ejemplo lo ocurrido el 9 de marzo, cuando iba a reunirse con sus compañeros de huelga<sup>90</sup>:

Allí, de espaldas a la pared se encontraban de cuarenta a cincuenta obreros y frente a ellos, de diez a quince policías, apuntándoles con armas largas y diciéndonos que teníamos que ir a trabajar...

Todo ello en un clima donde los cortes de electricidad a la zona afectada se combinaban con el altoparlante de la empresa que –desde las 5.30– convocaba al trabajo en la misma medida que el comité de huelga vociferaba sus comunicados con altavoces<sup>91</sup>.

El cerco policial era entonces más restricto; solo cuando los trabajadores amenazaron con no dejar salir la comida para la tropa, la policía permitió a los obreros casados ir a comer a sus casas. Esa noche, mientras el obispo se encontraba alternando con los trabajadores de IS en los pabellones –aproximadamente a las 12 de la noche–, el lugar donde dormían los trabajadores de Analvi fue atacado con gases lacrimógenos y bombas vomitivas. El obispo no obtuvo respuesta al porqué del ataque policial<sup>92</sup> y el delegado de Analvi amenazó con que “si la policía sigue presionando, estamos dispuestos a parar nuevamente”<sup>93</sup>.

El cordón político y policial se volvió más violento aún. El 10 de marzo las patrullas de policías, organizadas en

distintos frentes, comenzaron a marchar hacia el punto estratégico de los huelguistas, los pabellones de solteros y la zona del comedor. Los trabajadores –sin poder avisarse mediante la sirena por el corte de energía– fueron rodeando a las patrullas<sup>94</sup> y la única forma de distender un poco la situación creada fue el retiro de las mismas. Por la tarde, el corte de luz se extendió a las casas de familia y nuevamente una patrulla avanzó hacia otra barda estratégica donde los trabajadores se habían atrincherado.

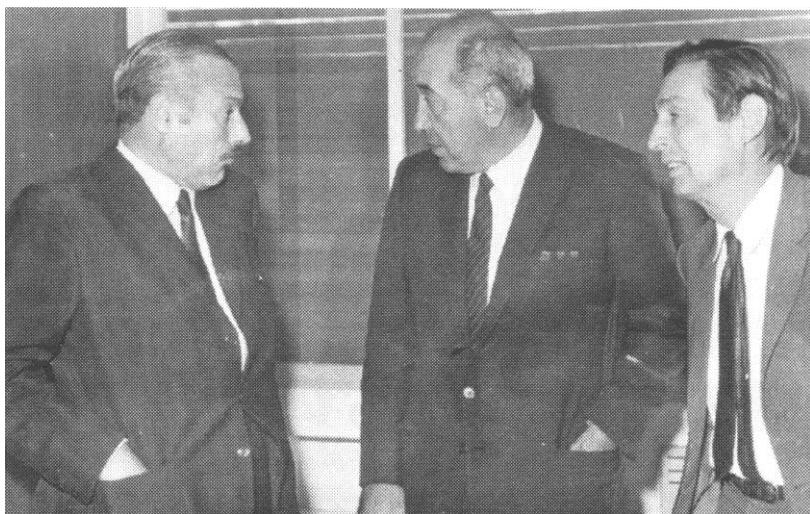
En estos avances y retrocesos, por un lado y por otro, la policía había tomado –con aproximadamente diez infantes– un punto crucial para los huelguistas, el comedor de IS, el ya clásico lugar de reunión, y por la noche se colocaron potentes reflectores para iluminar la zona de los pabellones de solteros.

El comité de huelga creía inminente el ataque a los pabellones, de ahí que los trabajadores comenzaran a pensar en un plan de acción para ese enfrentamiento, aunque es difícil saber si efectivamente estaban dispuestos a ello. Lo cierto es que para entonces hubo guardias de obreros –armados muy precariamente– y un sistema de seguridad con patrullas dispuestas en los lugares críticos<sup>95</sup> –a cada puesto policial le correspondía una numerosa cuadrilla de obreros que recorría el predio–, y a medida que oscurecía, el temor y los preparativos aumentaban. Por pedido de los trabajadores, esa noche del 10 de marzo monseñor De Nevares durmió en la Villa Temporal, en la casa de Ana Egea. El aire se cortaba con cuchillo y se podía respirar la violencia:

El ruido de pisadas entre las piedras, la llama de un fósforo, todo era motivo para que los piquetes obreros o

los infantes de policía dirigieran sus linternas a diestra y siniestra ordenando el “Alto, ¡¡Quién va!!”<sup>96</sup>

El 11 de marzo se realizaron conversaciones en el mismo obrador que tuvieron como protagonistas al gobernador Sapag, al obispo De Nevares, al Dr. Mamblona –como ya se ha dicho, director de Delegaciones Regionales de la Secretaría de Trabajo de la Nación–, a los delegados obreros y a Pascual Rodríguez. Pero no había muchas variantes en las propuestas; Mamblona recomendaba –sin éxito– que los delegados suspendieran su mandato hasta que la Secretaría emitiera un dictamen acerca de la supuesta inconducta gremial. Por su parte, el obispo propuso que los delegados renunciaran y que se hicieran elecciones nuevamente a los treinta días<sup>97</sup>, lo que fue rechazado por el funcionario nacional.



De izquierda a derecha: Hector Mamblona, Felipe Sapag y Cap. de Fragata Jorge Funes

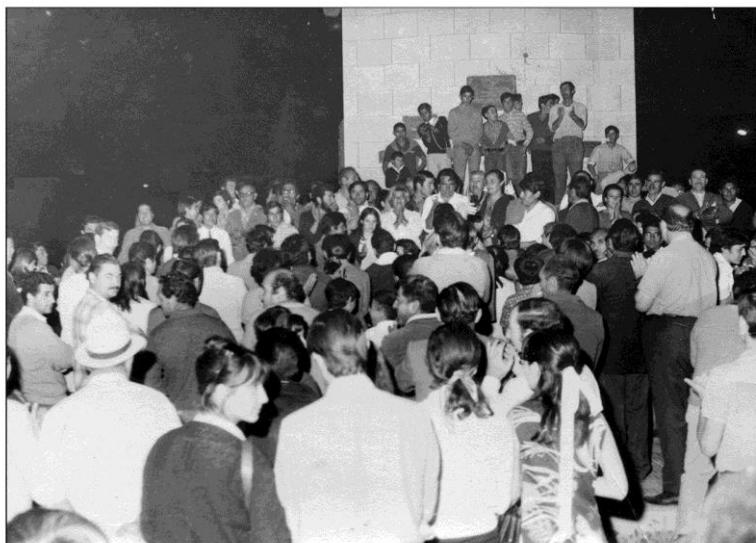
## Triste, solitario y final

El 12 de marzo se realizó en la capital neuquina una masiva manifestación popular en apoyo de los trabajadores<sup>98</sup>. En ella confluyeron agrupaciones de estudiantes, organizaciones gremiales, políticas e inclusive barriales. Para ese momento ya estaba incorporada al conflicto la localidad de Senillosa, lugar de residencia de muchos trabajadores, pero la duración del conflicto –el tiempo con su inevitable consecuencia– los fue quebrando. En este punto debe destacarse un dato muy importante: si los huelguistas habían logrado amplia solidaridad como para que no dejase de funcionar una “olla popular”, por ejemplo, ello no podía atender las familias de cada uno en Tucumán, Corrientes, Bolivia o Chile; “era preciso darles un mínimo de dinero al contado”<sup>99</sup>. Pues bien, muchos de estos trabajadores comenzaron a volver a sus lugares de origen o simplemente volver al trabajo. Los titulares del principal diario regional ponían en evidencia el éxodo de obreros de El Chocón<sup>100</sup>.

Hacia el 14 de marzo el diario *Río Negro* encabezaba su ya habitual noticia sobre El Chocón de la siguiente manera:

Prácticamente, la huelga del Chocón va llegando a su fin. Las últimas instancias en las que confiaban los obreros en conflicto, ante el delegado de la Secretaría de Estado de Trabajo, Dr. Héctor Mamblona, y el Gobernador del Neuquén, Sr. Felipe Sapag, han quedado atrás, y ni siquiera la adhesión moral y material que distintas organizaciones obreras, estudiantiles y representativas de distinto carácter hacen llegar, han permitido sostener la

vigencia espiritual de una lucha cuya bandera quedaba hoy sostenida por solo un centenar y medio de hombres<sup>101</sup>.



**Movilización en apoyo de los trabajadores, en el centro de Neuquén**  
Gentileza de Sara Garodnik

Efectivamente, por el éxodo, la cesantía de muchos y la reincorporación de otros, solo quedaban 140 obreros que se mantenían en huelga<sup>102</sup>, razón por la cual las guardias que los trabajadores realizaban en lugares estratégicos ya no podían sostenerse. Testimonios recogidos entre los trabajadores, por la prensa local, dan cuenta de la importancia de la acción empresaria como de la dirigencia sindical para generar este desgaste:

Los abusos que aquí se han cometido y se cometen no solamente no tendrán fin, sino que se agravarán [...] el 80% de los que han ido a cobrar sale de la oficina de pagos y va a la de reclamos. A quien le han sacado 10, a quien 20, a quien 40 horas, y aún una semana de trabajo<sup>103</sup>.

Quienes iban a cobrar estaban dispuestos a aceptar lo que se les quisiera pagar, y fuera de las oficinas de la empresa se encontraban con Del Turco o Papagno que les decían: “Si reconocés públicamente que estabas equivocado, yo te peleo la reincorporación”<sup>104</sup>. Por otro lado, de más está decir que la patronal aprovechaba esa situación: a quienes se reintegraban al trabajo los despedían y los volvían a tomar, un trámite administrativo que les daba la posibilidad de eliminar la antigüedad y otros beneficios. Frente a la definitiva derrota y las condiciones de vida que habían empeorado durante el conflicto, los niveles de ingreso de cada trabajador y las posibilidades que daban ciertos oficios de conseguir trabajo fuera de la obra determinaron distintas estrategias entre los trabajadores: “Aquí se vive miserablemente y por eso vuelven al trabajo los más humildes. Los que realmente tienen oficio han preferido alejarse definitivamente de El Chocón”<sup>105</sup>.



**Éxodo de trabajadores, marzo de 1970**  
Gentileza diario Río Negro

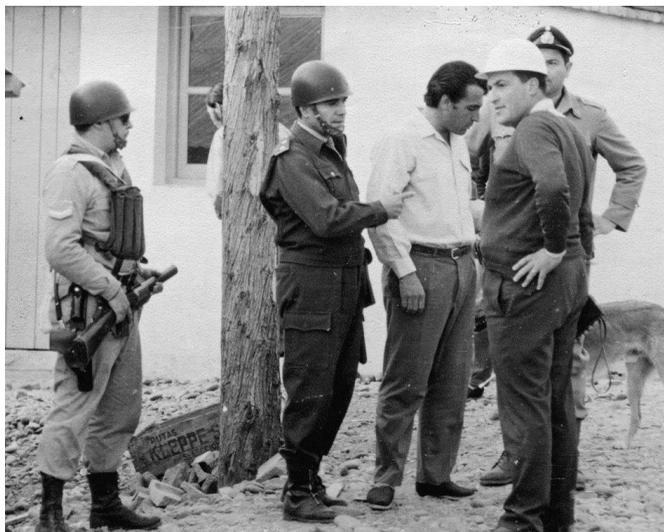
Es decir, por detrás de las detenciones –y de la histórica condición de los obreros de la construcción como imponente marco–, el generalizado sentimiento de frustración que experimentaban daba al éxodo de trabajadores, y sus familias, un carácter patético y dramático. Más de mil trabajadores –por las noches y durante el día– se fueron desparramando por las bardas neuquinas. Muchas “familias y obreros que no disponían de dinero para el pasaje del ómnibus, esperaban en la desértica ruta 234 que algún camionero los alzara con sus pocas pertenencias”<sup>106</sup>.

En la noche del décimo día, don Jaime de Nevares se había reunido con los trabajadores en huelga, recomendándoles –ante el aumento de las fuerzas de choque<sup>107</sup> y un visible aumento de la disposición a reprimir– que abandonaran el lugar inmediatamente ya que en cualquier momento podía desatarse la violencia. Muchos obreros entonces “se despedían para perderse entre los cerros pedregosos en la noche oscura y fría,

tenían una emotividad particular. Rudos abrazos, pocas palabras y algunas lágrimas. Casi todos sin un centavo, sin saber a dónde irían a parar”<sup>108</sup>.

Ya cerca de las seis de la mañana del vigésimo día de huelga, el definitivo avance de “las fuerzas del orden” fue inevitable; y, sin ahorrar violencia, desalojaron a los pocos huelguistas que quedaban en los pabellones de solteros. Estos no ofrecieron ninguna resistencia, a pesar de lo cual algunos fueron golpeados y sus pertenencias destruidas. Esta circunstancia fue registrada y fotografiada por un periodista, lo que generó una situación aún más crítica cuando Pacheco, el jefe de la Brigada a cargo del procedimiento, arrebatándole la cámara la abrió y veló el rollo, al tiempo que gritaba a sus subordinados: “¡¡Imbéciles!! ¡¿Cómo se dejan agarrar en el fato?!”<sup>109</sup>.

Inmediatamente, tanto Antonio Alac como Olivares y Rodríguez fueron detenidos y puestos a disposición del Poder Ejecutivo nacional (PEN)<sup>110</sup>; les siguió luego Torres, pero en la provincia de Río Negro. En los primeros momentos no se sabía el destino de los detenidos y, por otra parte, el temor a las represalias era muy grande; no obstante ello, el obispado y algunas organizaciones juveniles y gremiales cumplieron un papel preponderante al interceder por los detenidos, que fueron devueltos a Neuquén al cabo de corto tiempo<sup>111</sup>.



**Antonio Alac, detenido al salir del pabellón de solteros**



**Pascual Rodríguez, detenido por las fuerzas de seguridad. Sería enviado a Devoto**

Las autoridades para entonces informaron al obispo que el problema estaba “superado”, frente a lo cual las reflexiones

del prelado quedaron como el triste epílogo a los acontecimientos iniciados en diciembre de 1969:

Es lo mismo que luego de dos semanas de tratamiento dijieran los médicos: “el problema está superado, murió el enfermo”. ¿El problema no era entonces la enfermedad?

En El Chocón se trataba pues de asfixiar al enfermo que se quejaba. Ahora ya no se quejará más. Frotándose las manos dicen “el problema está superado”.

Y aseguro que el enfermo, es decir, los trabajadores, tenían derecho a quejarse. Muchas enfermedades y dolores los atacaban.

¿De quién la victoria? La fuerza de un enorme engranaje ha aplastado al generoso esfuerzo de los trabajadores de El Chocón. La fría telaraña de Buenos Aires aprisionó la vida.

Esta clarinada anuncia muy otras condiciones para los trabajadores de El Chocón en el futuro.

No las gozaran muchos de los que han luchado, soportado y sufrido con ellas. Ellos tendrán que irse, a comenzar de nuevo, perdidas muchas ilusiones, con la amargura en el corazón, con sus hijos y sus esposas, con las angustias de la desocupación amenazante. Volverse a sus provincias derrotados<sup>112</sup>.



**Peronismo, marxismo y cristianismo; de izquierda a derecha: Pascual Rodríguez, Miguel Zárate, Armando Olivares, Wilson Olivares, Antonio Alac, Jaime de Nevares, Edgardo Torres, Presbítero Gaucheru**

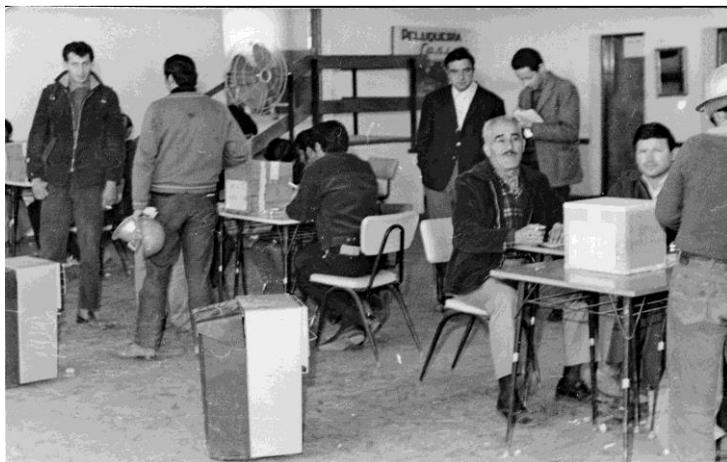
En efecto, la situación en adelante no sería la misma; el conflicto había desnudado no solo el fracaso de una política de connivencia, sino –peor– un cuadro desolador en cuanto a condiciones laborales, de hábitat y de pago de haberes, lo que había sido reconocido hasta por las fuerzas represivas. En un cambio de actitud, fruto más del cálculo político que de una genuina preocupación, el Estado comenzó a desplegar algunas acciones burocráticas sobre las empresas exigiéndoles mejoras laborales, en un intento por revertir una situación política cuyo verdadero origen eran los justos reclamos de los trabajadores.

Como fruto de nuevas inspecciones, se instaló agua caliente en los pabellones, se entregaron camas cuchetas para que hubiese más lugar en las piezas, se exigió a las empresas que entregaran botines de seguridad, hubo cierta mejoría en el transporte del personal, e inclusive se aplicaron sanciones a IS por la forma en que se liquidaban los haberes. Pero como

expresó un exfuncionario de Hidronor S.A, con respecto a la situación social en la obra luego del conflicto, era como un “enfermo agonizante que ha experimentado una leve mejoría a raíz de una serie de medidas conjuntas que han sido adoptadas por distintos organismos gubernamentales”<sup>113</sup>. No obstante, los reclamos continuaron durante todo 1970<sup>114</sup>, inclusive se produjo otro accidente fatal en octubre de ese año<sup>115</sup>.

En cuanto a la actividad gremial posterior al Choconazo, se observa que es fruto de un contexto donde los parámetros que habían marcado la experiencia de los trabajadores choconenses ya habían sido modificados. Ya fuere como consecuencia de los conflictos o por la evolución misma de la obra, la situación ya no era igual. En ese sentido, deben tenerse en cuenta factores cruciales como la depresión en la demanda de obreros –a partir de julio 1970– (ver gráfico al respecto), la renovación de casi un 60% de la mano de obra luego del conflicto, un control más estricto en el reclutamiento de los nuevos trabajadores; y el reconocimiento, por parte de estos, del amplio poder que la patronal y el sindicato habían exhibido en aquellos grandes conflictos, así como del limitado grado de eficacia de la práctica clasista para enfrentarlo. A ello debe sumarse también el hecho de que luego de los conflictos, como ya ha sido mencionado, se habría producido una “leve mejoría” en la calidad de vida de los trabajadores, y de que Hidronor S.A. promovía –sin gran incidencia práctica– una política social mediante un Comité de Acción Social. En conjunto –es nuestra apreciación–, esta nueva situación prefiguró los alcances y los límites de la acción gremial que se desarrollaría en adelante. En esa línea, entonces, debe pensarse la actividad de quienes asumieron la conducción de la comisión de

delegados de El Chocón, en agosto de 1970. La Lista Verde, encabezada por Juan Carlos Juárez –y apoyada por Antonio Alac y los exdelegados–, que ganó en aquellas elecciones internas, mantuvo una práctica gremial signada por otro perfil ideológico y un fuerte pragmatismo. El discurso de Juárez, en tal sentido, pretendía dejar bien en claro su no pertenencia a programa político alguno; inmediatamente tomó distancia de los antiguos delegados, lo que por cierto lo dejaba en una situación incómoda para moverse en la interna gremial. Aun así, se mostró firme en su condición de delegado, con cierto grado de autonomía y con una rutina donde la asamblea –práctica heredada de la gestión de Antonio Alac y del conflicto– seguía teniendo una gran vigencia<sup>116</sup>.



**Elecciones para delegados en El Chocón, agosto de 1970**  
Gentileza diario Río Negro

Este nuevo estilo, si bien posibilitó canalizar con relativo éxito algunas reivindicaciones, como un aumento salarial –del 24% sobre un reclamo del 30%–, en general no dejó de producir tensiones con la Seccional Neuquén de la UOCRA y sobre todo con Rogelio Coria. Tensiones que, como desde un comienzo, se agudizaron por los reclamos desoídos y por viejos problemas no resueltos, como el trato de ciertos capataces, por lo cual hacia 1971 los 1.700 trabajadores de la obra volvieron a parar. Los temas que estaban en el centro de la protesta eran los precios abusivos de los artículos de primera necesidad y –lo que pasó a ser progresivamente una preocupación decisiva– los efectos de la situación planteada por la depresión de la demanda de mano de obra, que implicaba despidos todos los meses.

Estos reclamos entonces acicatearon nuevamente el conflicto intragremial, donde, por un lado, el problema de la utilización discrecional de los fondos sindicales por parte de Rogelio Coria era recurrente, pero por el otro también lo era la autonomía política con que se manejaba la nueva conducción choconense. Este “exceso de atribuciones”, que cuestionaba el uso de los dineros del sindicato, llevó inclusive a la Seccional Neuquén a tratar de suspender a esos delegados “oportunistas que quieren capitalizar el esfuerzo que [el gremio] está realizando para la dignificación salarial”<sup>117</sup>. La “toma” de la Seccional Neuquén de la UOCRA, por parte de trabajadores de la construcción, debe entenderse también en este contexto. Parecería entonces que aquella conducción choconense continuaba teniendo cierto grado de autonomía que no se ajustaba todavía a los deseos de la conducción “integracionista”, por más que los términos de la interna

gremial cambiaban también vertiginosamente. La conducción de Coria no parecía dispuesta a nada que no fuera la centralización del poder sindical –por supuesto, con la asignación de los recursos que ello entrañaba– y la negociación directa en Buenos Aires con las empresas, lo cual también significaba una fuente de beneficios<sup>118</sup>.

Por otro lado, la prudencia o una política distinta respecto a la patronal y a la UOCRA no redundó en mayores beneficios. En ese sentido, da la sensación de que si Juárez es reelecto en 1971 -y con posterioridad-, no es precisamente como fruto de sus logros, sino más bien de sus esfuerzos. Los problemas de seguridad en el trabajo, los reclamos salariales, los precios abusivos en El Chocón, la desocupación, el uso de los dineros del gremio y el transporte, entre otras cuestiones, seguirán siendo fuente de constantes roces.

### Un conflicto “político”

Finalmente, en no pocas entrevistas orales hemos escuchado la frase “no se vivía bien... pero tampoco era para tanto”. Y en ella flota la idea de considerar lo que luego se llamó El Choconazo como *un conflicto político*, donde una militancia de base –con fines más políticos que gremiales– excedió los estrechos límites que imponía la Revolución Argentina, con la inevitable consecuencia del enfrentamiento con las fuerzas de seguridad y el desbaratamiento de la organización sindical de base. Detrás de esta lectura subyace la idea de que aquello sucedió por los fines políticos que se

persegúan, porque estuvo involucrada una militancia identificada con el cambio revolucionario de la sociedad. De no ser así, el destino del conflicto hubiese sido otro.

Este criterio, que forma parte del imaginario construido respecto al Choconazo en no pocos sectores de la sociedad regional, olvida cuestiones que consideramos básicas para pensar el conflicto, a la vez que –a la luz de lo que hemos desarrollado– redefinen esa asentada idea.

Ya lo hemos señalado: el particular dominio autoritario establecido por las empresas en el contexto de la obra, la perspectiva ingenieril, economicista y escasamente social de su planificación; las condiciones de vida y de trabajo y, finalmente, la falta de voluntad para la búsqueda de soluciones, abonada por un contexto político-ideológico no interesado en ello –la dictadura militar–, son los elementos que progresivamente consolidaron la representatividad de los dirigentes de base. Pero por sobre todas estas cuestiones, el respaldo a esa militancia combativa habría sido poco probable sin la pasividad y complicidad empresaria y de la UOCRA nacional y regional ante las situaciones que los trabajadores padecían, una cuestión prioritaria al momento de dar cuenta del proceso. Es decir, no se trataría de una conversión ideológica del conjunto de los trabajadores choconenses hacia el clasismo. No es que en poco tiempo se fueran constituyendo *soviets* en la meseta patagónica y el socialismo estuviera entonces al alcance de la mano. Se trata más bien –como lo señala James Brennan<sup>119</sup> para el caso de Córdoba– de que hubo un conjunto de condiciones que posibilitaron la conciliación de una identidad mayoritariamente peronista con una dirigencia gremial mayoritariamente no peronista y que condujo a los

trabajadores a apoyar tácticas más militantes que las defendidas nacionalmente por Vandor y todo el sindicalismo burocratizado. En ese sentido, la dirigencia “integracionista” de Rogelio Coria y Papagno no pudo dimensionar –y no estaba tampoco en condiciones de hacerlo– el importante grado de desaprobación de la clase trabajadora –al menos en El Chocón– respecto a sus prácticas, por cuanto estas consolidaban una situación laboral que, como mínimo, era problemática.

Este punto es relevante porque, en aquel contexto, todo reclamo laboral de los trabajadores a la empresa o al gremio era indicio –para aquella dirigencia sindical– de un problema político en ciernes; en definitiva, era indicio de –al igual que para la dictadura– la presencia de “agitadores, “comunistas” o simplemente “subversivos”. Recordemos que las primeras claves del conflicto se pusieron de manifiesto con la actitud de la Seccional Neuquén ante la primera elección de un delegado gremial en El Chocón. Aquel sindicalismo había llegado a tal grado de integración con el sistema económico y político que tenía –parafraseando a Rodolfo Walsh en su análisis del vandorismo– su propio discurso del método: El que molesta en la obra molesta en la UOCRA, y el que molesta en la UOCRA molesta en la obra<sup>120</sup>.

Por otro lado, hay ciertamente suficientes elementos como para considerar –por el perfil discursivo de los delegados– que el estallido de un conflicto de carácter político-ideológico era cuestión de tiempo. Como bien lo ha señalado Daniel James respecto a otras situaciones del mismo período, esta militancia comenzó cuestionando a las empresas y a sus dirigentes sindicales para terminar enfrentándose al régimen, lo que tampoco era difícil en la medida que se trataba de una

dictadura que, más que otras hasta entonces, había clausurado la vida política. Era, por supuesto, una militancia que compartía el espíritu de época, donde voluntad era sinónimo de revolución, lo que indudablemente condujo muchas veces a una problemática práctica política que forzaba situaciones. Porque, como alguna vez se dijo, “en política, si hay que dar un paso, hay que dar uno; si hay que dar dos, hay que dar dos: es tan reaccionario no dar ninguno como dar cuatro”<sup>121</sup>.

Por otro lado, es también indudable que, junto con el sindicato, las empresas como el Estado, en su concentración de poder, contribuyeron en esta coyuntura –mucho más que los trabajadores y los delegados de base, está claro– para que la evolución del conflicto tomara el rumbo que tomó, que su ritmo fuera vertiginoso, sin salida y en definitiva destructivo.

Las empresas fueron muy obstinadas en su negativa a modificar situaciones evidentemente injustas para los trabajadores, y resistieron cuanto pudieron la instalación de una legítima conducción gremial cuyo principal respaldo era ese mismo contexto injusto. Por su parte, el poder sindical –como vimos– no solo rechazó la voluntad del movimiento choconense en tanto este no se encolumnara con la conducción de Rogelio Coria, sino que, además, en este juego de intereses, se mostró desembozadamente más como una herramienta de la dictadura que como una conducción gremial que mantenía una práctica distinta de la de sus “enemigos internos” de izquierda. Y finalmente el Estado, que consideró al conflicto lisa y llanamente como un problema de “subversión comunista”, que lo condujo a reducir el problema al orden policial. Tres frentes que, repetimos, funcionaron –demasiadas veces– con una evidente e inescrupulosa articulación. El conjunto de relaciones

y mecanismos que hicieron posible la misma no eran nuevos y esos funcionarios los conocían tanto como esos dirigentes. El mismo Rubens San Sebastián, secretario de Trabajo de aquella dictadura, los había construido años antes junto a Vandor cuando siendo subsecretario de relaciones laborales, en 1959, había posibilitado que “el Lobo” y Frondizi se hicieran mutuos “favores”.

De manera que, más allá de los “objetivos revolucionarios” de la conducción choconense, que tarde o temprano encontrarían el límite en sus propias bases, no había posibilidad de que el conflicto no fuera entendido –ya desde sus inicios– como un problema político. Porque además la dictadura, atenta a la situación creada con los trabajadores de los ingenios tucumanos, con los universitarios correntinos o con el Cordobazo y el Rosariazo, no parecía estar dispuesta a dejar espacio para más conflictos; más bien buscaba la forma de restaurar el orden. Ya esas explosiones populares que excedían los tradicionales canales de participación eran un síntoma de crisis en donde toda autoridad era cuestionada, por lo que no podía admitir –y menos aún en un gremio genuflexo– el desborde y la desobediencia a la conducción “integracionista”. Tampoco podía dejar abierta la posibilidad de que ese conflicto se extendiera del contexto político-gremial a esferas más importantes de la política; debía prevenir el “contagio” social y evitar el desborde. De allí que antes de “sofocar” las tensiones en El Chocón, el mismo gobierno nacional que destituyera a Felipe Sapag en 1966 lo volvió a designar en marzo de 1970. Pretendía, con una figura representativa a nivel regional, abrir una válvula de escape en una caldera que podía estallar por cualquier lado. Pero la crisis

de la “Revolución Argentina” era ya un hecho irreversible y, por ello mismo, las esperanzas de otras transformaciones –e inclusive de revoluciones– crecían vertiginosamente en la misma medida que un hombre, exiliado desde hacía más de una década, volvía a instalarse en el centro de la política nacional y se preparaba para el retorno. Así, El Chocón no solo posibilitó la ampliación del parque energético nacional, sino que además fue el escenario de conflictos que –como otros– contribuyó a poner en duda los proyectos de quienes habían pergeñado el onganiato y, por lo tanto, profundizó el comienzo de su fin. Al mismo tiempo, y para quien quiera verlo, anticipó mucho de la noche negra que cubriría, apenas seis años más tarde, todo el país.

## Notas

---

### I- Introducción

<sup>1</sup> La expresión es de Eduardo Galeano en *500 años: Reportaje a nuestra América. Conquista, resistencia y utopía*, de Juan Rosales y Raúl Aramendy. Ediciones Letra Buena. Buenos Aires, 1992.

### II- Claves de interpretación

<sup>1</sup> Diario *Río Negro*, 16 de marzo de 1962. "A fin de año se comienzan las obras del Chocón". Archivos del Diario *Río Negro*, General Roca.

<sup>2</sup> Diario *Río Negro*, General Roca, 12 de septiembre de 1967. "Acelérase el progreso de Neuquén".

<sup>3</sup> Diario *Clarín*, Buenos Aires, 2 de abril de 1969. "La segunda conquista del desierto".

<sup>4</sup> *Revista Síntesis*, 20 de agosto de 1968. "Para la construcción de El Chocón logróse total financiación externa".

<sup>5</sup> Hidronor. Memoria y balance al 31 de diciembre de 1968. Buenos Aires, marzo de 1969.

<sup>6</sup> *La Nueva Provincia*, Bahía Blanca, 1968 (s.d.). "El Chocón a Impregilo Sollazzo".

<sup>7</sup> Diario *Ecos Cordilleranos*, Neuquén, 4 de enero de 1969. Año XII, n°2033. "Chocón". Archivo Histórico Provincial.

<sup>8</sup> Diario *Río Negro*, 4 de octubre 1968. "El Ingeniero Ondarts aseguró que en febrero todas las empresas estarán trabajando en el Chocón".

<sup>9</sup> Taranda, Demetrio. "El conflicto de El Chocón: 12 a 20 de diciembre de 1969". Boletín del Departamento de Historia n° 10, Facultad de Humanidades, UNC. Diciembre de 1988.

<sup>10</sup> Masés, Enrique; Rafart, Gabriel; Frapiccini, Alina y Lvovich, Daniel. "El mundo del trabajo: Neuquén 1884-1930". Ed. del GEHISO. Neuquén, agosto de 1994.

<sup>11</sup> Suárez, Francisco; Franco, Rolando y Cohen, Ernesto. "Lo social en las grandes represas: elementos para una estrategia". Seminario "Efectos sociales de las grandes represas de América Latina". CIDES-ILPES. Julio de 1983.

<sup>12</sup> Testimonio de Pascual Rodríguez a Demetrio Taranda, op. Cit.

<sup>13</sup> Nota "A los Sres. Directivos de la Empresa IS", del 14 de febrero de 1970. Son varios los reclamos en esta nota, el último -sugestivo- es el que se reproduce en el cuerpo del texto. Firmada por Torres, Olivares y Alac.

---

<sup>14</sup> *Río Negro*, 4 de marzo de 1970. Conferencia del general Francisco Imaz en la Casa de Gobierno de Neuquén.

<sup>15</sup> Suárez, Francisco; Franco, Rolando y Cohen, Ernesto. Op. Cit.

<sup>16</sup> Testimonio de Pascual Rodríguez recogido por Demetrio Taranda y también por el diario *Río Negro*, 16 de diciembre de 1969, en “Momentos de intenso dramatismo se vivieron en el Chocón este sábado”.

<sup>17</sup> Testimonio de Pascual Rodríguez recogido por Demetrio Taranda.

<sup>18</sup> *Río Negro*, 17 de diciembre de 1969. “Paro total en el Chocón”. Diálogo de los delegados con *Río Negro*.

<sup>19</sup> *Río Negro*, 3 de enero de 1970. “La Dirección de Trabajo inspeccionó condiciones laborales en El Chocón”. Se reproduce el acta firmada por el director de la repartición provincial de Trabajo, Sr. Marcelo Pessino y el jefe del Dpto. de Saneamiento Ambiental de la Dirección Gral. de Salud Pública, Ing. Mario Ever Morán; los tres delegados, y el Ing. Marcos Mochkofsky por parte de IS. En realidad era esta la tercera inspección que la Dirección realizaba. La primera fue en mayo de 1969 y la segunda en junio del mismo año.

<sup>20</sup> *Río Negro*, 8 de marzo de 1970. “Inspeccionaron los Campamentos del Chocón”. Comentario posterior a la inspección, inspector mayor Félix Larrañaga.

<sup>21</sup> *Río Negro*, 8 de marzo de 1970. “Inspeccionaron los Campamentos del Chocón”. Comentario posterior a la inspección en los lugares donde los trabajadores vivían, inspector mayor Felipe Asunción.

<sup>22</sup> Declaraciones del comandante mayor de la Gendarmería, Juan José Magni, luego de tomar posesión definitiva del pabellón de solteros y dialogar con algunos obreros. *Los principios*, Córdoba, 30 de marzo de 1970 y *Los Andes*, Mendoza, marzo de 1970.

<sup>23</sup> *Río Negro*, 8 de marzo de 1970. “Inspeccionaron los Campamentos del Chocón”.

<sup>24</sup> *Los Andes*. Mendoza, marzo de 1970.

<sup>25</sup> Francisco Suárez, Rolando Franco y Ernesto Cohen. Op. Cit.

<sup>26</sup> Hidronor. Actas del Seminario: “Efectos Sociales de las Grandes Represas de América Latina”, organizado por la OEA, CEPAL e ILPES. Junio de 1983.

<sup>27</sup> Trabajo por el cual se cobraba sueldo de peón, 40.000 pesos mensuales.

<sup>28</sup> *Río Negro*, 17 de diciembre de 1969. “Paro total en el Chocón”. Diálogo de los delegados con *Río Negro*. 17 de diciembre de 1969.

<sup>29</sup> *Río Negro*, 17 de diciembre de 1969. “Paro total en el Chocón”; *Río Negro*, 3 de enero de 1970. “La Dirección de Trabajo inspeccionó condiciones

---

laborales en El Chocón". Diálogo de los delegados con *Río Negro* y notas a los directivos de la Empresa IS del 5, 13, 17, 20 y 23 de enero de 1970.

<sup>30</sup> *Río Negro*, 17 de diciembre de 1969. Nota a Marcelo Pessino, titular de la Dirección Provincial de Trabajo del Neuquén.

<sup>31</sup> *Río Negro*. 3 de enero de 1970. "La Dirección de Trabajo inspeccionó condiciones laborales en El Chocón". Es sugestivo que catorce días después de una nota presentada el 6 de enero de 1970, en la que se reclamaba seguridad en el trabajo, se produjera un accidente en el túnel n°1, justamente por desprendimiento de rocas.

<sup>32</sup> Las empresas que realizaban obras para el Estado provincial y que eran tenidas como infractoras de las leyes laborales fueron, entre otras: Contratista Oscar Godoy (Expte. 8123/69), Empresa Julio Tresalet (Expte. 8115/69), Empresa Concreto (Expte. 8116/69), Constructora Patagónica (Expte. 8137/69), Empresa Interamérica Asociados (no se le abrió expediente, pero por sus obras en el barrio Villa María se le hicieron reiteradas observaciones por incumplimiento de las normas laborales), Empresa Villa Construcciones y Montajes (Expte. 7789/69) y Alejandro Fattorello (Expte. 5282-5123 y 5187/68). Notas varias de la Dirección Provincial de Trabajo.

<sup>33</sup> Testimonio de Pascual Rodríguez a Demetrio Taranda, op. cit.; y al autor.

<sup>34</sup> Forni, Floreal. "La problemática social en la etapa de construcción de las grandes represas". Actas del Seminario "Efectos Sociales de las Grandes Represas de América Latina". Organizado por la OEA, CEPAL e ILPES. Junio de 1983.

<sup>35</sup> Sonis, Abraam. "Problemas de salud en la construcción de grandes represas". En Seminario "Efectos sociales..." Op. Cit.

<sup>36</sup> Declaraciones de Raúl Segovia, exfuncionario de Hidronor, al Diario *Río Negro*, Gral. Roca, 16 de mayo de 1970.

<sup>37</sup> Memoria y Balance de Hidronor S.A. Buenos Aires, 1970.

<sup>38</sup> Situación Habitacional de la Provincia del Neuquén. COPADE. Setiembre de 1969.

<sup>39</sup> Rivas, Ricardo (Dir.). "Historia del Banco de la Provincia del Neuquén, 1960-1990". Fundación del Banco Provincia del Neuquén y Universidad Nac. del Comahue. Neuquén, 1991.

<sup>40</sup> Testimonio de Pascual Rodríguez recogido por Demetrio Taranda. Op. Cit.

<sup>41</sup> Elizalde, Diva. "La migración interna en la Argentina 1960-1970". Cuaderno n° 5 del INDEC, 1971.

<sup>42</sup> Las zonas de expulsión eran, en primer lugar, Tucumán y Entre Ríos, seguidas de Chaco, Santiago del Estero, Corrientes, San Juan, Catamarca,

---

Misiones, La Rioja, San Luis, Salta, Mendoza, La Pampa, Formosa y Jujuy. "La migración interna en la Argentina...". Op. Cit.

<sup>43</sup> *Río Negro*, 2 de enero de 1969. "Realidades y fantasías de El Chocón".

<sup>44</sup> Elaboración propia a partir de las memorias de Hidronor.

<sup>45</sup> *El Austral* Temuco, Rep. de Chile, 13 de mayo de 1960. Artículo reproducido íntegramente por el diario *Río Negro* el 18 de mayo de 1969.

<sup>46</sup> *Río Negro*, 20 de mayo de 1969. "Obreros chilenos, traídos especialmente para el Chocón, retornaron a su país".

<sup>47</sup> Al igual que el cuadro anterior, no se consideran aquí los trabajadores que construían la villa, contrato 200, cuyas proporciones son análogas. Memorias y balances de Hidronor S.A.

<sup>48</sup> Para ese entonces faltaban aproximadamente 600 trabajadores para alcanzar el número previo al conflicto. *Clarín*, 18 de marzo de 1970.

<sup>49</sup> *Clarín*, 15 de marzo de 1970.

<sup>50</sup> Elaboración del autor con datos de las Memorias de Hidronor S.A.

<sup>51</sup> *Río Negro*, 16 de diciembre de 1969. Op. Cit.

<sup>52</sup> Las investigaciones de Rodolfo Walsh son las primeras, y quizá las más descarnadas, en cuanto a revelar el funcionamiento interno de este tipo de sindicalismo a través de las notas publicadas inicialmente en el diario *CGT* y luego sistematizadas en el tercer capítulo de "¿Quién mató a Rosendo?", Ed. De La Flor. Buenos Aires, 1968.

<sup>53</sup> James, Daniel. *Resistencia e integración*. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, pág. 291. Septiembre de 1990.

<sup>54</sup> James, Daniel. Op. Cit. Pág 301.

<sup>55</sup> Testimonio de Alé Rada recogido en entrevista por el autor. En realidad, en mayo comenzó a funcionar una comisión reorganizadora de la seccional Neuquén de la UOCRA. El 13 de octubre de 1967 asumió como secretario general Adolfo Schvindt, que era el candidato de la única lista. Informe de la Dirección Provincial de Trabajo de la Provincia del Neuquén, 8 de enero de 1970.

<sup>56</sup> Estatutos sociales de la UOCRA, Cap. V- "Disciplina". Resolución nº 80, Secretaría de Trabajo.

<sup>57</sup> James, Daniel. Op. Cit. Pág 301.

<sup>58</sup> James, Daniel. Op Cit. Pág 300.

<sup>59</sup> Expresión de Pascual Rodríguez en diálogo con el autor

<sup>60</sup> *Clarín*. 29 de diciembre de 1969. "¿Qué pasa en los sindicatos?"

<sup>61</sup> Testimonio de Pascual Rodríguez recogido por el autor.

<sup>62</sup> Testimonio de Pascual Rodríguez recogido por el autor.

- 
- <sup>63</sup> Testimonio de Pascual Rodríguez recogido por el autor.
- <sup>64</sup> Testimonio de Pascual Rodríguez recogido por el autor.
- <sup>65</sup> Testimonio de Pascual Rodríguez recogido por el autor.
- <sup>66</sup> Entrevista a Ana Egea, realizada por el autor.
- <sup>67</sup> Entrevista a Ana Egea, realizada por el autor.
- <sup>68</sup> Testimonio de Pascual Rodríguez recogido por el autor.
- <sup>69</sup> Testimonio de Pascual Rodríguez recogido por el autor.
- <sup>70</sup> Se trata de las elecciones fraudulentas y de los despidos en las grandes fábricas como General Electric, Philips, Camea, etc. El relato más descarnado de estas maniobras, como se ha dicho, quizá siga siendo el texto de Rodolfo Walsh, "¿Quién mató a Rosendo?". Op. cit.
- <sup>71</sup> Ello surge de la entrevista realizada por Demetrio Taranda a Pascual Rodríguez
- <sup>72</sup> James, Daniel. Op.Cit. Pág. 308.
- <sup>73</sup> Trinquier, Roger. *La guerra moderna*. Ed. Rioplatense, Buenos Aires, pág 32, 1963. Citado por Dussel, Finocchio y Gojman en *Haciendo memoria en el país del Nunca Más*. Ed. EUDEBA, febrero de 1997.
- <sup>74</sup> *La Nación*. Buenos Aires, 3 de marzo de 1970. "La sumisión pasiva". Buenos Aires.
- <sup>75</sup> *Revista Síntesis*. Buenos Aires, 6 de marzo de 1970. "Una técnica que ya no es novedosa".
- <sup>76</sup> *La Prensa*. Buenos Aires. 19 de marzo de 1970. Editorial titulado "Extraño desenlace del conflicto del Chocón". El resaltado es nuestro.
- <sup>77</sup> *Río Negro*, 23 de marzo de 1970. "Agasajo a líderes obreros de El Chocón".
- <sup>78</sup> *Río Negro*, 23 de marzo de 1970. "Neuquén: felicitan a los efectivos policiales que actuaron en El Chocón".

### **III- Crónica de un conflicto anunciado**

- <sup>1</sup> *La Prensa*, Buenos Aires, 7 de marzo de 1969. "Obreros del Chocón realizaron un paro".
- <sup>2</sup> *La Nación*. Buenos Aires, 6 de marzo de 1969. "Pleito obrero en las obras de El Chocón".
- <sup>3</sup> *Río Negro*, 6 de marzo de 1969. "Prodújose un paro en las obras de El Chocón". La expresión corresponde a las declaraciones del Ing. Hugo Mochkofsky de Impregilo-Sollazzo.
- <sup>4</sup> *La Prensa*. Buenos Aires, 8 de marzo de 1969. "Con normalidad trabajóse ayer en El Chocón".

---

<sup>5</sup> *Río Negro*, 7 de marzo de 1969. “Reconoce la patronal a delegados obreros en las obras de El Chocón”. Esa primera representación gremial, legalmente constituida, estuvo compuesta por Hugo Mansilla (electricista), Alberto Inglés (tornero) y Ernesto Varela (mecánico).

<sup>6</sup> *Río Negro*, 18 de noviembre de 1969. “El Chocón: descontento obrero”.

<sup>7</sup> Representada en la obra desde agosto de ese año por Héctor Covatti y Raúl Torres. Las elecciones se habían realizado el 16 de agosto de 1969. Esa elección fue legalizada por la Dirección de Trabajo provincial y reconocida por la empresa IS. Informe de la Dirección Provincial de Trabajo de la Provincia del Neuquén, 8 de enero de 1970.

<sup>8</sup> El secretario general de la UOCRA Seccional Neuquén, Adolfo Schvindt, antes del primer paro había denunciado a los directivos de IS la existencia de “agitadores”. Informe de la Dirección Provincial de Trabajo de la Provincia del Neuquén, 8 de enero de 1970.

<sup>9</sup> *Río Negro*, 17 de diciembre de 1969. “Reunión con gremios”.

<sup>10</sup> *Río Negro*, 12 de diciembre de 1969. “Asamblea en El Chocón”.

<sup>11</sup> Informe de la Dirección Provincial de Trabajo de la Provincia del Neuquén, 8 de enero de 1970.

<sup>12</sup> Nota de los delegados informando de la elección de la Comisión Interna con la ausencia de la UOCRA Secc. Neuquén. Está firmada por los tres dirigentes y tiene fecha 13 de diciembre de 1969.

<sup>13</sup> Testimonio de Pascual Rodríguez recogido por el autor.

<sup>14</sup> Testimonio de Pascual Rodríguez recogido por el autor.

<sup>15</sup> Cuando se hizo la primera edición de este libro, alguien que todavía era oficial de la policía de la provincia de Neuquén, le comentó a Pascual Rodríguez que la primera tarea que le dieron luego de egresar de la Escuela de Policía fue entrar a trabajar en la obra como informante.

<sup>16</sup> *Río Negro*, 17 de diciembre de 1969. “Paro Total en El Chocón”.

<sup>17</sup> *Río Negro*, 17 de diciembre de 1969. “Posible mediación”.

<sup>18</sup> *Río Negro*, 17 de diciembre de 1969. “Reunión con gremios en Cipolletti”. Participaron en esa reunión los obreros de la Fruta, FOECYT Neuquén, La Fraternidad, La Unión Ferroviaria y, obviamente, el MUCS.

<sup>19</sup> Los apoyan en general, pero el compromiso más fuerte parece ser el de la Unión Ferroviaria conducida por Ventureira. En la asamblea de la UF participan el Sindicato de la Fruta, ANEOP, los curas Héctor Galbiati, Enrique Monteverde y Pascual Rodríguez; la Comisión de Defensa de la Patagonia, la filial local de la Unión de Mujeres Argentinas. Testimonio de

---

Pascual Rodríguez, y diario *Río Negro*, 17 de diciembre de 1969. “La reunión en La Fraternidad”.

<sup>20</sup> *Río Negro*, 18 de diciembre de 1969. “Tensa calma se vive en El Chocón”. Los obreros apaleados son Agüero, Carrizo, Pino y Amaya.

<sup>21</sup> Los detenidos son Olivares, Torres, Juárez y Pascual Rodríguez.

<sup>22</sup> *Río Negro*, 17 de diciembre de 1969. “Llegan efectivos de la Policía Federal”.

<sup>23</sup> Había llegado a Neuquén el martes 16. *Río Negro*, 17 de diciembre de 1969. “Dirigentes de la UOCRA viajaron desde Buenos Aires”.

<sup>24</sup> *Río Negro*, 18 de diciembre de 1969. “Conversaciones indiscretas”. *Clarín*, 19 de diciembre de 1969, “Radios indiscretas”. Los entrecomillados son expresiones de Rogelio Papagno en diálogo con Rogelio Coria

<sup>25</sup> *Río Negro*, 18 de diciembre de 1969.

<sup>26</sup> *Río Negro*, 16 de diciembre 1969. “Momentos de intenso dramatismo se vivieron en El Chocón”.

<sup>27</sup> *Río Negro*, 17 de diciembre de 1969. “Este no es un conflicto laboral con la empresa”. Declaraciones del representante de la empresa Impregilo, Ing. Giacinto Orsatti.

<sup>28</sup> *Río Negro*, 17 de diciembre de 1969. “Así sucedieron los hechos ayer”.

<sup>29</sup> *Río Negro*, 17 de diciembre de 1969. “Así sucedieron los hechos ayer”.

<sup>30</sup> Uno de los aspectos más rípidos de estas reuniones fue que Coria quería aplazar por un mes o quince días la elección de la comisión interna. Hay que tener en cuenta que había llegado a la obra gente alineada a la conducción nacional del gremio desde el túnel subfluvial bajo el Paraná.

<sup>31</sup> *Río Negro*, 19 de diciembre de 1969. “Cuatro puntos del acuerdo”. *Clarín*, 19 de diciembre de 1969. “El Chocón: en la víspera se solucionó el conflicto”.

<sup>32</sup> Comunicado de la UOCRA firmado por Rogelio Coria y Rogelio Papagno, Secretario General y de Organización respectivamente.

<sup>33</sup> El escrutinio se llevó a cabo con la presencia de Rogelio Papagno, de la UOCRA nacional, y Marcelo Pessino, Director Provincial de Trabajo. Diario *Río Negro*, 21 de diciembre de 1969. “Realizóse las elecciones en las obras de El Chocón”.

<sup>34</sup> Testimonio de Pascual Rodríguez recogido por el autor.

<sup>35</sup> *Río Negro*, 20 de diciembre de 1969. “Se reanudaron normalmente los trabajos en El Chocón”. En dicho artículo se reproduce el acta completa.

<sup>36</sup> *Río Negro*, 22 de diciembre de 1969. “Realizaron una inspección en el Chocón enviados de la UOCRA”.

---

<sup>37</sup> Boletín Informativo n° 7 de la UOCRA. Informa de los derechos que asisten a los trabajadores a partir de la ley 17258, como también lo que corresponde por categoría para el fondo de desempleos.

<sup>38</sup> *Río Negro*, 27 de febrero de 1970. "Sugestivas declaraciones". Declaraciones de Fermín Alfredo del Estal.

<sup>39</sup> Nota "A los directivos de IS", 21 de enero de 1970. Firmada por Torres, Olivares y Alac.

<sup>40</sup> Nota "A los directivos de IS", 5 de enero de 1970. Firmada por Antonio Alac.

<sup>41</sup> *Río Negro*, 27 de enero de 1970. "Los obreros del Chocón piden aumento de salarios".

<sup>42</sup> Nota "A los Sres. Directivos de IS". Firmada por Antonio Alac.

<sup>43</sup> Acta de la Asamblea del 27 de enero de 1970. Reproducida en *El Chocón, la lucha de unos es la de todos*. Editado por el MUCS, mayo de 1970.

<sup>44</sup> Comunicado de prensa firmado por Rogelio Coria, en el que explica las razones de la expulsión de los delegados de El Chocón. *Río Negro*, 12 de febrero de 1970. "Solicitada de la UOCRA":

<sup>45</sup> *Río Negro*, 5 de febrero de 1970. "Olivares, Alac y Torres fueron expulsados de la UOCRA".

<sup>46</sup> *Río Negro*, 7 de febrero de 1970. "La Secretaría de Trabajo puso bajo su área a las obras del Chocón". Este artículo contiene también interesantes detalles de aquella asamblea.

<sup>47</sup> *Río Negro*, 5 de febrero de 1970. "Olivares, Alac y Torres, expulsados de la UOCRA".

<sup>48</sup> *El Chocón, la lucha de unos...* Op. Cit.

<sup>49</sup> *Río Negro*, 7 de febrero de 1970. "La Secretaría de Trabajo puso bajo su área a las obras del Chocón".

<sup>50</sup> Conferencia del general Francisco Imaz en la Casa de Gobierno de Neuquén. *Río Negro*, 4 de marzo de 1970.

<sup>51</sup> Adolfo Schvindt entrega la Seccional Neuquén a Alberto del Turco, con aviso a la Secretaría de Trabajo de la Provincia

<sup>52</sup> *Río Negro*, 25 de febrero de 1970. "El Chocón: Un día de gran tensión se vivió ayer".

<sup>53</sup> La Dirección Provincial de Trabajo había fundamentado, en agosto de 1969, su autoridad en el obrador de El Chocón. Nota del director, Marcelo Pessino, del 7 de agosto de 1969. El accionar del Estado nacional habría generado molestias en la casa de gobierno local, ya que ello entraba en contradicción con la ley 18310/69 que declaraba a El Chocón como

---

jurisdicción provincial. *Río Negro*, 8 de febrero de 1970. "La situación en El Chocón". Este malestar se hace evidente en el editorial del diario *Río Negro* respecto al tema, el día 13 de febrero de 1970, "La jurisdicción federal sobre El Chocón-Cerros Colorados".

<sup>54</sup> *Río Negro*. Editorial del día 2 de marzo de 1970. "El nuevo conflicto de El Chocón".

<sup>55</sup> *Río Negro*, 5 y 14 de febrero de 1970.

<sup>56</sup> *Río Negro*, 24 de febrero de 1970. "La constitución de la comisión normalizadora...". La nueva comisión de delegados de El Chocón está constituida por Juan del Turco; Miguel Luna, como delegado gremial; Carlos Surlin, como subdelegado; Oscar Barrionuevo, como tesorero y como vocales Roberto Lauría, Juan Coletti, Rufino Perta, Juan Giargulo, Andrés López, Raúl Pedro Cáceres y Alonso Cejas.

<sup>57</sup> *Río Negro*, 25 de febrero de 1970. "El Chocón, un día de gran tensión se vivió ayer".

<sup>58</sup> Para entonces la empresa ya reconocía a los delegados legítimos. El representante del Ministerio de Trabajo, Roberto Rubba, había insistido en la ilegalidad de ello.

<sup>59</sup> *Río Negro*, 25 de febrero de 1970. "El Chocón: un día de gran tensión se vivió ayer".

<sup>60</sup> *Río Negro*, 25 de febrero de 1970. "El Chocón: Un día de...". Comunicado del comité de huelga.

<sup>61</sup> *Río Negro*, 25 de febrero de 1970. "El Chocón: Un día de...". "Obreros disidentes con el paro".

<sup>62</sup> *Río Negro*, 25 de febrero de 1970. "El Chocón: Un día de...". "Se evita una refriega".

<sup>63</sup> *Río Negro*. 26 de febrero de 1970. "Continúa el paro en El Chocón". Se trata de la llegada a la obra de dos colectivos con cincuenta hombres de la Policía Federal; por la tarde llegaron algunos más. Según el mayor Félix Larrañaga, "Unos ciento cincuenta hombres, entre policías de la provincia y federales". Pero a las tres de la mañana del día 26, en avión especial, llegaron 45 efectivos más de la Policía Federal.

<sup>64</sup> *Río Negro*, 25 de febrero de 1970. "El Chocón: Un día de...". *La Prensa*. Buenos Aires, 25 de febrero de 1970. "Comenzó ayer un paro gremial de obreros en "El Chocón-Cerros Colorados".

<sup>65</sup> Se trataba en general de trabajadores que pretendían trabajar conduciendo los famosos camiones Terex. *Río Negro*, 26 de febrero de 1970. "Continúa el paro en El Chocón".

- 
- <sup>66</sup> *Río Negro*, 26 de febrero de 1970. “Vigilancia Policial en El Chocón”.
- <sup>67</sup> Comunicado de Rogelio Coria. *La Nación*. Buenos Aires, 26 de febrero de 1970.
- <sup>68</sup> Ya existía una comisión provisoria de la CGT tratando de mediar en el conflicto. *Río Negro*, 28 de febrero de 1970.
- <sup>69</sup> El 27 de febrero, en la parroquia del barrio se constituyó la Comisión de Solidaridad con los Obreros del Chocón, la que no solo inició una colecta, sino que además convocó a una caravana de autos hacia El Chocón. Sin duda, aparte de obreros de la obra y la comunidad parroquial, tuvo en ello un papel protagónico el sacerdote Héctor Galbiati. *Río Negro*, 28 de febrero de 1970.
- <sup>70</sup> *Río Negro*, 2 de marzo de 1970.
- <sup>71</sup> De regreso a Neuquén, los manifestantes –entre ellos muchos estudiantes– realizaron un acto en Senillosa y luego en el barrio Bouquet Roldán. Finalmente trabajadores de la obra se entrevistaron con el gobernador Sapag. *Río Negro*, 2 de marzo de 1970.
- <sup>72</sup> Tres obreros y una mujer fueron detenidos por la Brigada de la Policía de Buenos Aires, por estar repartiendo alimentos. *Río Negro*, 2 de marzo de 1970.
- <sup>73</sup> *Río Negro*, 6 de marzo de 1970. “Continúa el paro en El Chocón”.
- <sup>74</sup> *Río Negro*, 3 de marzo 1970. “Sigue siendo total el paro en El Chocón”.
- <sup>75</sup> Los volantes, redactados por la comisión normalizadora convocando al trabajo y arrojados desde un avión monomotor, si bien indignaban a la mayoría eran a la vez la evidencia de los medios con que contaba la UOCRA para su política de desgaste. *Río Negro*, 4 de marzo de 1970.
- <sup>76</sup> *Río Negro*, 1 de marzo de 1969. “No hay solución todavía en El Chocón”.
- <sup>77</sup> *Río Negro*, 3 de marzo de 1970.
- <sup>78</sup> *Río Negro*, 4 de marzo de 1970. “Mantienen la huelga en El Chocón”.
- <sup>79</sup> *Río Negro*, 4 de marzo de 1970. “Mantienen la huelga en El Chocón”.
- <sup>80</sup> *Río Negro*, 3 de marzo de 1970.
- <sup>81</sup> Conferencia del Gral. Francisco Imaz en la Casa de Gobierno de Neuquén. *Río Negro*, 4 de marzo de 1970.
- <sup>82</sup> Conferencia del Gral. Imaz en la Casa de Gobierno de Neuquén. *Río Negro*, 4 de marzo de 1970.
- <sup>83</sup> Hugo Patiño estuvo secuestrado desde las 0.25 hasta las 14.30 horas del día 4 de marzo de 1970. Había entrado a trabajar en IS el 13 de enero de ese año. *Río Negro*, 5 de marzo de 1970 y 13 de marzo de 1970. Respecto a esta denuncia, el jefe de la Brigada de Infantería Motorizada, Mario Pacheco,

---

declaró “que puede tratarse de un subterfugio de los huelguistas que han lastimado a uno de los obreros que querían trabajar”. El cuartel general de la Infantería funcionaba en el local destinado al cine de El Chocón, donde un año más tarde cantarían Joan Manuel Serrat. *Río Negro*, 6 de marzo de 1970. “Denuncia por apremios”. El principal medio regional, el diario *Río Negro*, se hizo eco y se solidarizó con la denuncia en su editorial del 6 de marzo de 1970.

<sup>84</sup> Ana Egea hace referencia a ello y también la prensa local.

<sup>85</sup> En ella se proponía inclusive conformar un tribunal arbitral, y que si se decidía que había habido inconducta gremial, convocar nuevamente a elecciones en 30 días. Esta propuesta, de cinco puntos, está textualmente reproducida por el diario *Río Negro* del 5 de marzo de 1970.

<sup>86</sup> *Río Negro*, 5 de marzo de 1970.

<sup>87</sup> Las organizaciones obreras que se solidarizaron con los trabajadores en esta etapa fueron: FOECYT, Unión Ferroviaria, Luz y Fuerza, Sindicato Empacadores de Fruta, Sindicato Obreros Municipales, ANEOP y La Fraternidad. Todas ellas apoyaron a los trabajadores en conflicto, exigiendo “salarios justos, condiciones dignas de trabajo y seguridad en el mismo”, y condenando a los “dirigentes corruptos y venales”: Solicitada. *Río Negro*, 9 de marzo de 1970.

<sup>88</sup> Palabras del obispo de Nevaes a los obreros en El Chocón, *Río Negro*, 8 de marzo de 1970.

<sup>89</sup> Se realizó una importante reunión en la sede de La Fraternidad, de la que participaron ANEOP, FOECYT, Empacadores de Fruta, Obreros y Empleados municipales, Unión Ferroviaria, Movimiento Pro Desarrollo del Comahue, Estudiantes de Challacó, de la Ciudad de Neuquén y de la Universidad del Sur; Movimiento Juvenil Villa María y la misma Fraternidad. A la recolección de alimentos se suma también el Sindicato de Luz y Fuerza de Río Negro y Neuquén

<sup>90</sup> *Río Negro*, 10 de marzo de 1970.

<sup>91</sup> Los cortes de luz comenzaron como parte de la exigencia para que los trabajadores entregaran el equipo transmisor. *Río Negro*, 10 de marzo de 1970. “El Chocón: Aún no hubo solución”.

<sup>92</sup> *Río Negro*, 10 de marzo de 1970. “El Chocón: Aún no hubo solución”. *La Prensa*, 11 de marzo de 1970. “En varias reuniones trátase de llegar a un acuerdo en El Chocón”.

<sup>93</sup> *Río Negro*, 11 de marzo de 1970. “Tenso clima en El Chocón”.

<sup>94</sup> *Río Negro*, 11 de marzo de 1970. “Tenso clima en El Chocón”.

---

<sup>95</sup> *Río Negro*, 12 de marzo de 1970. “El gobernador Sapag visitó ayer El Chocón”.

<sup>96</sup> *Río Negro*, 12 de marzo de 1970. “El gobernador Sapag visitó ayer El Chocón”.

<sup>97</sup> *Río Negro*, 12 de marzo de 1970. “El gobernador Sapag visitó ayer El Chocón”.

<sup>98</sup> Los impulsores de tal movilización y paro en solidaridad de los trabajadores de El Chocón fueron: ANEOP, FOECYT, Empacadores de Fruta, Obreros y Empleados Municipales, Unión Ferroviaria, Movimiento Pro Desarrollo del Comahue, FUA, Estudiantes de Challacó, de Neuquén, de la Universidad del Sur, Movimiento Juvenil Barrio Villa María y La Fraternidad. La convocatoria se realizó desde el local de La Fraternidad. *Río Negro*, 11 de marzo de 1970.

<sup>99</sup> *El Chocón: La lucha de unos es la de todos*. Editado por el MUCS. Mayo de 1970.

<sup>100</sup> *Río Negro*, 13 de marzo de 1970. “En El Chocón hay éxodo de obreros”.

<sup>101</sup> *Río Negro*, 14 de marzo de 1970. “El Chocón: San Sebastián dio un informe. Conferencia del Obispo”

<sup>102</sup> *Río Negro*, 14 de marzo de 1970. En IS ya trabajaban 717 personas –para la tarde de ese día eran ya 770–, en ANALVI, 17; en Cartellone, 370; en ICOS, 4; en BBS, 19 y en Wainstein, 147. “El Chocón: San Sebastián dio un informe...”.

<sup>103</sup> Testimonio de Aniceto Silva, “el Abuelo”, paraguayo, de 58 años, con 38 de residencia en el país. *Río Negro*, 14 de marzo de 1970.

<sup>104</sup> Testimonio de Rubén Oscar Salvador. *Río Negro*, 14 de marzo de 1970.

<sup>105</sup> Testimonio de Rubén Oscar Salvador. *Río Negro*, 14 de marzo de 1970.

<sup>106</sup> Diario *Clarín*, 15 de marzo de 1970.

<sup>107</sup> A los 300 efectivos dispuestos en El Chocón, se sumaron otros de Gendarmería Nacional, traídos de Mendoza.

<sup>108</sup> Diario *Clarín*, 15 de marzo de 1970.

<sup>109</sup> El maltrato a trabajadores tenía por objeto que dijeran dónde estaba Torres. *Río Negro*, 15 de marzo de 1970.

<sup>110</sup> También son colocados a disposición del PEN los obreros Bernardino Eleuterio y Rubén Montenegro. *Río Negro*, 16 de marzo de 1970.

<sup>111</sup> El obispo estuvo esas jornadas entre El Chocón –para evitar represalias–, su oficina –recibiendo a los trabajadores que no sabían cómo volver a sus casas– y la Policía Federal. Otro tanto hizo la Comisión Juvenil

---

Coordinadora de Río Negro y Neuquén. *Río Negro*, 15 de marzo de 1970. “El Chocón: la policía desalojó a los huelguistas”.

<sup>112</sup> Conferencia del obispo de Nevares el viernes 13 de marzo de 1970. Diario *Río Negro*, 14 de marzo de 1970; *La Prensa*, 14 de marzo de 1970.

<sup>113</sup> Declaraciones de Raúl Segovia, exfuncionario de Hidronor, al diario *Río Negro*. Gral. Roca, 16 de mayo de 1970.

<sup>114</sup> *Sur Argentino*, 1 de octubre de 1970. “Situación gremial en el Chocón”, pág. 3; y *Sur Argentino* Año I n°1. “¿Habrà huelga? Planteo en Impregilo”. Neuquén, 12 de setiembre de 1970.

<sup>115</sup> Martín Oscar Valdez es atropellado por un camión. *Sur Argentino*, 27 de octubre de 1970.

<sup>116</sup> *Río Negro*, 3 de octubre de 1970. “En su discurso, Juárez confirmó el estado de alerta en El Chocón”.

<sup>117</sup> *Río Negro*, 4 de octubre de 1970. “Aclara la UOCRA conceptos vertidos en una asamblea”.

<sup>118</sup> De todas maneras, la interna gremial había cambiado ya sus perfiles. Además de la distinta composición del cuerpo de delegados, la Seccional Neuquén de la UOCRA se recostaba sobre el MPN, partido político que progresivamente va haciendo pie en El Chocón. Debe recordarse que Del Turco fue luego designado por el Gobierno provincial como jefe del aeropuerto de Cutral-Co.

<sup>119</sup> Brennan, James. *El Cordobazo: Las guerras obreras en Córdoba, 1955-1976*. Ed. Sudamericana, septiembre de 1996.

<sup>120</sup> Walsh, Rodolfo. *¿Quién mató a Rosendo?* Ed. de La Flor. Buenos Aires, mayo de 1986.

<sup>121</sup> Feinmann, José Pablo. “La revolución reformista”. En *Página 12*. Buenos Aires, 18 de octubre de 1997.